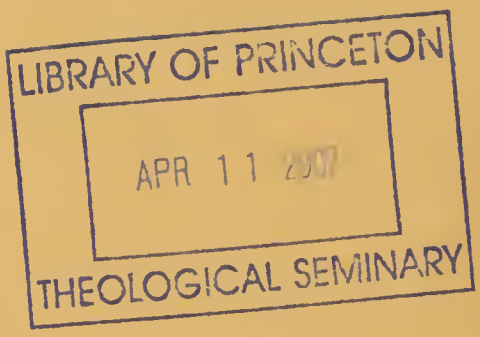
PUBLICACIONES DEL SEMINARIO CONCILIAR DE GUATEMALA
NUMERO 3

# PRIMER CONGRESO NACIONAL DE VOCACIONES SACERDOTALES

BX
2380
.C664
1943

GUATEMALA
3 - 6 SEPTIEMBRE DE 1942




BX2380 .C664 1943
Congreso Nacional de
Vocaciones
Sacerdotales (1st : 1942 :
Guatemala,
Guatemala)

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO CONCILIAR DE GUATEMALA — No. 3

# MEMORIA

— DEL —

# PRIMER CONGRESO NACIONAL

— DE —

# VOCACIONES SACERDOTALES

GUATEMALA, 3-6 SEPTIEMBRE
1 9 4 2

LIBRARY OF PRINCETON
APR 11 2007
THEOLOGICAL SEMINARY

UNIÓN TIPOGRÁFICA · MUÑOZ PLAZA Y CÍA.
8ª AVENIDA SUR, NÚMERO 7

PUEDE IMPRIMIRSE.
Guatemala, 25 de Enero de 1943.

Joaquín Santamaría Vigil,
Vic. Gen.

A SU SANTIDAD EL PAPA PIO XII
en el vigésimo quinto aniversario de su Consagración Episcopal.
HOMENAJE FILIAL DE GUATEMALA. SEPTIEMBRE 1942

*Cittá del Vaticano.—Augusto Pontífice agradeciendo homenaje celebración Congreso Vocaciones Eclesiásticas, augura produzca copiosos frutos sacerdotales en BIEN AMADA NACION y envía Episcopado, participantes implorada Bendición Apostólica.*

*Card. Maglione.*

# I. PREPARACION DEL CONGRESO

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/memoriadelprimer00cong

# INSTRUCCION PASTORAL DEL EXCELENTISIMO SEÑOR ARZOBISPO DE GUATEMALA, AL CLERO Y FIELES, SOBRE EL CONGRESO DE VOCACIONES SACERDOTALES

Recordaréis, Venerables Sacerdotes y amados fieles, que en Nuestra Carta Pastoral escrita en el pasado mayo para conmemorar el fausto jubileo del vigésimo quinto aniversario de la Consagración Episcopal de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, os prometíamos celebrar durante este año una serie de acontecimientos religiosos como homenaje a nuestro común Padre. Entre ellos señalábamos un Congreso de Vocaciones Sacerdotales que tendría lugar en el mes de septiembre.

Pues bien, creemos que este Congreso está ya suficientemente dispuesto y preparado para ponerlo en vuestro conocimiento.

Estamos bien seguros que de esta manera proporcionaremos un grandísimo gusto y consuelo a nuestro Santo Padre, al mismo tiempo que damos una verdadera satisfacción a los ideales y preocupaciones que Nos hemos alimentado desde nuestra elevación al Episcopado.

En efecto: sin necesidad de revolver muchos documentos pontificios, podemos afirmar que constituye en los últimos tiempos uno de los cuidados más constantes y serios de los Romanos Pontífices el dotar a la Iglesia Católica de ministros aptos y numerosos para las necesidades espirituales que se han multiplicado por todas partes. Y nos consta que la América española es objeto de muy particulares atenciones para los Papas de nuestros días, porque la escasez de sacerdotes se siente más en estos países. Y podemos añadir, sin rebozos, que Guatemala inspira un especial interés y cuidado a nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, porque la escasez de sacerdotes y de vocaciones es aquí la más grande y angustiosa.

Como prueba del interés que el Vicario de Cristo en la tierra ha tomado por el problema de las vocaciones sacerdotales básteos saber que, en noviembre último, fundó y constituyó dentro de la Sda. Congregación de Seminarios y Universidades Católicas la «Obra Pontificia de las Vocaciones Eclesiásticas», cuyo fin es: 1) Intensificar por todos los medios posibles entre los fieles, y muy especialmente por medio de los grupos de seglares que ordinariamente se hallen establecidos en las diócesis respectivas, el deseo de

promover, salvaguardar y auxiliar las vocaciones eclesiásticas; 2) Dar a conocer debida y extensamente la dignidad del sacerdocio católico y cuánta sea la necesidad que de él se tiene; 3) Hacer que todos los fieles del mundo unan sus oraciones y prácticas piadosas para conseguir el fin buscado.

Por esto, no dudamos en repetir que nuestro próximo Congreso en favor de las Vocaciones Sacerdotales ha de ser motivo de singular regocijo para nuestro Santo Padre, el Papa Pío XII.

Por lo que a Nos toca, bien sabéis, Venerables Sacerdotes y amados fieles, cuán en el corazón llevamos este grave problema de la escasez de sacerdotes y seminaristas de nuestra Arquidiócesis y de toda nuestra Nación. Recordaréis lo que en la Primera Carta Pastoral escribíamos con ocasión de nuestra Consagración Episcopal: «Considerad, decíamos entonces, la angustia de vuestro Prelado, cuando aun en esta primera hora de su vida pastoral, ante la multitud de problemas que representa la empresa que se le confía, debe bajar con dolor la frente y exclamar: No tengo sacerdotes.

No tengo sacerdotes y hacen tanta falta: en las ciudades importantes donde duermen inactivas tantas fuerzas de regeneración social tan apremiante en el día de hoy; en el apartado pueblecito donde, con un santo sacerdote en la abandonada iglesia parroquial, el campesino viviría feliz y progresaría de día en día en la ciencia que no le es negada y que es la principal: la ciencia del bien vivir y de preparar su eternidad.

Con esto, amados hijos, podéis pensar cuál será el imán de Nuestro corazón paternal: el Seminario, ese santo semillero en que se cuidan las tiernas plantas de vocaciones eclesiásticas; esa fragua divina en que se forjan las almas desprendidas de lo terreno, y, en lo posible, aptas para reflejar a Cristo Nuestro Señor».

Ideas que desarrollábamos más detenidamente en nuestra Segunda Carta Pastoral, escrita precisamente en el «Día del Seminario» y que formulábamos de una manera tan categórica y tan fija en los siguientes términos: «No tememos repetirlo, amadísimos hijos: alrededor de ese ideal ha de girar Nuestro Episcopado, convencido de que si lográramos realizarlo, legaríamos a la Iglesia y a la Patria la obra útil por excelencia».

Claro está que estas ideas no brotaron como fruto de unos idealismos personales nuestros, sino de la triste realidad que a diario palpamos y experimentamos. Triste realidad que ha venido a agravarse y a agudizarse con el contacto directo e inmediato que hemos tenido con nuestro pueblo en los tres años largos que lo hemos ido recorriendo, confirmándonos cada vez más en la inmensa desolación espiritual que sufre nuestra amada Arquidiócesis.

Porque del mundo católico somos el pueblo que cuenta por mucho con menos sacerdotes, y por lo mismo, somos también el pueblo que se encuentra menos asistido espiritualmente. Una buena parte de la población de nuestra república que se encuentra en las fincas y en las aldeas no ve al sacerdote sino, cuando más, una vez al

año. Y en las ciudades y pueblos donde hay sacerdote, éste se ve ante un campo tan extenso que se siente del todo impotente para atender a las necesidades espirituales más urgentes que se le presentan.

Ante un hecho tan triste y tan desgarrador, un Prelado y Pastor que siente la grave responsabilidad de aliviar y remediar tanto mal, no puede menos de levantar sus ojos al Cielo de donde espera la fuerza y la luz para todas sus empresas, «Dominus illuminatio mea et salus mea» «el Señor es mi luz y mi sostén», e inmediatamente poner manos a la obra a fin de dar cuanto antes con los medios que puedan remediar nuestra primera necesidad.

Con este fin hemos querido organizar este primer Congreso Nacional en favor de las Vocaciones Eclesiásticas, que tendrá lugar en nuestra Ciudad los días 3, 4, 5 y 6 del próximo mes de septiembre.

Pero puntualizando y determinando un poco más nuestro pensamiento y deseo, queremos que este primer Congreso, y otros que puedan después seguirse, busquen los fines siguientes:

1) Obligar a un mayor número de católicos a preocuparse del fomento de vocaciones eclesiásticas.

2) Reunir en estos congresos a todos aquellos que se interesan por este problema tan vital para la Iglesia.

3) Determinar con esta ocasión los medios más aptos para remediar la crisis de vocaciones que padecemos.

4) Intensificar con una organización sólida la cruzada en favor de las vocaciones eclesiásticas.

5) Organizar y extender la oración común de todos los buenos católicos, para obtener del Señor de la mies numerosos y aptos operarios para Guatemala.

El Congreso se desarrollará en la forma siguiente:

*Día 3, jueves, a las seis de la tarde.* Solemne inauguración del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales en la Sta. Iglesia Catedral Metropolitana. Discurso inaugural, cantándose a continuación el «Veni Creator Spiritus» para impetrar del Cielo las luces para el feliz resultado del Congreso.

*Día 4, viernes, Día de las Señoras y Señoritas.* A las siete de la mañana, Misa de Comunión general en la Sta. Iglesia Catedral, invitándose para este acto a todas las Asociaciones religiosas y Colegios católicos de señoritas de la Ciudad. Por la tarde, a las seis, se tendrá la Asamblea pública en el Salón de La Concepción, desarrollándose los siguientes temas: «Deberes de una madre católica en la obra de las vocaciones eclesiásticas» y «Cómo una joven católica puede intervenir en el fomento de las vocaciones eclesiásticas» por una señora y una señorita, respectivamente.

*Día 5, sábado, Día de los Jóvenes y Caballeros.* Por la mañana, a las siete, Misa de Comunión general de las Asociaciones y Colegios católicos de varones, en la Santa Iglesia Catedral. A las seis de la tarde, Asamblea pública en el Salón de La Concepción, dirigiendo la palabra un caballero sobre el tema: «Los padres de familia en Guatemala ante la escasez de sacerdotes» y un joven sobre el tema «Los jóvenes católicos de otros países ante las Vocaciones eclesiásticas».

*Día 6, domingo, Día del Clero.* A las nueve: Solemne Misa Pontifical en la Sta. Iglesia Catedral, con sermón del muy Rev. P. Rector del Seminario, D. Isidro Iriarte. A las cuatro de la tarde: Asamblea del Clero en el Palacio Arzobispal con discursos del Sr. Pbro. D. Miguel Angel García, Párroco de Chiquimula, sobre el tema: «Parroquia Eucarística, semillero de Vocaciones» y del Rdo. P. Alfredo Pío Alvarez, Superior de Sto. Domingo, sobre «En qué consiste la vocación sacerdotal». A las seis, Clausura del Congreso en la Sta. Iglesia Catedral. Discurso de clausura, bendición con el Santísimo Sacramento, cantándose al terminar el «Te Deum».

Esto será el Congreso en sus líneas generales. Pero como hay todavía una porción de detalles que es menester determinar y especificar, hemos juzgado conveniente constituir, como lo hacemos por la presente Instrucción, tres Comités que fungirán bajo Nuestra dirección, quedando así formados los Comités del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Eclesiásticas:

Presidencia, a cargo Nuestro.

Comité de Sacerdotes: Ilmo. Monseñor Joaquín Santa María Vigil, Sres. Pbros. D. Juan Urrea, Párroco de Mixco, Miguel Angel García, Párroco de Chiquimula y M. R. P. Alfredo Pío Alvarez, Superior de Sto. Domingo.

Comité de Caballeros: Dr. Don Eduardo Cáceres, D. Luis Everts y el Ing. D. José María Sagone.

Comité de Señoras y Señoritas: Dña. Clemencia L. de Toruño, Dña. Victoria S. v. de Fernández y Srita. Marina Tinoco.

Secretario, R. P. Isidro Iriarte.

Para que los católicos de toda nuestra Arquidiócesis puedan participar en este Congreso, disponemos:

1.—Que en todas las Parroquias se tengan durante los días 3, 4, 5 y 6 de septiembre solemnes cultos, que los señores Párrocos deberán acompañar de instrucciones apropiadas al caso.

2.—Que a partir de la fecha de recibo de la presente se rece en todas las misas la oración «Deus, qui corda fidelium» hasta el día 6 del próximo septiembre, para pedir al Espíritu Santo las luces necesarias y el buen efecto del Congreso.

Finalmente, pidiendo a todos, venerables hermanos Sacerdotes y amados fieles, vuestra cooperación, en la forma que a cada uno corresponda, para la realización del Congreso, os enviamos la bendición pastoral.

Publíquese en la forma acostumbrada.

Palacio Arzobispal de Guatemala, a los tres días del mes de agosto de mil novecientos cuarenta y dos.

✠ *Mariano Rossell Arellano,*
Arzobispo de Guatemala

# *MOTU PROPRIO DE S. S. EL PAPA PIO XII SOBRE VOCACIONES SACERDOTALES*

*El Papa Pío XII, en el mes de noviembre último, «Motu proprio» establecía la Obra Pontificia para Vocaciones Sacerdotales con las siguientes palabras: «La Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades nos ha proporcionado la oportunidad de instituir una Oficina Central para Vocaciones Sacerdotales, la cual tiene por fin: 1) Intensificar por todos los medios posibles entre los fieles, y esto muy especialmente por medio de los grupos de seglares que ordinariamente se hallan establecidas en las diócesis respectivas, el deseo de promover, salvaguardar y auxiliar las vocaciones eclesiásticas; 2) El dar a conocer debida y extensamente la dignidad del Sacerdocio Católico y cuánta sea la necesidad que de él se tiene; 3) Hacer que todos los fieles del mundo unan sus oraciones y prácticas piadosas para conseguir el fin deseado.*

*Por lo tanto, por medio de este Nuestro «Motu proprio» y con Nuestra plena autoridad Apostólica, queremos y declaramos constituída en la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades la Obra para Vocaciones Sacerdotales, a la que concedemos el título de «Pontificia» y la facultad de coordinar las actividades tanto colectivas como individuales, así como también el que pueda hacer extensivas las indulgencias y gracias espirituales concedidas, y que se concedieren, a todos sus miembros».*

## LA TRISTEZA DE LOS CAMPOS DE GUATEMALA

*P. Iriarte.*

En Guatemala hemos descendido, en lo que a escasez de clero se refiere, a profundidades desconocidas en la Iglesia de Cristo.

Para probar nuestro aserto vamos a presentar algunas estadísticas de diferentes países del mundo. Así apreciaremos mejor nuestra lamentable situación religiosa.

Es frecuente repetir que las estadísticsas han de tomarse siempre «cum mica salis»: es decir, que se pueden prestar a muy variadas interpretaciones y que por lo mismo hay que explicarlas un poco. Pero lo triste de nuestro caso de Guatemala es que, cuantas explicaciones quieran darse, no hacen sino agravar nuestra situación.

Ante todo queremos hacer notar que no presentamos las estadísticas completas del mundo. Pero sí podemos asegurar a nuestros lectores que, si se pasan por alto algunos países de Europa y de América, se debe, a que no hemos podido obtener datos tan precisos, constándonos sin embargo, que el clero es en esos países incomparablemente más numeroso, y a que no nos ha parecido necesario hacer un trabajo tan acabado para lograr nuestro intento.

Presentamos, pues, las estadísticsas tan sólo de algunos países de Europa y de la mayoría de América.

El número de habitantes de las diferentes naciones está tomado del «Calendario Atlante de Agostini» a. 1938, y el número de sacerdotes de «Acta Cooperationis Missionariae S. Sedis», a. 1940. Los datos referentes a San Salvador y a Guatemala se deben a fuentes más inmediatas y directas.

Entre los 126 sacerdotes de Guatemala están incluídos tanto lo sacerdotes seculares como los religiosos. En cambio, en muchos de los países citados en nuestras estadísticas sólo se incluyen los sacerdotes seculares, lo que hace que nuestra situación resulte más penosa.

Si es verdad que en la Capital no se hace sentir tanto esta escasez de sacerdotes, ya que se cuentan más de cuarenta para una población de 170,000 habitantes, en cambio en los pueblos y en algunas regiones, como El Petén, la costa, se encuentran circunscripciones parroquiales que tienen 50,000, 80,000 y hasta 200,000 habitantes, como la de Escuintla, regidas por un solo sacerdote.

## ESTADISTICA

| Nación | Habitantes | Año de Estadistica | Sacerdotes | Proporción por Sacerdote |
|---|---|---|---|---|
| España . . . . | 24.000.000 | 1939 | 42.000 | 571 |
| Bélgica . . . . | 8.000.000 | 1939 | 13.269 | 602 |
| Italia . . . . . | 45.000.000 | 1939 | 65.000 | 692 |
| Francia . . . . | 39.000.000 | 1939 | 56.200 | 693 |
| EE. UU. . . . | 122.000.000 | 1937 | 33.540 | 3.637 |
| | 22.000.000 | | | 655 |
| | (católicos) | | | |
| Canadá . . . . | 10.376.786 | 1922 | 8.950 | 1.159 |
| Chile . . . . . | 4.287.445 | 1935 | 1.615 | 2.654 |
| Costa Rica . . . | 551.541 | 1926 | 143 | 3.856 |
| Uruguay . . . | 2.020.040 | 1939 | 438 | 4.611 |
| Perú . . . . . | 6.500.000 | 1923 | 1.100 | 5.909 |
| México . . . . | 17.813.870 | 1931 | 3.000 | 5.937 |
| Nicaragua . . . | 827.100 | 1937 | 138 | 5.993 |
| Colombia . . . | 8.472.584 | 1924 | 1.300 | 6.517 |
| Cuba . . . . . | 3.963.344 | 1937 | 600 | 6.605 |
| Bolivia . . . . | 3.000.000 | 1938 | 376 | 7.978 |
| El Salvador . . | 1.632.000 | 1937 | 192 | 8.500 |
| Argentina . . . | 12.000.000 | 1931 | 1.400 | 8.571 |
| Brasil . . . . . | 47.794.900 | 1937 | 5.016 | 9.528 |
| Honduras . . . | 962.000 | 1937 | 89 | 10.808 |
| Haití . . . . . | 2.600.000 | 1928 | 213 | 12.206 |
| Paraguay. . . . | 992.050 | 1939 | 72 | 13.778 |
| Panamá . . . . | 521.675 | 1937 | 35 | 14.905 |
| *Guatemala*. . . | 3.200.000 | 1940 | 126 | 25.396 |

Ya ves, católico, si tienes por qué interesarte por el próximo Congreso de Vocaciones.

---

## EL CATOLICO DE GUATEMALA ANTE EL CONGRESO DE VOCACIONES

Cuando el Cardenal Pacelli, hoy Papa Pío XII, hablaba en Roma el año de 1938 a las Señoras de la Obra de las Vocaciones Eclesiásticas, después de hacer ver la excelencia de un Sacerdote santo, y de los medios que los católicos tienen para ayudar y colaborar en su formación, decía: «Procurar de tal manera un Sacerdote a la Iglesia, es acto de religión, y las ofrendas que para ello se hacen, adquieren aquel carácter sagrado que las asemeja al

don de un cáliz o de una custodia». Y añadía poco después, refiriéndose a la Obra de las Vocaciones: «He aquí la Obra Santa, confiada a nuestros cuidados, bendecida y favorecida con munificencia soberana y recomendada por el Pontífice reinante».

No hay por qué extrañarse de estos encomios proferidos desde tribunas tan elevadas. Porque, como dice egregiamente el actual Obispo de Calahorra, (España), el Sacerdocio es en la constitución divina el elemento u órgano primario, director y vivificador, encargado oficialmente y de un modo exclusivo de renovar perennemente el Sacrificio del Altar, centro de nuestra religión y de transmitir a los pueblos la luz de la verdad revelada por medio de la predicación del Evangelio, y la gracia santificadora por medio de los sacramentos.

De donde se sigue una consecuencia bien tremenda: sin Sacerdocio, ni siquiera podría existir Iglesia, y por lo mismo, de la más o menos perfecta formación de ese Sacerdocio dependerá, por regla general, pero segura, la pujanza o debilitamiento de la vida cristiana en el pueblo fiel.

De ahí también la trascendencia y necesidad vital que tiene para la Iglesia, para el pueblo fiel y para el mundo, el disponer de Sacerdotes y de buenos Sacerdotes. Y de ahí también lo que una autoridad eclesiástica nos decía aquí en Guatemala, cuando trabajábamos en la fundación de la Asociación del Hermano Pedro para el fomento de Vocaciones: «Aunque tuvieran que desaparecer todas las otras asociaciones, cosa que no permitiríamos nunca, pero consiguiéramos que esta nueva del Hermano Pedro tuviera una vida pujante, habríamos hecho lo más necesario e importante para la Iglesia ya que esta Asociación se dirige directamente a obtener del Cielo muchos y escogidos Sacerdotes».

Pero téngase en cuenta que estos Sacerdotes no descienden del Cielo, sino que hay que formarlos en la tierra. Es verdad que es el mismo Dios el que deposita en las almas de los niños y de los jóvenes la semilla de la vocación; pero desde este momento, hasta que el joven aspirante al sacerdocio sube las gradas del Altar, pasan muchos años en los que Dios deja la vocación, en buena parte, a merced de los hombres.

Los jóvenes que han de poblar el Seminario y que después se han de consagrar al servicio de las almas, han de salir del mismo pueblo cristiano, no de entre los protestantes y herejes. Y, ¿de dónde sacará el Obispo a esos Sacerdotes? Ni vale decir: ya hacemos bastante con sostener al que se nos ha enviado. Y, ¿quién le va a sustituir el día que falte?

Lo triste de nuestro caso es que, si quisiéramos reducir toda nuestra angustia a una fórmula clara y escueta, tendríamos que afirmar: de seguir tal como van en los últimos años las cosas en Guatemala, poco a poco irá en ella desapareciendo la Iglesia por falta de Sacerdotes.

Por eso tenemos que afirmar que no hay actualmente aquí obra tan importante como la que quiere promover el próximo Congreso: La Obra de las Vocaciones Sacerdotales. Sin esta obra, todas las otras que se quieran fundar o fomentar, no serán más que ficciones o avanzadas frágiles y expuestas; sin ella, a pesar de muchos esfuerzos que se hagan, la vida cristiana estará condenada a morir.

Ya lo vemos prácticamente: la fe y la vida cristiana están muriendo en muchos pueblos de la república a pesar de que existen innumerables cofradías y asociaciones... Dios se va retirando de muchos corazones y de muchas almas porque faltan los que constituyen o son la sal del mundo y la luz de la tierra, porque faltan también los altares.

No hay por qué cargar demasiado las tintas obscuras; pero tampoco conviene ocultar la verdad. Es necesario poner en su debido relieve la crisis de vocaciones sacerdotales, junto a la cual, todas las otras crisis, aún la misma de la natalidad, pasan a un plano muy secundario. Semejante crisis, que explica suficientemente, dolorosamente, todas las otras crisis y todos los otros problemas, debe interesar de igual manera aún a los que se encuentran fuera del campo católico, temen la barbarie, y se preocupan del hombre y de la sociedad... y a los que aman por encima de todo a Dios y a las almas.

A remediar esta grave crisis de vocaciones se encamina el próximo Congreso. Y es el pueblo de Guatemala el que debe interesarse por el congreso, porque busca la solución de un problema, que es suyo, profundamente y vitalmente suyo.

*P. Iriarte.*

---

## EL SACERDOTE COMO FACTOR DE MORALIDAD Y DE CULTURA

El Imparcial 20-VIII-42.

Hay otro motivo que nos mueve a dedicar unas líneas más al próximo primer congreso en favor de las vocaciones eclesiásticas: nos referimos a la labor moralizadora que fácilmente puede realizar el sacerdote en el pueblo. El puede convertirse en factor de la máxima importancia en este sentido.

En repetidas ocasiones se ha hecho ver en notas editoriales y en artículos publicados en esta misma página el descenso moral que se observa en el mundo. Nos han dicho unas veces que esta inmoralidad o esta amoralidad, se debe a la rápida transformación que el mundo ha sufrido en el último siglo y que ha producido o

traído una desproporción tan grande entre la materia y el espíritu, que hacía a Bergson lanzar aquellos gemidos de angustia que caían, por desgracia, casi en el vacío. Otras veces se oye repetir que el descenso, en el nivel moral, se ha acentuado desde que la última gran guerra llevó a los pueblos, que fueron víctimas de ella, a una especie de anemia y profunda depresión moral.

De ser cierta esta segunda afirmación tendremos que prepararnos para lo que pueda reservarnos el porvenir, después que termine el actual conflicto, que tiene todas las trazas de ser, por mucho, único en la historia de la humanidad.

Y si bien aquí nos veamos libres, al menos en grande escala, de las inmediatas consecuencias de la guerra, está claro que el mundo se ha vuelto tan reducido con los adelantos modernos, que la suerte de unos pueblos, queramos o no, se encuentra demasiado vinculada a la de los otros.

De ahí que la depresión moral que se ha de seguir en los pueblos sujetos directamente al flagelo de la guerra ha de repercutir también en los nuestros. Y de ahí que debamos prepararnos para los males que nos amenazan.

Tanto más que, aparte de esta depresión moral que sobrevenga a los pueblos, hay otra serie de males que han ocurrido en los últimos años con grave peligro de contagio para todos: nos referimos a los escándalos públicos, a las infracciones de pactos y convenios, a las traiciones alevosas. Jamás se habían hecho estallar trallazos más violentos e inesperados sobre el rostro paciente de la justicia y del derecho... Y nadie duda que el contagio en el orden moral es más peligroso y rápido que en los otros órdenes.

Así contagiados los pueblos pueden emplear tales métodos en sus relaciones internacionales, y los individuos en sus relaciones mutuas, que va a ser imposible la convivencia de unos y de otros.

Ante estos males inminentes, o llegados ya, puede el sacerdote aportarnos una contribución que se haga sentir de veras. Precisamente en nuestros días se ha repetido desde las tribunas más públicas y oficiales que urge la entrada vigorosa de las fuerzas espirituales en el seno de nuestra sociedad tan materializada y tan falta de toda ley, y fuerza es reconocer que el sacerdote católico es un factor importante en este orden. Del filósofo y político francés Cousin son estas palabras: «¿Acaso no se beneficia el Estado de Francia, cada domingo, de cuarenta mil púlpitos, de donde cae la palabra que recuerda a todos, los deberes de justicia, el respeto de sí mismo, el cuidado de conservar su propia dignidad, el espíritu de sacrificio, el sentido de responsabilidad, todo aquello que constituye la fuerza principal de un Estado y concurre al bienestar de todos?»

Por todo ello esperamos que este movimiento que se inicia en favor del sacerdocio haga que contemos en fecha próxima con mu-

chos sacerdotes de conducta intachable, de moral elevada, de desinterés por las cosas materiales, de amplia cultura, y que con el ejemplo de sus virtudes y con un aprecio práctico de los bienes ultraterrenos ofrezcan ante el mundo y ante los católicos una fuerza de resistencia de lo más eficaz para los males morales que amenazan a nuestra moderna sociedad.

---

## LA VOCACION SACERDOTAL EN LOS ALTOS MEDIOS SOCIALES

(Verbum 23-VIII-42)

El hecho se representa con demasiado relieve para que nadie pueda intentar desconocerlo o tergiversarlo. La coyuntura presente por otra parte, tampoco permite soslayarlo, cuando en los preámbulos del Congreso Vocacional se trata de compulsar nuestros «Haberes» religiosos.

En la conciencia de todos está que las clases elevadas de la sociedad acusan una marcada esterilidad en punto a Vocaciones. Es innegable. Ni la Nobleza de la sangre ni la del dinero —Blasones y Talegas— gustan prácticamente de dar sus hijos al Altar. Más aún: ni la que pudiéramos llamar «Clase Acomodada», la de la profesión, la del modesto comercio o de la agricultura pueden librarse de tan sensible inculpación. Unos y otros prefieren encaminar sus hijos hacia las profesiones lucrativas y sustraerlos a la modesta existencia que está en el término de la carrera sacerdotal.

El hecho, por demasiado conocido, da margen a cierta baja en la cotización social de los valores del sacerdocio y da pretexto a que, bajo el influjo de tal desvalorización, se sustraigan a las ya menguadas filas del Sacerdocio no pocas vocaciones juveniles, que en ambientes de más estimación se lograrían.

Nuestros distinguidos medios sociales de la presente generación no han sabido ocupar en el ministerio del Altar el puesto que les hubiera correspondido. Han dado a la Iglesia tal vez su concurso pecuniario, el impuesto del oro, pero no han acertado a darle, por lo general, la prestación personal de sus hijos, el impuesto de las sangre. ¡Oh sí! Padres se hallarán de acendrado catolicismo (!) que ayudarán con gusto al mantenimiento en el Seminario del niño pobre que tal vez creció a la sombra de la suntuosa morada del patrón. ¡Hacen falta tantos sacerdotes...! Pero si un día, por cualquier causa, desfalleciese la vocación del protegido y, por llamamiento especial de Dios, se ofreciese a ocupar en el Seminario

el puesto del desertor uno de los hijos del patrón, a buen seguro que la vocación del pequeño sería incontinenti suprimida.

*
* *

Y sin embargo, la *Iglesia* y la *sociedad* podrían reportar considerables ventajas de las vocaciones reclutadas en medios sociales elevados. El linaje y la riqueza, cuando se armonizan con reales méritos personales, ejercen una influencia innegable para el bien.

A los ojos de la multitud, el joven acaudalado que, no obstante lo pingüe de su patrimonio, abraza la existencia humilde y abnegada del sacerdocio, queda por el mismo caso aureolado con todos los prestigios. Valores son éstos que, junto con la educación distinguida, con la finura de modales, delicadeza de sentimientos, conocimiento del mundo y amplia cultura, que suelen adornar al joven de ilustre cuna, constituyen una fuerza de primer orden no menos para las empresas humanas que para las delicadas funciones del apostolado.

Las mismas clases altas habrían de experimentar de inmediato su influjo benéfico. Nadie como el sacerdote, salido de su medio, está en aptitud de comprender sus necesidades, de sintonizar con esas sutiles e impalpables peculiaridades de la psicología social de la clase.

*
* *

¿Por qué, pues, nos preguntamos (que en horas vivimos de revisión de valores), por qué tan desoladora penuria vocacional en las clases altas?

¿Se ha perdido tal vez entre ellas el alto concepto de nobleza sobrenatural y aun humana que en tiempos pasados mereció el Sacerdocio?

¿Se teme un descenso en el nivel social de los hijos porque éstos, llegados al Sacerdocio, hayan de tratar cada día los Divinos Misterios y ser los confidentes del que es Hijo de Dios e Hijo también, por medio de María, de los más ilustres reyes de la tierra?

¿O será que los jóvenes ya no son capaces de ideales altos, de sacrificio, de entusiasmo por las causas nobles; que detestan la abnegación, las privaciones inherentes al sacerdocio, aunque vayan unas y otras compensadas por los más legítimos goces en el servicio de los demás, en contribuir a la paz de las conciencias y de los pueblos, al progreso de todos los valores humanos y de la verdadera cultura?

¿No habrá que atribuir parte de este alejamiento sistemático del altar al funesto influjo de un pensamiento de secta, que inoculado a grandes dosis por pensadores del pasado siglo, logró infiltrar en grandes sectores de nuestra sociedad la ideología clerófoba de la Revolución heredada por las Sectas?

*
* *

No se nos ocultan estas y otras causas. Invitamos con ellas a reflexionar a las gentes bien intencionadas. Pero permitasenos insinuar —y no quisiéramos hacer apreciaciones injustas— que la principal raíz de tamaña esterilidad está en el espíritu mundano y paganizante, que en mayor o menor grado se infiltra desgraciadamente aun en nuestros buenos hogares.

Axiomático es en punto a economía de vocaciones el que éstas, como toda semilla, requieren para su crecimiento y desarrollo una tierra fecunda y abonada, protegida de las inclemencias ambientales. Es la tierra, la familia sobre todo, y en grado menor la sociedad en que nos movemos. Pero hoy la familia no es tierra abonada y defendida sino camino trillado y carretero como aquel de la parábola; suelo pedregoso que el sol recalienta y las aves picotean a placer; terreno enmarañado donde crecen las espinas. Por allí en forma de modas, estilos sociales, revistas, fiestas y cinemas, pasan mil vanidades, sensualidades e inutilidades que conculcan la buena semilla. Es el resplandor alucinante del placer que se deja entrever a la juventud produciendo en ella el enervamiento. Es el culto incondicional al confort, al well-fear, a la belleza plástica y anatómica de los niños. Es el no percibirse frecuentemente en los padres otras aspiraciones que las de aumentar, cuan legítimamente se quiera, los caudales, único procedimiento hasta ahora conocido para procurarse el máximo de bienestar con el mínimo de sacrificio.

Hemos desnaturalizado el cristianismo volviendo las espaldas al Crucificado y adorando prácticamente «a los dioses» en los mármoles morbosos de Grecia y Roma.

---

## ALOCUCION A LOS CATOLICOS DE GUATEMALA

*(El director del prestigiado y popularísimo periódico radiodifundido «Diario del Aire», señor licenciado don Miguel Angel Asturias, tuvo la gentileza de invitar al Secretario del Congreso, P. Iriarte, para que en la transmisión del mediodía del 31 de agosto, dijese una palabras sobre el significado del Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales. He aquí el texto de la alocución dirigida por el P. Iriarte a los católicos de Guatemala en vísperas del Congreso:*

¡Buenas tardes, estimado auditorio!

Debo empezar por dar las gracias más sinceras, en nombre mío, y en nombre del Comité del Primer Congreso Nacional de Voca-

ciones Sacerdotales, por este rasgo de delicadeza tan exquisita que ha tenido el «Diario del Aire» al invitarme para decir unas palabras desde su tribuna tan pública y autorizada. Y quiero extender este agradecimiento a «La Voz de Guatemala», a la prensa de la Capital que de manera tan generosa se han prestado a formar el ambiente tan propicio en favor del próximo Congreso de Vocaciones.

Es indudable que ha sido muy felizmente acogida en todos los sectores la idea de celebrar este Congreso. Las causas que provocan este interés saltan a la vista. Porque la escasez de sacerdotes en la república es tan grande que todo hijo de Guatemala tiene que sentirse impresionado ante el peligro de que vaya desapareciendo en ella la religión recibida de sus padres y antepasados.

Esta clase de Congresos no constituyen ninguna novedad en la Iglesia Católica. Se han celebrado con mucha brillantez, y con los mejores resultados, en otros países, y muy en particular en Francia. Allí tuvieron su origen en París, el año de 1925, celebrándose después en diferentes ciudades con creciente entusiasmo, y con la fundación y realización de obras cada vez más prácticas y acertadas en favor de las Vocaciones.

Si se nos pregunta qué va a ser este primer Congreso de Guatemala, responderemos que si «congreso es la junta o asamblea pública, espontánea de eruditos, artistas, de hombres interesados en una labor científica, literaria, artística, social, religiosa... concurrentes a un sitio señalado, para tratar en instructivas discusiones de los adelantos, elucubraciones, métodos... en cuantos ramos abarca el genio del saber humano», el Congreso de Vocaciones será la reunión de los católicos que se interesan por un problema tan vital como es el Sacerdocio para ellos, invitándose a todos los hombres de buena voluntad para que libremente, espontáneamente se interesen por conocer las causas que en este bello país han provocado la gravísima crisis espiritual que actualmente padece, y los medios que pueden resolverla.

Si todavía se nos preguntase cuál es el fundamento de la preocupación que los Sacerdotes y los católicos todos tienen por el feliz resultado del próximo Congreso, diremos que se trata de responder a una invitación hecha por Jesús de Nazareth hace ya veinte siglos, invitación que fué dirigida en primer término a sus discípulos y, en general, a todos sus seguidores.

Y tomó ocasión el Maestro de aquella escena que nos refiere uno de los evangelistas, de aquel paisaje que se abría deslumbrador ante sus ojos y los ojos de sus discípulos: «Levantad vuestra mirada y contemplad los campos que ya blanquean para la mies». Y en la vasta llanura de Esdrelón, toda palpitando de vida, bajo el esplendoroso sol de Oriente, los apóstoles contemplaban extasiados la opulencia de las espigas meciéndose dulcemente bajo el soplo perfumado de las brisas montañeras del Hermón y del Tabor. El verbo revelador del Maestro despertaba en las almas de los

apóstoles las sublimes ambiciones de un nuevo ideal, vislumbrando ya en el porvenir las doradas mieses de escogidos. En aquellos campos que se desplegaban tan impresionantes, se presentaron a la mirada divina de Jesús los nuestros de hoy, de Guatemala; antes tan floridos y tan fecundos y ahora tan secos y tan marchitos. Y terminaba así el Maestro su invitación: «Rogad al Señor de la mies que envíe operarios para sus campos».

El primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales quiere que el eco sublime de la invitación del Maestro llegue a resonar en los oídos de todos los católicos de Guatemala.

Acudiendo a este llamamiento estamos seguros de realizar hoy lo más necesario e indispensable que tiene entre manos la Iglesia Católica, y al mismo tiempo la obra más útil y provechosa para el bienestar de Guatemala.

Radioescuchas: ¡Por Dios y por Guatemala!

---

## PROGRAMA DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE VOCACIONES ECLESIASTICAS

### GUATEMALA, 3-6 SEPTIEMBRE

*Día 3, jueves.—Inauguración del Congreso.*

A las 18, los altos dignatarios de la Iglesia, saldrán en procesión del Palacio Arzobispal hacia la Catedral Metropolitana.

a) En cuanto ellos ocupen los lugares correspondientes, será entonado el *O Domine Jesu,* polifonía a 4 voces, de Palestrina, por el coro de la Metropolitana acompañado al órgano.
b) Solemne exposición del Santísimo.
c) El coro entonará el *Veni Creator Spiritus,* canto gregoriano de tono dórico, anterior al siglo XVI.
d) El Excmo. Señor Rossell y Arellano, Arzobispo de Guatemala, pronunciará el discurso inaugural del Congreso.
e) Terminará la ceremonia con el *Tantum Ergo,* de Bach, cantado por el coro a cuatro voces mixtas.
f) Plegaria del Congreso.

*Septiembre 4.—Día de las señoras y señoritas.*

A las siete, Misa de Comunión General, con asistencia de todas las Asociaciones y entidades católicas de la ciudad, en la Santa Iglesia Catedral.

A las 18, en el salón de La Concepción, *Asamblea pública* de señoras y señoritas, en el siguiente orden:

a) *Tu es Petrus,* de Haller, coral a cuatro voces mixtas, con acompañamiento de órgano.

b) Discurso de la señorita Fabiola Castillo: La Juventud Católica femenina de otros países ante el problema de las vocaciones eclesiásticas.

c) Declamación por su autora, del poema que haya obtenido el primer premio en el concurso promovido por el periódico católico Verbum.

d) *Gesú Bambino,* de Pietro Yon, coral a cuatro voces mixtas.

e) Lectura de la composición que haya alcanzado el segundo premio en el mismo concurso.

f) Discurso de la señora Margarita Asturias de Andreu: Deberes de la mujer católica en el problema de las vocaciones sacerdotales.

g) *Himno del Congreso Eucarístico de Madrid,* de Busca, a seis voces mixtas.

*Septiembre 5.—Día para caballeros y jóvenes.*

A las siete, Misa de Comunión General, en la Santa Iglesia Catedral. (Para facilitar la Comunión de los caballeros y jóvenes habrá en Catedral, desde las 6.30, 12 confesores que atenderán a cuantos lo deseen).

A las 18, en el salón de La Concepción, *Asamblea pública* de caballeros y jóvenes, desarrollándose el siguiente programa:

a) *Avemaría,* de Victoria, polifonía clásica a cuatro voces mixtas, a capella.

b) Discurso por el ingeniero don José María Sagone: Los jóvenes católicos de otros países y las vocaciones sacerdotales.

c) Lectura por su autor, del poema favorecido con el primer premio en la sección masculina del Concurso auspiciado por Verbum.

d) *L'empordá,* de Morera, gran Sardana a 4 y 6 voces mixtas de orfeón.

e) Lectura de la composición que obtuvo el segundo premio en el concurso.

f) Discurso del licenciado Don Luis Beltranena: Los padres de familia en Guatemala ante la escasez de sacerdotes.

g) *Himno del Congreso Eucarístico de Madrid,* a 6 voces mixtas.

*Septiembre 6.—Día del Clero.*

A las 9, solemne entrada en Catedral, precedida por las altas autoridades eclesiásticas. Oficiará de pontifical el Excmo. Señor

Nuncio Apostólico, Dr. D. José Beltrami. Gran messa poliphonica Gratia Plena, a 3, 4 y 6 voces mixtas y gran coral con órgano, de Licinio Refice. La masa coral estará formada por 700 cantores. Sermón a cargo del Presbítero Don Isidro Iriarte.

A las 16, en el Palacio Arzobispal, *Asamblea del Clero,* con discursos del Rvdo. Pbro. D. Miguel A. García «Parroquia Eucarística, semillero de vocaciones» y del Rvdo. P. Alfredo P. Alvarez, «En qué consiste la vocación sacerdotal».

A las 18, clausura del Congreso en la Catedral Metropolitana.

a) *Motete al Santísimo a* 4 voces, por el coro.
b) Discurso de Clausura por el Excmo. Señor Nuncio Apostólico.
c) «*Te Deum*», canto gregoriano en tono lírico.
d) *Tantum Ergo.*
e) *Plegaria del Congreso.*

N. B. Los actos más solemnes del Congreso, como la Inauguración y Clausura, la Misa Pontifical y las dos Asambleas Públicas, serán radiadas por «La Voz de Guatemala».

# II. EL CONGRESO

Inauguración del Congreso en la Sta. Iglesia Catedral.

Miembros del Comité organizador del Congreso, poetisas y Jefe de redacción de «Verbvm».

## CRONICA DEL PRIMER CONGRESO PRO VOCACIONES SACERDOTALES

La gran escasez de clero en esta República infundió en nuestro dignísimo Arzobispo la idea de celebrar un congreso para hacer ver a los fieles la importancia de la cuestión y reunir a todos en un haz de oraciones y súplicas al Cielo, pidiendo urgentemente el remedio de tan grande necesidad.

Se hicieron los preparativos y se procuró levantar el espíritu religioso de los católicos guatemaltecos que componen casi la totalidad de la población; y el éxito correspondió con creces a las esperanzas.

Por más que la preparación del Congreso había adquirido dimensiones nada vulgares, dudamos que se hubiera esperado un éxito tan rotundo. Se estimó que habría de parte del público una respuesta digna a la noble empresa por la que se trabajaba. Pero acaso no, que fueran a sobrepasar tan abundantemente los cálculos previstos.

### DIA 3 DE SEPTIEMBRE: INAUGURACION DEL CONGRESO

Ya de víspera vivía la ciudad un ambiente de emoción.

Se palpaba en las calles ante los colores de las insignias del Congreso ostentadas por centenares de pechos, un algo de sagrado. Las solemnidades trascendían a la calle. Se hablaba con insistencia. Unos esperanzados; temerosos otros. A todos ha dado Guatemala la lección más consoladora.

Fijados los días: 3 para la inauguración, 4 para el elemento femenino, 5 para los hombres y 6 para los sacerdotes, las campanas de las dos torres de nuestra Catedral se desataron en solemnes repiques a las doce horas del día 3, anunciando la buena nueva a toda la Capital y la concurrencia principió a acudir desde las 17 horas, sea una hora antes de la fijada para el principio de la ceremonia de la inauguración.

La iglesia, decorada con los hermosos colores de las banderas pontificia y guatemalteca presentó un aspecto imponente.

El trono con su cortinaje de blanco y oro, tenía al frente un sitial color púrpura y se sentía en todo el ambiente una atmósfera de grandiosidad cual pocas veces ha reinado. Los colegios católicos se situaron en los brazos del crucero, al lado derecho los de jóvenes y al izquierdo los de señoritas; y muy pronto quedó completamente

lleno todo el local de nuestra metropolitana. Allí se veían todos los valores morales en hermanable unión: miembros Católicos del Cuerpo Diplomático, hermanas de la Caridad, elementos de la primera sociedad, de la clase intelectual mezclados con los de cuna humilde.

A las diez y ocho horas en punto salió del Palacio Arzobispal la comitiva, principiando los monaguillos con sus ropas vermellón; seguía el Colegio Seminario y en pos de él los miembros del clero, los Caballeros de San Silvestre, el Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Arzobispo precedido por su cruz, el Señor Vicario de la Arquidiócesis y los Canónigos, precediendo al Excelentísimo e Ilustrísimo Señor Nuncio Apostólico, Señor Beltrami, de capa magna.

Al llegar a la puerta principal del templo, las voces del órgano entonaron la marcha pontificia mientras los Prelados con paso majestuoso avanzaban bendiciendo a los concurrentes que se hincaban reverentes.

Colocado en el trono el Excelentísimo Señor Nuncio y en el sitial el Excelentísimo señor Arzobispo, el coro de la metropolitana entonó un Himno Eucarístico a 6 voces mixtas.

Al terminar el canto, el Excelentísimo Señor Nuncio expuso el Santísimo a la adoración de los fieles. Acabado el rezo del Rosario se cantó el VENI CREATOR SPIRITUS, iniciándose así las labores del Congreso.

Sube en seguida al púlpito nuestro dignísimo Arzobispo y lee un elocuente sermón, haciendo ver que es indispensable creer en Dios, conocer nuestro origen y nuestro destino, así como los caminos que nos llevan a El. Todo ello es elevarse sobre el nivel de la animalidad. Es conocer la verdad y abrir los corazones al amor al prójimo, lo que es no sólo religión sino también patriotismo. La enseñanza de estas verdades, con la palabra y el ejemplo, es la misión del sacerdote católico. Así lo comprendió España al enviar los ministros de Dios en pos de sus conquistadores. Así lo sienten hoy muchos pueblos de la Arquidiócesis que continuamente claman a la Curia pidiendo Sacerdotes.

Si falta el maestro que enseña la verdad y la caridad, dijo: ¿cómo podrán los pueblos conocerlas? Guatemala con sus 3.000,000 de habitantes cuenta solamente con 126 sacerdotes!

Hay que buscar el remedio, agregó, a esa urgente necesidad y le señaló en la oración y el trabajo. Rogar a Dios por que envíe a esta porción operarios dignos, y trabajar purificando el ambiente, volviendo las familias a la vida religiosa que tan abundantes frutos produjo en épocas anteriores, combatiendo el materialismo y el indiferentismo que enervan al espíritu. Dar al sacerdote el puesto de honor que le corresponde y favorecer los medios que conducen a la formación de los ministros del Señor. Concluyó excitando a dirigir los ojos al Supremo Pastor que contemplaba con santo interés la formación Sacerdotal.

Cuando hubo terminado el Señor Arzobispo y vuelto a ocupar su dosel, subió al altar el Excelentísimo Señor Nuncio y entonó el

*Asambleas en el Salón de la Concepción*

Tantum Ergo que fué continuado por el coro, a cuatro voces, según composición de Bach, y después de la Oración DEUS QUI NOBIS, tomando el Señor Bertrami la custodia en sus manos bendijo por tres veces al pueblo que de rodillas adoró suplicante al Hijo de Dios que ha dicho: Lo que pidiereis a Mi Padre en nombre Mío, se os dará».

Para terminar, el coro y los colegios entonaron la Plegaria del Congreso, que bien podría quedar fija para otros congresos del mismo género.

## DIA 4: DE LAS SEÑORAS Y SEÑORITAS

El día cuatro se había destinado a las señoras y señoritas. Desde la mañana se dejó adivinar pronto que este día había de ser un gran triunfo de la mujer católica de Guatemala. Los colegios femeninos de la ciudad en grupo compacto se acercaron a la Sagrada Mesa, seguidos de una muchedumbre de mujeres entre las que se destacaban trescientas Hijas de María de la Casa Central y a cuyo cargo estuvo la parte musical de la Misa, oficiada por el Señor Nuncio. Las comuniones alcanzaron el número de cuatro mil. Cálidas palabras del P. Iriarte enfervorizaron los espíritus antes de la Comunión. Ocho sacerdotes facilitaron la rápida distribución de las comuniones.

*Asamblea vespertina.*—En el salón de la Concepción fué difícil ya desde las cinco, contentar a todos los que hubieran querido asistir a la Asamblea, pues algunos centenares tuvieron que quedarse esperando sitio a la puerta, pues la capacidad no tan extensa aunque amplia del salón obligó a la distribución de invitaciones personales. El salón se llenó hasta rebosar por la calle, quedándose no pocas personas de pie y eso que se habían colocado 900 sillas.

Dió comienzo el acto, presidido por las Autoridades Eclesiásticas de la Nación, con la lectura que dió el Excmo. Señor Nuncio al cable recibido del Vaticano. Decía el cable: «*Augusto Pontífice, agradeciendo homenaje celebración Congreso Vocaciones Eclesiásticas, augura produzca copiosos frutos sacerdotales en BIEN AMADA NACION y envía Episcopado participantes implorada bendición apostólica.—Card. Maglione*».

El canto de Haller «Tú es Petrus» caldeó a los pocos minutos los ánimos de las asistentes.

El primer discurso sobre el papel de la joven en el problema de las Vocaciones, corrió a cargo de la señorita Fabiola Castillo, quien con firmeza y a ratos con profunda emoción, que se dejaba traslucir en el tono de su voz, adoctrinó a las jóvenes sobre sus deberes ante el joven agraciado con la vocación sacerdotal.

Fué un bello florón de ideas y sentimientos que arrancó aplausos y animó a más de una a la labor catequística, tan esencial donde

existe una escasez alarmante de sacerdotes y que tan opimos fruto puede producir de almas dedicadas al sacrificio y al altar.

A continuación declamó su poesía la señora Magdalena Spínola, consagrada poetisa de las letras guatemaltecas; dicha poesía, creación de un momento de elevada inspiración religiosa, había sido premiada con el primer premio en el concurso literario patrocinado por Verbum, con motivo del Congreso. «Sonetos del Amor Eucarístico», la había titulado su autora y fué declamada con solemne sencillez y con onda comprensión de los dulces sentimientos desenvueltos en los seis sonetos de que se componía la obra. Después de ella fué recitada por su autora, la señorita Teresa Fernández Hall, la poesía calificada con el segundo premio en el mencionado concurso y que llevaba el título de «Quiero ser Sacerdote». Unción, religiosidad, tino artístico fueron las notas relevantes que merecieron un aplauso cerrado del público que simpatizó desde el primer momento con el gesto de la joven poetisa, que queda así consagrada en las letras patrias.

Declamadas las piezas literarias se procedió a la concesión del diploma y de los premios. Encargado por la Junta Directiva y por el Comité calificador para este acto el joven Jefe de Redacción del semanario Verbum, Lic. Humberto Vizcaíno, se hizo eco de los plácemes de la Junta Directiva para las autoras de las composiciones.

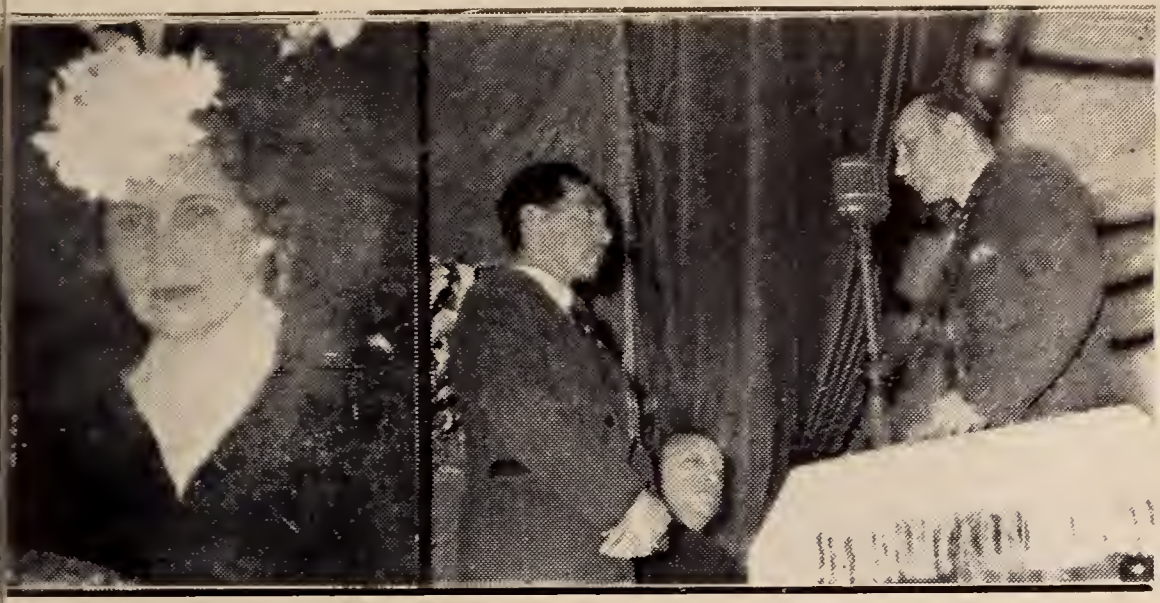
Una breve pausa en la que se obsequió al público con el canto «Gesú Bambino» de Pietro Yon, filigrana de síntesis armónica que fué ejecutada por el Coro de Catedral, creación de su incansable director el joven maestro José Mata y Gavidia. A su cargo corrió todo el aspecto musical del Congreso, llegando a realizaciones admirables y emocionantes, como dejaremos anotado en su lugar.

Se acercó luego al micrófono la señora Margarita Asturias de Andreu, quien dedicó breves y austeros momentos a la labor de la mujer-madre en la educación de sus hijos con miras a educarlos en un ambiente propicio a la floración de vocaciones sacerdotales. Sus palabras maduras y experimentadas fueron aplaudidas con fervor por la asistencia.

Cerróse la asamblea con el Himno Eucarístico de Busca. Poco más tarde de las siete y media, abandonaba el público el salón, profusa y artísticamente adornado por el joven artista D. Julio Urruela. La TGW. radió los discursos y demás componentes del acto.

## DIA 5: DIA DE LOS HOMBRES

Tras el triunfo del día de las mujeres se temió un bajón en la solemnidad de este día. Era natural que hubiera menos asistencia. Eso a nadie había de extrañar. Lo que se temió es que fuera tan escasa que pudiera parecer un fracaso. Pero los hombres guatemaltecos nos demostraron que también ellos saben preocuparse de los



*Poetas y Oradores del Congreso*

problemas serios. La Comunión General de hombres de la mañana llegó fácilmente a los mil quinientos. La asistencia fué mayor todavía, ya que no todos los que estaban presentes en la Misa oficiada por el Señor Arzobispo se acercaron al altar. En esta Misa cantó el Coro del Seminario sencillos motetes. Seis sacerdotes repartieron el Pan de los fuertes.

Por la tarde, el cielo pareció querer poner las mayores dificultades para que los hombres mostraran su decidido empeño en asistir a la Asamblea a pesar de ellas. Llovió momentos antes de la reunión torrencialmente. Y sabidas son las consecuencias que acompañan en nuestra vida social a estas lluvias tropicales. El día anterior había esperado a que terminara el acto de las señoras y señoritas. Hoy se adelantó. Pero a pesar de eso se llenó el salón en casi su totalidad. Sólo quedaron algunas sillas del fondo sin ocuparse. La asistencia nutrida y selectísima (vimos Embajadores y Cónsules) aplaudió a los oradores Ingeniero José María Sagone, que habló a los jóvenes con acierto y elegancia y al Lic. Luis Beltranena, destacado miembro de la Asamblea y orador conocido en el campo de las leyes, quien se dirigió a los padres de familia formulándoles con energía y fuerza de declamación, acusaciones y orientadoras insinuaciones. La conclusión que de todo ello se seguía, era que hay que reformar la familia si se quieren tener vocaciones el día de mañana. El poeta Federico Pardo declamó con brillantez la poesía que le había sido premiada en el Concurso de «Verbum», recibiendo a continuación el diploma de premiación de manos del Lic. Humberto Vizcaíno. Declarado desierto el segundo premio del Concurso, obsequió a la asamblea una loas a la Virgen del Rosario el Lic. Miguel Angel Asturias, decidido y entusiasta propagandista del Congreso desde su Diario del Aire y miembro del Comité Calificador. Fué reiteradamente aplaudido al terminar su preciosa poesía.

El coro se mantuvo a la altura en que se colocó desde el primer día, si bien sustituyó la Sardana prometida con el Gloria de la Misa de Refice que se iba a cantar en la Misa Pontifical del domingo.

## DIA 6: DIA DEL CLERO

La mañana está nublada; fuertes aguaceros han caído la noche anterior y el suelo está aún mojado. Pero es domingo y los católicos asisten en nutrido número a las varias misas que se celebran en las diferentes iglesias de la ciudad.

La mayor parte de la gente que había oído la misa de las ocho en la Catedral se queda ocupando sus lugares. Acuden al templo fieles de todas partes de la ciudad. A las ocho y media, los alegres repiques de las dos torres del templo llenan el aire anunciando la ceremonia y quince minutos después toda la iglesia está materialmente llena. Allí en primera fila los miembros del Cuerpo diplo-

mático; los colegios católicos, tanto de hombres como de mujeres, en sus puestos, y el resto de la concurrencia en apretado haz hace imposible el paso a nuevos elementos. El coro principia el rezo de la Tercia que termina poco antes de las nueve; el tiempo ha mejorado, y al dar el reloj esa hora, las miradas de los circunstantes se dirigen a la puerta principal de la iglesia por donde comienza a entrar el cortejo. A los majestuosos acordes de la marcha pontificia con que el órgano saluda, avanza el señor Nuncio Apostólico en capa magna, precedido por el señor Arzobispo, los canónigos, el Clero, el colegio Seminario y monaguillos en el mismo orden en que entró la procesión del primer día, mientras los fieles se hincan al paso de los dos altos dignatarios, recibiendo sus bendiciones.

La Misa dió comienzo con exactitud a la hora predeterminada. Las 725 voces que habían de interpretar los unísonos de la Misa «Gratia Plena» de Refice se colocaron alrededor del presbiterio, quedando del lado del Evangelio los colegios de varones de Infantes y San Sebastián, junto con el Guatemala y el de señoritas de Santa Teresita, y del lado de la Epístola los de señoritas Instituto Belga Guatemalteco y Liceo Francés. Revestido el Sr. Nuncio de los Ornamentos pontificales dió comienzo el coro al canto. Llegado el Gloria la asistencia incontable que llenaba por completo la amplia Catedral sintió escalofríos de emoción al oír los unísonos brillantemente ejecutados e impresionantes en su admirable sencillez. Quedarán sobre todo grabados en los ánimos de los que los oyeron los AMEN de los que todo el mundo se hacía luego lenguas. Del público oficial vimos a algunos ministros que habían también asistido a la asamblea del día anterior.

El sermón estuvo a cargo del padre Isidro Iriarte, quien hizo notar que el extranjero que por primera vez llega a Guatemala, admira las manifestaciones de religiosidad del pueblo, pero que esa grata impresión, no impide el que se observe también que la extensión del espíritu religioso no guarda proporción con la profundidad del mismo. El materialismo, las teorías enciclopedistas que han minado a los pueblos del viejo continente, también entraron en nuestra nación y produjeron sus frutos amargos, esos que al otro lado del mar han ocasionado la apocalíptica destrucción mundial que lamentamos en estos días. Tal es la enormidad del cataclismo que todos los pensadores vuelven sus ojos a la religión con el convencimiento cierto de que sólo ella puede detener al mundo en la acelerada carrera hacia el abismo y destrucción de la civilización occidental. Pero esta religión no puede existir sin sus ministros, y por ello Guatemala, con necesidades urgentísimas como tiene, y con un reducidísimo número de sacerdotes, debe hacer todo el esfuerzo posible para que se multipliquen los ministros que enseñen la verdad y la caridad. Al comenzar su oración, hizo saber que el Señor Nuncio daría la bendición Papal al terminar la Misa.

A la izquierda: partes de los Colegios Belga y Liceo Francés; centro, coro polifónico; a la derecha, parte de los Colegios Santa Teresita, San Sebastián, Infantes y Guatemala, que cantaron en la Pontifical del día de clausura del Congreso.

La afluencia de la Misa se dió más a conocer a la hora de salir del templo. Un río de cabezas interminable iba saliendo de las tres puertas de salida para poder contemplar a gusto la magnificencia de los jerarcas eclesiásticos que se dirigían desde el templo al Palacio Arzobispal.

*Asamblea del Clero.*—De carácter totalmente privado, pero con la asistencia de todos los sacerdotes que pudieron hacerlo, y con el Seminario en pleno, se tuvo en el salón de conferencias del Palacio Arzobispal la reunión del Clero, en la que el P. Alvarez, superior de los PP. Dominicos, expuso con atinada claridad los síntomas de la vocación al sacerdocio. Fué una obra completa de teología vocacional que sirvió para ilustrar muchos puntos difíciles en esta materia. Antes que él había expuesto el P. Miguel Angel García, la eficacia en el fomento de vocaciones de una Parroquia cuya vida espiritual se centra en el Sagrario. El Illmo. Sr. Vicario General, don Joaquín Santa María dirigió unas breves palabras, a ruegos del Secretario del Congreso, exponiendo el desarrollo de la Asociación de Acólitos que él ha fundado y que ofrece muy buenas esperanzas de vocaciones para el sacerdocio. Terminó la asamblea con unas palabras del Prelado, de agradecimiento y de insinuantes consejos; y con la determinación de nombrar luego un Comité permanente de Vocaciones de carácter nacional se dió fin a la asamblea que transcurrió en medio de una seria cordialidad sacerdotal.

*Clausura.* El que la TGW no radiara esta última sesión del Congreso juntamente con la lluvia que obligó a los Prelados a suprimir la procesión de entrada, desvistió el acto de la solemnidad que hubiera pedido la magnitud de los momentos vividos. Expuesto el Santísimo y rezada por el Prelado arquidiocesano la estación mayor al Señor, subió el Señor Nuncio al púlpito para cerrar con broche de oro las fiestas celebradas. Un vivo afecto de agradecimiento y de simpatía por la labor efectuada y una esperanzada visión del porvenir hicieron doblemente grata su alocución que ha de quedar imborrable en los espíritus de los guatemaltecos que han vivido estos días del Primer Congreso de Vocaciones. La Bendición y el canto de la Plegaria pusieron fin al Congreso que sigue viviendo el comentario de todas las conversaciones como un esfuerzo elevadísimo por interesar a los guatemaltecos por el máximo problema de su religiosidad.

# DISCURSOS DEL CONGRESO

# Discurso pronunciado por el Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mariano Rossell Arellano, en la sesión inaugural del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales

*Quomodo predicabunt, nisi mittantur?... ¿Cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de El, si no se les predica? Y ¿cómo habrá predicadores si nadie los envía?*

S. Pablo a los Romanos, X, 14-15

Excmo. y Revmo. Señor Nuncio Apostólico,
Venerables hermanos en el Sacerdocio,
Muy amados fieles:

No sólo a los Obispos, a quienes por la voz del Romano Pontífice, Cristo ha constituido sobre la Iglesia Guatemalteca. No sólo a los sacerdotes, tan escasos en número, que no pueden menos de llorar al ver en la lejanía extenderse campos inmensos de doradas mieses sin que haya obreros para la cosecha —sino a todos los cristianos y, diré más, a todo genuino guatemalteco— deben llenar de emoción las palabras del Apóstol que acabo de citar.

Son ellas la intrincada armazón de un solidísimo argumento.

Por encima de todas las necesidades de la vida humana, que como mar alborotado traen y llevan a los hombres, flota imperiosa, primordial, la gran necesidad de invocar a Dios y, por ende, de creer en El.

*Creer en Dios:* darse uno cuenta exacta de su origen y de su destino; conocer los caminos que a El llevan... El que vive de esa fe, ha encontrado el recto sendero; ha resuelto los enigmas que plantea la existencia sobre la tierra del hombre, ser inteligente y libre, rey de la creación que le obedece para el bien y ¡ay! tántas veces también para el mal... Creer en Dios es elevarse por encima del nivel de la animalidad, es ennoblecerse y reinar.....

Esto, amados fieles, no es solamente religioso, esto es también patriótico: sembrar verdad en las mentes, amor en los corazones.

Es la misión del sacerdote de Cristo.

Y volvemos los ojos a los campos de la Patria y hallamos realizada en espléndidas proporciones esta magnífica labor por los misioneros que la hidalga España envió siempre en pos de sus conquistadores. Hacer salir de la barbarie a la luz; dar a las inteligencias el pan de la verdad, a los corazones primitivos, pábulos sacrosantos de fe y de piedad: fué en nuestra América la obra del sacerdocio católico.

Esta misión no se ha extinguido: los campos de la Patria siguen pidiendo del cielo la benéfica lluvia de luz y, para hablar sin figuras, nuestras gentes todas, ricos y pobres, ciudadanos y campesinos, consciente o inconscientemente, repiten el grito del Salmista: «*Da mihi intellectum et vivam*»: Dadme inteligencia, dadme fe, para poder vivir, vivir de veras, vivir plenamente...

Podría aquí, amados fieles, leer ante vosotros una voluminosa correspondencia en que amparada por muchísimas firmas llega sin cesar a la Curia Eclesiástica, la súplica ardiente de los pueblos: necesitamos párroco, no podemos vivir sin sacerdote... Es el grito del huérfano que implora caricias paternales, el grito del ciego que pide la luz.

Mas, prosigue el Apóstol, *¿cómo creerán en El, si de El nada han oído hablar?*

¡Ah! la inmensa desilusión! Vuestra mayor necesidad ¡oh pueblos de la Patria! es una necesidad espiritual... y, mientras se acumulan en vosotros los medios más modernos y más eficientes del progreso material, sólo queda abandonada la casita de Dios que en medio de vosotros se yergue con ambiciones maternales, con deseos de cobijar amorosamente corazones de cristianos. Está cerrada, está desolada. De su púlpito carcomido no desciende ya en benéficas ondas la palabra que da vida, la palabra que marca los senderos del cielo y que consuela en las penas de la tierra; en sus altares no se ofrece la Víctima que expía los pecados del mundo. Faltan sacerdotes. *¿Cómo oirán hablar de El si no se les predica?*

De esta tristísima idea estaba impregnada Nuestra Primera Carta Pastoral... y eso que en aquel tiempo la gracia recién recibida con la unción del Crisma podía poner en el corazón del Pastor optimismos alentadores... Tres años de lucha han venido a corroborar con meridiana luz la necesidad que padece la Iglesia de Guatemala.

Estadísticas sabiamente ordenadas os han venido a revelar que en porcentaje somos el último país cristiano: 126 sacerdotes para más de 3 millones de almas... cuando se multiplican industriales y profesionales, cuando las Escuelas Normales aumentan sin cesar las filas de sus maestros...

Un solo remedio queda, amados oyentes. El Apóstol lo pregona: *Enviemos sacerdotes.*

Que el Señor de la mies se compadezca. Que El suscite vocaciones. Que los llamados correspondan y en blanquísimas teorías de almas puras y verdaderamente sacerdotales, invadan los cam-

pos todos de la Patria. En la Capital y en las ciudades, orienten al noble y al rico; penetren en los talleres donde el obrero pide el pan de la palabra; enseñen al joven que hay goces más puros que los meramente materiales; infiltren en el corazón del niño los principios de la fe y las máximas salvadoras que jamás se olvidarán. Que al pobre campesino partan el pan de la doctrina y le abran generosos los tesoros de fe y de piedad que lo consolarán en su vida dura.

Y con esto, cristianos, habremos hecho la obra patriótica por excelencia.

---

Para darnos cuenta de todo esto, estamos reunidos en este Congreso; para darnos cuenta y para tomar los medios indispensables; para echar las bases de organizaciones que en el futuro se enfrenten al inmenso mal de la escasez de clero.

Voces elocuentes y autorizadas desarrollarán en estos días de bendición, así las necesidades como los remedios.

Al mismo tiempo que de todo corazón agradezco todas las buenas voluntades, todo el trabajo que para organizar este Congreso tantas personas se han tomado, os exhorto, amados fieles, a cooperar con todas vuestras fuerzas por el buen resultado definitivo.

No pretendo en estos momentos orientar de antemano la marcha del Congreso, sino sencillamente comunicar con vosotros las ideas que mi cargo de Pastor de esta amada grey guatemalteca y mis meditaciones personales me han sugerido.

*Oración y trabajo.* El programa del Congreso aúna muy sabiamente los ejercicios piadosos y las sesiones de trabajo; *ora et labora* ha sido y será constantemente el lema de toda empresa cristiana; él dió fecundidad santísima a Benito de Nurcia que clamaba a Dios en la soledad de Subiaco y talaba por sí o por sus hijos las malezas de una Europa primitiva que había de convertir en tierra de prodigiosa cultura. Lo imitarán Francisco de Asís e Ignacio de Loyola y los santos todos que recuerdan el clamor del Apóstol: *Gratia Dei mecum: La gracia de Dios conmigo.*

Este lema del Congreso ha de serlo de toda obra de vocaciones y ha de imprimirse para siempre en el corazón del católico que pretenda trabajar por la religiosa prosperidad de Guatemala.

1o. *Orar:* Importunar al cielo. Rogar al Señor de la mies que envíe operarios a su campo. Oración que ha de pasar al rango de costumbre santa entre los sacerdotes que diariamente en la Misa y en el Oficio divino son intercesores oficiales, entre las Comunidades religiosas que si viven en Guatemala han de participar de las solicitudes de la Iglesia Guatemalteca y dedicar este o aquel ejer-

cicio piadoso, este o aquel día de la semana o del mes a la obra capital de las vocaciones sacerdotales; ha de ser también santa costumbre en las Asociaciones piadosas, en los Colegios católicos; júntense las manos de los pequeñuelos, recen las doncellas, pidan las madres de familia y, con poderosa voz, el obrero y el patrono. Necesitamos sacerdotes, pidámoslos al cielo con importunidad santa.

2o. *Trabajemos.*

a) *En purificar el ambiente.* Las vocaciones sacerdotales ni se fuerzan ni se improvisan; han de brotar en nuestra Patria espontáneamente, como brotan las flores en los jardines.

Para que así suceda urge, sin embargo, una preparación cuidadosa del medio ambiente.

La Providencia divina no puede olvidar la necesidad en que se ve nuestra Iglesia Guatemalteca. No le negará el medio por el cual provee ordinariamente a esa necesidad. En Guatemala —de parte de Dios— tiene que haber vocaciones.

¿Pero de parte nuestra?

No puede germinar una semilla en un terreno no preparado... ni puede brotar la legítima vocación sacerdotal cuando el hogar está lejos de ser cristiano.

¡Qué hermosa sería una conclusión del Congreso que tendiera a una campaña en pro del matrimonio religioso! Campaña viva y efectiva que purificara las fuentes de donde por sapientísimas razones saca de ordinario la Iglesia sus ministros.

Mas no sólo allí está el mal. Pensemos en el indiferentismo religioso que invade los hogares de nuestra alta sociedad... en la falta de cristianismo íntegro y en las miserias morales que cunden en los hogares, así de ricos como de pobres. Y concluyamos si será posible sin milagro —que Dios no suele multiplicar— que germinen así vocaciones sacerdotales?

b) *En hacer que se estime el sacerdocio.*

No reclamamos esta prerrogativa en nombre de ningún orgullo humano. Somos los primeros en distinguir perfectamente entre la persona y la dignidad de que está revestida.

Pero no podemos menos de darnos cuenta del mal inmenso que causa el poco respeto que cada vez va cundiendo más contra el sacerdote de Cristo.

Denigran al sacerdote sus adversarios. Pero nuestros católicos, lejos de dejarles a ellos solos, tan triste oficio, lejos de defender al ministro de Dios, agravan el mal. Al sacerdote se le ridiculiza en el seno de hogares que se dicen muy católicos, en las fiestas más íntimas y familiares... El niño cristiano que tal oye... está casi irremediablemente alejado del Altar. Al sacerdote se le ridiculiza, al sacerdote ni siquiera se le saluda... y el católico olvida palabras terminantes de Jesucristo: «*El que a vosotros desprecia a Mí me desprecia*».

c) *En procurar los medios para la formación del sacerdote.*

Obra larga y costosísima. ¡Cuántos niños de alma pura y clara inteligencia no habrán visto con ávidos ojos desfilar un día u otro a los alumnos del Seminario... Ellos también quisieran... pero ha de ser tan difícil. Apenas tiene el padre de familia con qué alimentarlos. Jamás consentirá en un esfuerzo semejante...

Y mientras en tantas bagatelas se derrocha el dinero de los católicos, el niño aquél y muchos otros han de partir tristes con el fardo de sus ilusiones inútiles...

Hasta aquí, amados oyentes, lo que este Congreso significa para Guatemala.

Si levantamos los ojos y vemos más lejos, descubrimos sobre la inmortal Colina Vaticana la blanca figura de Pío XII que nos sonríe paternalmente y nos bendice. El ve en la formación del Clero, el cual quiere que sea «fundamento de zafiros» en la Iglesia de Cristo (Sertum laetitiae) el inmenso medio de salvación en la época moderna.

Es que el sacerdote no sólo rehace diariamente el gesto salvador de Cristo que se inmola por los hombres, sino que sigue siendo en toda realidad luz del mundo y sal de la tierra... y en cualquier parte que un nuevo sacerdote se ordene, aumenta la falange de los Apóstoles del Señor y alegra el corazón de la Madre Iglesia.

A Ella, Madre Inmortal y al Pontífice que la gobierna, ofrendamos humildes nuestros esfuerzos y el éxito que el Señor les conceda.

Guatemala, 3 de septiembre de 1942.

## LOS JOVENES DE HOY Y EL PROBLEMA DEL RECLUTAMIENTO SACERDOTAL

*Por la señorita Fabiola Castillo*

Señoras, señoritas:

Con verdadero gusto, pero con gran emoción he recibido la amable invitación que se me ha hecho para hablaros en este Congreso, sobre el tema siguiente: «Lo que nosotras, la juventud femenina, podemos hacer en la obra de las vocaciones».

No estoy capacitada para dirigir la palabra a este numeroso auditorio y hablaros con autoridad sobre asunto tan importante, y así como no he merecido este honor, así tampoco culpen de mi ineptitud más que a quienes me han elegido!

He reunido lo mejor que me ha sido posible, las ideas, los datos, las sugestiones que este mismo problema ha provocado en agrupaciones femeninas de otros países, pues aquí, en nuestra patria, creo que es la primera vez que ante un auditorio femenino se trata de este serio problema, que muy bien podríamos formular así: «Las jóvenes de hoy ante el fomento de vocaciones sacerdotales».

Algunos y algunas quizás me dirán: ¿Es acaso necesario que las mujeres se ocupen del sacerdocio?

Si queréis corromper la sociedad, predican los líderes del mal, ¡pervertid a las jóvenes!

¿Por qué entonces nosotros cristianos, no podríamos también decir: «Si queréis salvar la sociedad, contad con las jóvenes cristianas»? ¿Y cómo salvar la sociedad si no es por el reino de Cristo, es decir por sus ministros? ¡Si llegamos a comprender que la causa a la que tratamos de interesarles es bella, que perderla sería gran lástima, que son estas causas las que nosotras jóvenes debemos amar y defender y que tenemos además muchas posibilidades de éxito! Porque ¿de qué no somos capaces las mujeres cuando estamos conmovidas y convencidas? ¿Por qué será entonces que hasta hoy no nos hemos interesado? ¿Será acaso apatía o indiferencia? No lo creo así. Nuestra inercia proviene más bien de la ignorancia de lo que podemos hacer. Nos hemos hecho a un lado porque nos creemos incapaces de remediar las situación.

Porque desconocemos la realidad, no nos hemos dado a esta causa, de donde resulta que:

El primer deber de este Congreso es documentarnos, estudiar los hechos, poner al alcance del público la verdad.

El segundo sería, una vez conocido el problema, convencernos de lo que prácticamente podemos hacer en la actualidad.

Y tercero dejarnos llevar entonces por el entusiasmo a la realización de nuestros *ensueños para un futuro no lejano.*

. . . . . .

La penuria de sacerdotes se hace sentir en muchas naciones, pero aquí en Guatemala es terrible.

Oigamos con atención las palabras autorizadas del Reverendo Prelado de Guatemala. Dice en su última Instrucción pastoral: Nos confirmamos cada vez más en la inmensa desolación espiritual que sufre nuestra arquidiócesis, porque del mundo católico somos el pueblo que se encuentra menos asistido espiritualmente, pues somos el pueblo que cuenta por mucho con menos sacerdotes; una parte de la población de nuestra República que se encuentra en las fincas y en las aldeas no ve al sacerdote sino cuando más, una vez al año, y en los pueblos donde hay sacerdote, éste se ve ante un campo tan extenso que se siente del todo impotente para atender a las necesidades espirituales más urgentes que se le presentan».

Atendiendo a las estadístiscas publicadas en el semanario «Verbum» del 22 de marzo de 1942, vemos lo siguiente: Al final de una lista de 22 naciones, tanto europeas como americanas, aparece Guatemala que con sus 3.200,000 habitantes no posee más de 126 sacerdotes, o sea en proporción, 25.396 habitantes por cada sacerdote. Entre los 126 sacerdotes de Guatemala están incluídos tanto los sacerdotes seculares como los religiosos; en cambio de muchos de los países citados sólo se incluyen los sacerdotes seculares; lo que hace que nuestra situación sea más penosa todavía.

Si es verdad que en la capital no se hace sentir tanto, pues hay más de 40 sacerdotes para una población de 170.000 habitantes, en cambio en los pueblos y en algunos lugares como en el Petén y la costa se encuentran circunscripciones parroquiales que tienen 50, 80 y hasta 200.000 habitantes regidos por un solo sacerdote, como en Escuintla.

La estadístca de los números, precisión matemática, no necesita comentarios!

. . . . . .

A grandes rasgos se os ha dado un esbozo del estado actual de las cosas, relativo a la penuria de vocaciones. Pero llegando al nudo vital del problema, el que a nosotras mujeres nos interesa, podremos hacer esta pregunta: ¿Estará en nuestro poder hacer que numerosos jóvenes sientan el llamamiento divino? Desde ahora les puedo decir que sí, si actuamos unidas y de corazón.

¿Qué es necesario para que florezcan numerosas vocaciones?

En otras partes, donde se tiene mayor experiencia, están de acuerdo en decir que lo más necesario es:

Purificar la atmósfera actual.

Llevar el público a la acción.

Orar.

*Purificar la atmósfera actual:* parece extraño, y sin embargo las jóvenes entenderán a maravilla lo que es purificar el ambiente actual si lo llegan a comprender y si lo quieren hacer.

*¿Llevar el público a la acción?* No todas sienten, me diréis, el personal atractivo, el entusiasmo por el sacerdocio, que les mueva a colaborar con afán en las obras de las vocaciones.

Es cierto: pero a cada paso encontramos jóvenes piadosas, y sin embargo tan indiferentes que no les interesa ni les preocupa nada el reclutamiento sacerdotal. Algunas tímidamente insinúan que la vocación eclesiástica es cosa muy delicada y que es mejor no meterse... otras tristemente murmuran que no hay elementos masculinos entre sus familias que puedan abrazar el estado de sacerdocio.

Pero lo peor es que por una o por todas estas razones, se quedan con los brazos cruzados. ¡Siquiera fuera con las manos juntas en oración!

Nosotras, guatemaltecas, activas o pasivas, ¿hemos hecho algo hasta hoy? ¡Ni mucho menos! Ni siquiera hemos entendido de lo que se trata! Algunas, hasta han llegado a decir: «Nunca hemos pensado en semejante problema! Si todas nosotras, jóvenes cristianas aquí reunidas, hubiésemos profundizado el problema, si todas hubiésemos comprendido la tristeza de la iglesia sin pastor... la penuria moral de las aldeas en donde todo un pueblo se va olvidando de orar... Si hubiésemos considerado el desastre de las ciudades laicizadas... Si hubiésemos pensado que cuando los viejos pastores, que administran todavía algunas parroquias desaparezcan, no habrá ya jóvenes que los reemplacen... entonces nuestras naturalezas en el fondo apostólicas, nuestro instinto de compasión y la potente actividad que nos da a nosotras, las mujeres, el sentimiento... entonces les aseguro no serían como hasta ahora unas pobres oraciones las que subirían de nuestras filas hacia el Amo de la Mies, sino gavillas ardientes de súplicas... No serían algunos cientos de centavos los que se recogerían sino miles de pesos capaces de sostener dos o tres seminarios en todo el país... No seríamos algunas y escasas catequistas voluntarias en nuestras ciudades y pueblos... sino tantas catequistas como catequizados, y sería un río, un torrente de ideas conquistadoras, irresistibles que arrastrarían un grupo a otro grupo... y, sobre todo, sería una vida más digna, más cristiana la que llevaríamos porque entonces los sueños que hoy abrigamos serían realidades y tendríamos, desde hoy en nuestros ojos de veinte años, sueños inmensos... inmensos de maternidad espiritual!

. . . . . .

«Consultando los informes de los Congresos habidos en Francia desde 1925, país en donde más importancia se ha dado a este problema, vemos por ejemplo:

En el Congreso del Reclutamiento Sacerdotal que tuvo lugar en Tolosa en 1930, se leyeron dos informes importantes para las actividades femeninas: uno «La mujer cristiana conquistadora de la opinión», que nos da muy interesantes detalles de actividades en ese sentido; el otro «La mujer cristiana conquistadora de las Gracias Divinas» que nos muestra los potentes medios de la oración y el sacrificio.

En el Congreso Sacerdotal de Lourdes de 1935 se ocuparon especialmente del porvenir, es decir, de preparar a las mujeres y especialmnete a las jóvenes a la idea de una posible maternidad sacerdotal. Es preparar para más tarde terreno propicio, en que germinarán las tiernas plantas del sacerdocio.

Leemos dos trabajos, muy hermosos: «Hijos por la sangre», que se dirige a las madres de familia; «Hijos de adopción», a las jóvenes solteras, maestras y catequistas.

Resumiendo una frase de una de las congresistas podemos nosotras también hacerla nuestra: «Hasta hoy había creído que el apostolado se limitaba para una joven a la oración y a la limosna. Envidiaba sin razón el privilegio de los hombres al sacerdocio, sin pensar en el privilegio de las madres que ofrecen un hijo a Dios. Me ha sido demostrado en este Congreso: 1o.—Que la oración dirigida en sentido más apostólico, menos egoísta, colabora con el sacerdocio. 2o.—Que se puede ejercer una maternidad espiritual, algo así como la paternidad espiritual del sacerdote sobre las almas. 3o.—Que puede irradiar una alma sacerdotal en palabras, obras y abnegación. 4o.—Que sí se puede trabajar eficazmente en la obra de las vocaciones».

El Congreso Sacerdotal habido en Lille, en 1934, es más interesante todavía, pues da muchos detalles prácticos que se pueden realizar en nuestro ambiente. Nos habla primero de una obra llamada «Obra de las vocaciones de la Diócesis de Lille». Esta asociación tiene establecidas presidentas parroquiales que se reparten los barrios de cada parroquia para ir a domicilio, amparadas con una tarjeta de autorización del Obispo, a repartir estampas en vez de centavos. La Diócesis cuenta con 1,700 repartidoras y se encarga con el dinero colectado de entregar a las madres de los candidatos pobres, el ajuar necesario y la cancelación del primer trimestre en el Seminario. También ofrece la primera sotana.

En la misma Diócesis la obra llamada «De los doce apóstoles» funciona desde hace años con resultados prácticos. Ayuda materialmente al sostenimiento de los seminaristas, colectando en las parroquias rurales dones como: trigo, papas, legumbres secas... también muebles usados propios para amueblar las casas parroquiales pobres, habiendo recogido hasta hoy más de 1,000 piezas de mobiliario.

La Archicofradía de María Reina del Clero se encarga de la parte espiritual. Miles de asociados oran eficazmente por las vocaciones.

La asociación de jóvenes denominada Noel, que existe en toda Francia, desde hace 46 años, nos da en el mismo Congreso los siguientes informes, ya sea de sus propias actividades, ya sea de las encuestas llevadas a cabo en asociaciones similares que se pueden clasificar así:

a) Colaboración espiritual.

b) Propaganda y ayuda moral.

c) Socorros financieros y dones en naturaleza.

d) Un procedimiento de colaboración espiritual es el señalado por el «Grupo Pío X de apóstoles de las vocaciones» que funciona en la región parisiense y cuyo lema es: «orar y hacer orar» y que se pone en práctica del siguiente modo:

1o. No se han de separar los socios en cada reunión mensual o semanal sin antes haber hecho una invocación colectiva.

2o. Establecen la Comunión perpetua, es decir, que cada miembro por turnos ofrece su comunión por la intención del Clero.

3o. Dicen una Misa mensual de comunión de todo el grupo, y, si ésto no fuera posible, hacen celebrar una Misa con esta intención.

«La milicia del Santo Cura de Ars», que consagra su apostolado a agrupaciones de niños Lobatos, Cruzados, Patronatos... y trabaja en el mismo sentido haciendo plegarias en común, estableciendo la comunión frecuente entre los niños. En Auray desde que se estableció la comunión mensual han florecido 24 vocaciones. ¡La voz de los niños ha sido escuchada! Los miembros tienen por consigna «oración y mortificación» para acrecentamiento y santidad del clero. Se establecen listas de ramilletes espirituales, que la asociación ofrece a Dios en tal o cual ocasión.

.....

Como propaganda y ayuda moral, el mismo Noel nos da el ejemplo.

Medios empleados por ellas: Entre los niños: en las catequesis y patronatos dando, como premios, objetos del culto con que los niños pueden hacer altares y familiarizarse con los ritos de la Misa. Repartiendo periódicos y revistas católicas entre esos mismos niños y niñas. Estableciendo grupos de acólitos, enseñándoles música y canto y sufragando el costo de los trajes a fin de que sean lo más dignos posibles y den una alta idea de la dignidad sacerdotal.

Entre el público en general, hoy día que se han multiplicado las vocaciones de aficionados a las tablas, con funciones, en las que toman parte estos talentos, colocando hábilmente en los intermedios, algún monólogo o poesía sobre las vocaciones.

*Con conferencias.* Un buen orador o conferencista es siempre bien escuchado y se puede utilizar su prestigio en este sentido.

*Con películas.* Existen algunas muy buenas, hermosas realizaciones artísticas que conmueven al público.

*Con conciertos,* aprovechando los talentos locales. Todos estos medios, sobre todo, en las poblaciones pequeñas privadas de distracciones, son muy bien aceptados y poco a poco favorecen la opinión .

*Con lecturas,* tratando de interesar a los aficionados a buenas lecturas. En toda Francia las J. E. C. L., jóvenes estudiantes católicas de los liceos, han procurado aumentar sus bibliotecas de biografías de santos, y han hecho de algunas de ellas el tema de su círculo de estudios. Por todos lados estas asociaciones que se llaman: Noel, Liga de jóvenes, Cruzada Eucarística, Cadetes de Cristo, Bernarditas o Hijas de María, de San Vicente de Paúl, han trabajado ardientemente en forma de apostolado y de ayuda moral por el reclutamiento sacerdotal. Además de estas agrupaciones locales, particulares de cada Diócesis, que llevan nombres propios cada una, existen grupos más universales como la Archicofradía de Nuestra señora del Clero y de Nuestra Señora del Cetro. Sus actividades son siempre de la misma índole. La oración por el Clero.

Problema serio para toda administración es la ayuda y socorro financiero, pero que se resuelve de mil maneras ingeniosas cuando hay verdadero interés y buena voluntad. Si no se poseen fondos propios, hay que buscarlos entre los demás y del modo que cueste menos, es decir, haciéndolo agradable.

. . . . . .

Y lo que otros hacen, ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros?

Hay medios conocidos, archiconocidos y explotados como: kermesses, rifas, ventas de caridad, funciones, cine, conciertos pagados, cuyos éxitos dependen de su organización y de las personas que se ocupen. En los Estados Unidos se han utilizado los ocios de elementos sociales desocupados con tés musicales, torneos de bridge, garden-party, con éxitos financieros para la buena causa.

En fin, hay medios más modestos y materiales como la recolección de cotizaciones por medio de tarjetas en las que se perfora un cuadrito cada vez que se contribuye, venta de medallones, insignias o florecitas azules a la salida de las misas, y para terminar, se puede contribuir con dones en naturaleza como para las misiones: con sellos, papel de estaño, pedazos de oro y plata, telas de hilo y seda para confección de ornamentos para iglesias pobres. Señalamos como muy saludables las actividades de los llamados «obradores». Las hijas de María, ya citadas, ofrecieron al Santo Padre en ocasión de la beatificación de Catarina Labouré, 13 grandes baúles de ropa de Iglesia para las Misiones. Las Jocistas,

Juventudes obreras católicas han hecho algo semejante. Los comités de cada lugar tienen a gloria el ofrecer a sus Prelados para Navidad el equivalente de una o dos becas para seminaristas, ganadas con su propio trabajo.

Ved, pues, compañeras, que hay muchas posibilidades de acción. Pero habrá que repetir que fuera de la oración, todas estas acciones no tendrán ningún resultado para el lejano porvenir si en nuestro corazón, en lo más íntimo del alma, no abrigamos grandes,... fuertes... realizadores deseos de maternidad sacerdotal.

Cuando el primer sacerdote, Nuestro Señor Jesucristo, vino sobre la tierra quiso tener una madre que no sólo lo fuera del pequeñito que lloraba en un pesebre, sino la que compartiera con él su sacerdocio y su redención.

¡El método no ha cambiado!

. . . . . .

Es cierto que conquistar la opinión es apreciable, pero la idea sigue su sendero lentamente y avanza muchas veces, con riesgos, temores de ahogarse y de perderse en el camino, entre los pantanos de la riqueza y del placer... Es cierto que recolectar es meritorio y más aún dar de lo suyo en cantidad.

Pero no es eso todo. ¡Cómo compadezco a las que se sienten satisfechas de haber juntado algunos cientos de pesos para la buena causa y quedan después con la conciencia tranquila del deber cumplido! Cierto que el dinero es necesario y hay que prestar atención a las exigencias materiales de una causa. ¿Pero acaso un sacerdote se compra con dinero? Un sacerdote se forma con la generosidad de nuestros corazones de mujeres... de nuestros corazones de vírgenes, que se volverán corazones de madres.

Esta es la gran esperanza que hay para el futuro y debemos decirlo muy recio, para que no flaqueemos, y levantemos muy alto nuestras almas y nuestros ensueños hasta la altura de nuestra misión. La más grande esperanza radica en nosotras. Somos nosotras las que resolveremos el problema, según que formemos de nuestros corazones, hogueras de generosidad, o abismos de cobardía. Según que subamos por el rudo sendero del deber, donde el aire más puro fortifica las almas, ennoblece los sueños y nos conduce a los magníficos destinos cristianos, o por el contrario, nos arrastremos por los senderos del placer embriagando nuestros espíritus con los peligrosos perfumes del siglo, rumbo al materialismo y al ateísmo.

¡Ah! con qué angustia nuestros obispos dirigen sus miradas ya con esperanza, ya con desesperación hacia la juventud femenina... Esos niños que acariciaremos sobre nuestro regazo y meceremos entre nuestros brazos, ¿serán hijos del siglo? ¿o hijos de la luz?

¿Su generación llevará en la historia el estigma de haber derrochado el patrimonio de cuatro siglos de cristiandad o tendrá la gloria de haber rendido el ciento por uno?

¡A nosotras nos toca responder!

Si nuestra generación, la nuestra... la de la juventud femenina actual, se forja una alma piadosa, valiente, apostólica, sacerdotal, si se fortifica en la práctica del sacrificio alegremente aceptado que le impone la guarda de su fe y de su virtud, si se enardece con grandes ideales que realizar entre sus hijos o sus sobrinos, la causa está salvada... Surgirá una legión de sacerdotes y una apoteosis de blancura y de claridad coronará nuestro siglo XX cuyos principios han sido tan turbios y tan tormentosos.

---

## DEBERES DE LA MUJER CATOLICA ANTE EL PROBLEMA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

*Por doña Margarita Asturias de Andreu*

He sido designada por el comité que actúa en el desarrollo de los actos que se están verificando con motivo del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales para dirigiros la palabra esta tarde, dedicada a la mujer católica.

El tema que se me ha encomendado desarrollar, es el siguiente: Deberes de una madre cristiana en la obra de las vocaciones sacerdotales.

Sin duda es un asunto interesantísimo, delicado y complejo a la vez, y a pesar de mis pocas capacidades para adentrarme en un tema de tan vital importancia, tanto en el orden religioso como en el social, he aceptado la honrosa designación, por tratarse de una obra de tanta trascendencia para nuestra patria y para nuestros hijos, pero contando antes con vuestra amable benevolencia.

Si no poseo dotes intelectuales para haceros más ameno este instante, tened la seguridad que mis palabras encierran la sinceridad de mis sentimientos.

La historia de la Iglesia nos muestra grandes figuras de mujeres que se destacan a través de los siglos, obligándonos a admirarlas, a seguir sus pasos y a considerarlas como un símbolo. Mujeres fuertes, madres santas que con su virtud, valor y serenidad, dieron a la Iglesia y al mundo hijos santos. A Santa Elena, madre del Emperador Constantino, quien seguido de las ideas religiosas de su progenitora, puso el signo de la redención en el estandarte imperial, triunfando así de su enemigo. A Blanca de Castilla,

madre de San Luis rey de Francia, quien debió a ella su santidad. Y, quiero detenerme un instante en Santa Mónica, madre de San Agustín, una de las grandes figuras de la Iglesia. Sabemos cómo lo primero que enseñó a su hijo fué a orar, y más tarde, cuando éste, olvidado de Dios, marchó por los caminos de los placeres mundanos y de la ciencia, ella le seguía muy de cerca, orando sin descanso e implorando del Creador la conversión de aquel hijo tan amado. Sus lágrimas no fueron vertidas en vano y su sacrificio logró la más grande gloria que puede alcanzar una madre cristiana: A ella debe la Iglesia Católica la gloria de uno de sus genios más grandes, por no decir, el mayor.

La fuerza de acción de la mujer es mayor en su hijo por el hecho de obrar desinteresadamente y su labor tiene que ser más pura. Ella quiere su felicidad. Ella sabe dónde está la verdadera dicha, pues tiene una visión clara que le dió el bautismo. Y entonces, ¿cómo no ambicionar que llegue al culto de los altares? Si los amores de la tierra son poco constantes y traen decepciones y lágrimas, en el de Dios hallará la belleza que hacía exclamar a San Agustín en el colmo del regocijo: «Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva!» Si en el cáliz de los placeres mundanos hay siempre un fondo acibarado que lastima el gusto y desconcierta el ánimo, allí en el altar encontrará el agua viva que da la vida eterna al que la toma, allí oirá la voz que sin cesar le llama diciéndole: Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Cómo no desear que cifre en el amor divino sus complacencias, ya que la vida del hombre, según palabras del libro de Job, es una tentación sobre la tierra. Así como el Señor prende la tea de la inspiración en el artista y la luz en la inteligencia de los sabios, es El, el que otorga sus gracias especiales, a los que han de representarle en la tierra, para lavar escorias y hacer florecer las virtudes. Pero si es verdad que es Dios el que da la vocación, la madre es la llamada a no permitir que esa chispa se apague. Debe procurar con ahinco que vaya acrecentándose, merced a la influencia de los diferentes medios con que cuenta. Haciéndole comprender la satisfacción que deja en la conciencia el deber cumplido; y enseñándole con su ejemplo la abnegación y el sacrificio, haciéndole sentir el llamamiento de Dios y ayudarle a seguirlo, haciéndole manifiestos los puros regocijos de la religión cristiana; inclinándole a las buenas lecturas, etc. Sería muy largo enumerar las infinitas maneras de acercarlo al corazón de la vida espiritual y que una madre verdaderamente cristiana puede conocer. Es ella la que debe actuar con más celo y heroísmo proponiéndose allanar los caminos para que aquel fruto de su amor satisfaga sus ansias; pero ante todo es necesario el sacrificio. Dios pide a las madres el don de su sangre para conducir y salvar a las almas; y ellas al ofrecerle a sus hijos, como lo hiciera Abraham con Isaac, escucharán la misma voz misteriosa: Conozco que amas a Dios porque no me rehusas a tu hijo. El Señor quiere la colaboración de las madres para tener sacerdotes.

En su alma está la preciosa reserva de la savia que hará abrirse la bella flor de la vocación Sacerdotal, según expresión de Monseñor Lavallée. En el hogar es donde el niño tiene su primera enseñanza, bajo la sombra protectora de sus cuidados. Es la primera en modelar su espíritu; en despertar los sentimientos de su corazón; en grabar en su alma aquellas imágenes seductoras que lo acompañarán hasta la muerte.

¡Ah! Si todas las madres tuvieran conciencia del filón de oro que Dios puso en sus manos y del arte cuidadoso con que deben trabajarlo! Más tarde, aunque el niño ingrese a centros de enseñanza y sean atendidos por maestros de prestigio, jamás olvidará la eficiencia de las lecciones tan amorosamente prodigadas a su inteligencia y a su corazón.

La potencia del alma femenina es enorme árbol fecundo de la vida, manantial de amor, que se da constantemente a los suyos, sin agotarse nunca. Su fuerza la recibe del cielo. Su trabajo lo realiza en la sombra.

Los cimientos del edificio que la madre construya sobre tierras de su hijo, deben ser profundos para que no lo abatan vientos de oficiosa maledicencia. A menudo se registra el caso, que profesores de enseñanza secundaria, se permitan hablar a los alumnos, adoptando cierto tono paternal, en un sentido nada provechoso. Les afirman que los preceptos de la Iglesia y los dogmas y el relato de las sagradas Escrituras son desvaríos que conducen a formarles obscuridad en el cerebro. Y entonces si la fe no está bien cimentada, el esfuerzo de la madre se vendrá al suelo.

La madre que es la llamada a estar en íntimo contacto con sus hijos, es la que primero descubre las inclinaciones de cada uno y debe observar detenidamente al niño en sus diferentes situaciones. Es muy posible que ni él se haya dado cuenta a ciencia cierta de su vocación. Leemos en los proverbios lo siguiente: «El Señor sólo es quien dirige los pasos de los hombres», y; quién es aquél que puede conocer por sí el camino que deba llevar? Es la madre, la que por sus observaciones, puede determinar la vocación. Su deber es manifestárselo, indicándole que es una gracia particular de Dios que ha puesto sus ojos en él, que a El debe pedir su auxilio, haciendo poco a poco, la renuncia de sí mismo.

Hay que hacer comprender al niño que en el árbol de la Cruz de Cristo, no todo es sacrificio, y espinas, pues en El florecen, como en un vergel de contento celestial, las rosas que tonifican, embalsaman el ánimo y recrean el corazón; que en el mar salóbrego existen fuentes de agua dulce y que en el continuo restringimiento encajan las raíces de la verdadera libertad. A veces la vocación surge de improviso y entonces hay que fomentar la llama con vientos de estímulo. Pero cuando permanece adormecida y el joven perplejo ante los varios caminos que se abren a sus ojos, no se atreve a dar el primer paso, la madre debe ayudarle a implorar las luces

del cielo para escrutar lo inescrutable. La mujer fuerte de quien nos hablan las Escrituras y que quiere preparar a su hijo para el Santo llamado, es necesario que constantemente haga reinar en su hogar la pureza y la modestia. Esa virtud excelsa de la pureza que debe guardarse siempre en el niño, pero que en el joven que ha sido escogido por Dios para el altar, debe ser positiva, consciente, apreciada por él, alejándose con todo cuidado de lo que pueda mancharlo. Tarea es ésta muy difícil por cierto, en estos tiempos en que el cine, la novela pornográfica, los malos amigos, las diversiones mundanas, etc., tienden a contrarrestar poderosamente cualquier actuación firme de la gracia celestial. El niño debe tener ante todo, un director espiritual, un guía que en sus confidencias íntimas, las más íntimas de la conciencia, pueda con su don de consejo, dirigir sabiamente sus pasos, resolviendo con facilidad sus problemas.

Una alma así formada, deseosa de elevarse, estará lista para seguir el llamamiento al Sacerdocio, este estado, que a través de la fe aparece como la más alta dignidad; que aún desde el punto de vista puramente humano, por su aislamiento augusto, en medio de los hombres, por su vida superior a las pasiones y a las costumbres generales, por su misión de dar el consuelo y alivio a todas las miserias, por su hermoso papel social, reviste un carácter de grandeza indiscutible.

La gracia de la vocación sacerdotal, el Señor la otorga, muy particularmente, a los hogares que están regidos por la ley divina y en donde cada hijo es recibido como un presente del Cielo; allí donde la madre no teme la falta de recursos, ni los sacrificios, ni los desvelos, ni el menoscabo de su belleza. Ella está convencida que el Altísimo le dará fuerza para salir airosamente de todas las vicisitudes, y que si una noche se obscurece el firmamento donde orilla la estrella de su bienestar, ya vendrá el día, con su sol magnífico, derramando alegría y bienestar entre los suyos.

Teniendo varios hijos, estará más pronta a ceder uno para el altar. Una familia numerosa posee ventajas que coadyuvan poderosamente a la formación de cada uno de ellos. La unión constante entre hermanos suaviza los caracteres, fortifica la abnegación, reprime el egoísmo. Estos auxiliares preparan mejor el alma de aquel que será escogido por Dios. El, que penetra la sustancia de las cosas y descubre los corazones, pondrá su sabiduría y su poder al alcance del elegido. El escogerá a las familias verdaderamente cristianas que se le han consagrado, para otorgarles el galardón a que se hicieron acreedoras por su fidelidad, por sus virtudes y por su sentimiento de responsabilidad. Y dará al hijo la potestad que no tienen ni los ángeles del cielo. Desde el momento en que Dios ha señalado con la gracia de la vocación a un hijo de esta familia, podrán los miembros de ella exclamar con gran regocijo y ternura: «Bendito sea Dios que ha exaltado tan magnífica-

mente a sus servidores, porque en adelante, serán nuestros labios inexpertos los que por labios de nuestro hijo dirán las palabras milagrosas que convierten el pan de la tierra en cuerpo de Jesucristo; serán nuestras manos fatigadas y temblorosas las que por las manos consagradas de nuestro hijo concederán la paz y el perdón a los corazones llagados; serán nuestras almas sencillas e ignorantes las que por medio de nuestro hijito alumbrarán al mundo con destellos de sabiduría y de santidad. Nosotros no poseíamos títulos de nobleza, pero el fruto de nuestra carne y sangre pertenece ya a un linaje real, a una raza divina».

Sería un afán muy superior a mis fuerzas, querer sintetizar en el estrecho límite de este breve discurso el estudio detenido de todos los elementos que contribuyen a formar o a estimular la vocación sacerdotal, principalmente en estos tiempos en que el niño o el joven sueñan con ideales de alcanzar pronto el dinero, la gloria y la satisfacción de sus pasiones, muy poco con lo que implica sacrificio y constancia, y por esto en lo que menos piensan es en el Sacerdocio. Ese deseo está muerto en nuestros jóvenes. Por eso no dudamos en repetir que es la madre la llamada a preparar el terreno para que la semilla fructifique en estos niños y jóvenes por medio de una educación y formación profundamente cristianas.

Para terminar, quiero decir de nuevo a la mujer católica de Guatemala: Necesitamos sacerdotes. Lo dijo nuestro Prelado en los días de su Consagración. En su primera Pastoral nos conmovieron aquellas frases que más bien eran una queja dolorida que dirigía a los católicos: No tengo sacerdotes. Unamos a las de él nuestras oraciones fervientes y continuas para obtener de Dios la gracia, la que tanto necesitamos; pensemos seriamente en encauzar la vocación de nuestros hijos. Somos nosotras las obligadas a preparar los operarios para unos campos que están reclamando angustiosamente mayor cultivo.

El trabajo en pro del Seminario, no puede ni debe ser obra exclusiva del Arzobispo y de los Sacerdotes; debe ser acogido con empeño y entusiasmo por todos los católicos. Deber nuestro es ayudar material y moralmente a los sacerdotes. Ellos tienen necesidad de nuestra cooperación; y en cambio se toman la responsabilidad de hacernos llegar a los destinos eternos; de otorgar al mundo los dos beneficios que más necesarios les son: La verdad y la gracia. Tienen necesidad de nuestra abnegación para amplificar su obra, de nuestro respeto para sostener la grandeza de su cargo, de oraciones, sobre todo, para ser santos. Todas podemos ser un poco madres, escondidas y silenciosas como María, pero prontas a ir en su ayuda, sin olvidar nunca el carácter sagrado del que cada día consagra y trae a Jesús a los altares. Robustecidas por estas nobles aspiraciones y estas santas ambiciones podremos ver pronto

en nuestra querida patria un Seminario digno de su pasado, digno de los obreros que se preparan a recoger la mies y que más tarde colmarán ese vacío inmenso que llena de pena y ansiedad a nuestros sentimientos de católicos y que constituye la más grave preocupación de la Iglesia Católica en Guatemala.

He dicho.

---

## EL JOVEN CATOLICO ANTE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

*Por el Ing. don José María Sagone.*

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Nuncio Apostólico;
Excmo. y Revdmo. Señor Arzobispo;
Excmo. Señor;
Excmos. Señores;
Señoras, señores:

Veni Creator Spíritus, cantaba el coro en nuestra Santa Iglesia Catedral el día de la inauguración de este Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales.

Y en verdad que necesitábamos la ayuda del Espíritu Supremo, del Espíritu Creador para iniciar la celebración de tan grandiosas reuniones donde se han ido tratando problemas que son motivo de las preocupaciones de la Iglesia, del Pontífice y de los buenos católicos.

Que Dios nos envíe los auxilios del Espíritu Santo, porque no se oculta a nuestros ojos la gravedad e importancia del tema que debemos abordar en esta Primera Asamblea Pública de Caballeros y Jóvenes, habiendo recaído el honor de desarrollarlo, como veis, sobre el menos calificado para hacerlo.

El despreocuparse del estudio de la vocación y el considerar como tal solamente al sacerdocio, prueba el aprecio que en el fondo de las almas hacen todos de ese sacerdocio, aún aquellos que lo atacan, precisamente porque conocen su valor. Tácitamente conceden que lo comprenden así: «Querer ser sacerdote, es seguir un sendero recto hacia una meta ideal; no querer serlo es seguir cualquier camino a la ventura, sin brújula, sin voluntad, sin bríos, a merced de los vientos que soplan al azar». Y es lógico que lo comprendan de ese modo, porque si es la vocación, conocimiento que Dios inculca en cada criatura, del papel que en esta vida le toca desempeñar, en los remansos del torrente de la vida moderna, sólo

la vocación sacerdotal puede escucharse si no es ahogada su voz; que las demás en el mar de las pasiones ni siquiera logran desarrollarse.

Imaginaos, en una mansión lujosa, rodeada de parques, cortados por alamedas umbrosas, y jardines, risueños de flores, imaginaos al jardinero, transplantando cuidadoso las que fueron delicadas semillas, ahora plantas ya crecidas, fuertes, aptas para soportar las inclemencias del clima y de la atmósfera, pero que tuvo primero que sembrar al abrigo y calor de los invernaderos: Las vocaciones sacerdotales requieren también, como las plantas finas, un medio ambiente propicio para su germinación y una atmósfera favorable para su crecimiento. La Iglesia, que así lo ha comprendido, agrupa y reúne las juventudes, estudiantes u obreros, para que al calor recibido del Sol de la Divina Eucaristía y a la luz de la Verdad, penetren esos jóvenes corazones en sí mismos y estudien sus inclinaciones, arranquen los zarzales que podrían impedir fructificara en ellos la palabra divina y comprendan que en la vida todos tenemos un deber a cumplir.

Si no despierta en ellos la vocación sacerdotal, podrán sentir el celo y el vigor que les impulse al apostolado seglar, y, de todas maneras, alcanzar el sentido de la responsabilidad y experimentar el deseo de llenar un cometido durante este viaje terreno, conociendo, amando y sirviendo a Dios como El desea.

Por eso no es de extrañarse que desde hace ya bastantes años, y en Francia tomando un carácter de solemnidad y regularidad especiales, se congreguen las Juventudes Católicas de todas las regiones de un país para oír tratar del problema de la Vocaciones Sacerdotales. Y se reúnen miles de jóvenes estudiantes, jóvenes católicos y jóvenes obreros, que durante el año se han ligado a sus compañeros en las Asociaciones juveniles y Patronatos, por medio de lazos de amistad cristiana, con ese amor que predicaba Jesús, llevando a la Universidad y a la Escuela, a los talleres y a las fábricas, a la calle y al seno del hogar, la predicación de una vida ejemplar y virtuosa. Viviendo una verdadera vida de cristianos, exteriorizando sus ideales en un repartir caritativo del tesoro que llevan en sí. Prodigándose solícitos para ayudar al prójimo en sus necesidades físicas y morales. Y cuando a fuerza de tanto amar se vuelven un destello del amor de Cristo, comprenden la sublime belleza del absoluto renunciamiento y sacrificio del apostolado católico, compenetrados del sufrimiento de las almas en tinieblas; y en vez de caer en un replegarse egoísta abren los brazos movidos por el sentimiento de la caridad cristiana y forjan sus voluntades en el yunque del deber, para ser hombres útiles de fructífera labor, y en muchos, la blanca flor de la vocación sacerdotal brota en los corazones como orquídea blanca entre la frondosidad de los sentimientos.

Porque al asociarse los jóvenes católicos, de acuerdo con su posición social en juventudes de estudiantes católicos, juventudes obreras católicas, juventudes agrarias católicas, y patronatos parroquiales, interparroquiales, agregados a la Sociedad San Vicente de Paúl; patronatos que tuvieron su origen en Francia desde antes de la Revolución, en 1729, de asociaciones formadas por los sacerdotes del Sagrado Corazón de Marsella. Al reunirse de esa manera los jóvenes bajo la dirección de sacerdotes competentes, tienen la oportunidad de corregir los defectos y aumentar las cualidades inherentes a la edad juvenil.

Bajo la sabia guía del director espiritual, la imaginación, que abandonada a sí misma expone al joven a muchos peligros, bien conducida, es un medio utilísimo para su desarrollo intelectual y moral.

A esa edad, en que «todas las potencias intelectuales y sensitivas están al acecho, quieren saber. comprender, experimentar, gustar, conocer»; y el peligro enorme que ello trae en las agrupaciones de juventudes cuando no domina al ambiente un espíritu sobrenatural, no se registra en las Juventudes Católicas, de conversación pura y preocupaciones elevadas.

El «espíritu de independencia», aspecto del egoísmo del adolescente, que hace al joven rebelde a todo yugo y autoridad superior, queda aquietado, porque los jefes mandan, pero con una inflexibilidad cariñosa, que conquista las voluntades de los más rebeldes; dándose con santo amor y haciendo comprender y vivir el precepto divino de: «Amaos los unos a los otros».

Y el resultado de ese egoísmo y ese espíritu de independencia puede ser un «funesto respeto humano». Que viene a ser martirio del joven, el cual, considerando su personalidad como centro de la gravitación del mundo exterior y deseando verse desenfrenadamente libre, parodójicamente se encuentra esclavizado por el ¿qué dirán? A esto los sacerdotes ponen el remedio de una incansable bondad, evitando las heridas a su amor propio y ganándolo, con la dulzura de su trato.

Y muchos son inconstantes y frívolos, frivolidad e inconstancia que nacen de la falta de convicciones serias y definitivas, únicas que pueden dar al joven y al hombre energías suficientes para resistir las continuas contrariedades con un semblante siempre risueño y apartarse de las influencias exteriores nocivas.

Las juventudes católicas compuestas de muchachos de diferentes caracteres pero que presentan, en mayor o menor grado, análogos defectos, van eliminando esas escorias; van reaccionando contra sus debilidades y como quiera que posee la adolescencia bellísimas cualidades, lo mismo que un fuego se aviva y eleva llamas esplendorosas al quitarle cenizas que lo cubren, al contacto con el oxígeno del aire, al soplo divino de la cristiana enseñanza, esas

cualidades medio apagadas en el hogar de las almas cobran fuerza y esplendor inesperados.

Y las cualidades, «el gusto estético», el «amor a lo hermoso» sabiamente fomentados con la poesía, la música, el amor a la naturaleza, son palanca de un éxito seguro en manos de un buen educador; así como el «entusiasmo» por las ideas elevadas de heroísmo, patria, sacrificio; la «necesidad de amar y comunicarse con los demás», base de la caridad cristiana que debiera ser norma de la vida social; «el deseo de la virtud» cuando es comprendida la belleza sublime de la pureza freno de todo desorden; el «sentimiento del honor» y el «sentimiento religioso» origen de fuerzas, sobre todo este último, para perseverar en el cumplimiento del deber, de la honradez y de la justicia.

Entre todos los congresos de «Reclutamiento Sacerdotal» que se han celebrado en Francia, desde 1925, en París, Lyon, Marsella, Rouen, Nancy, Tolosa, Paray-Le-Monial... Bourges, Rennes, etc., uno me parece extraordinariamente bello, por los temas desarrollados y conclusiones obtenidas ciertamente, pero también porque tuvo lugar bajo los auspicios del Sagrado Corazón de Jesús, en aquella ciudad, villa de los santuarios, rincón santo donde se apareciera Jesús a la humilde religiosa francesa de Alacoque, como símbolo de Infinito Amor: El congreso de Paray-Le-Monial en 1931. Porque nada más adecuado para amparar un Congreso de Vocaciones Sacerdotales que el Corazón de Jesús: Amor de Dios que se entrega a los hombres para abrasarlos en sus llamas. Si una cualidad es necesaria para la germinación de las vocaciones eclesiásticas es el amor al prójimo, amor llevado hasta la abnegación y el sacrificio. Y Jesús, abnegación suma y Caridad suprema era ejemplo y Protector Divino para aquellas multitudes católicas.

Porque la ciencia, la cultura, la inteligencia y la erudición ejercen ascendientes sobre las masas y les infunde respeto, pero aquellos mismos que aprecian y respetan al sacerdote solamente por su sabiduría y cualidades humanas, no ven en él las verdaderas cualidades del sacerdocio, de bondad y caridad para sus semejantes, de abnegación y sufrimiento sublime, llevados hasta la santidad y lo sobrenatural.

Si el Corazón de Jesús fué el patrono de aquel Congreso, sobre el nuestro vela el sencillo hermano Pedro de San José de Bethancourt, tinerfeño de origen, pero guatemalteco por amor. El Espíritu Santo, no quiso darle una santidad como la de Tomás de Aquino y en el amor al prójimo le hizo encontrar sabiduría y santidad.

Es justo ambicionar la gloria del saber; el que sabe mucho, mucho puede, pero, además de los anhelos legítimos de nuestro estado, ansiemos que nazca en nuestras almas el verdadero sentido de la caridad cristiana.

Pero ¿qué lazos de unión y fraternidad ligan a los católicos de Guatemala? ¿Hay acaso Asociaciones de Juventudes Católicas

donde aprendan los jóvenes a pulir sus almas, ora para ser hombres sabios, cultos y buenos para que el progreso moderno sea también un progreso moral, ora para entregarse al grado superior del Apostolado Católico, el Sacerdocio, sin el cual seríamos todos pasajeros de una nave, con un capitán pero sin oficiales y marineros para transmitir y ejecutar las órdenes que han de llevarnos al puerto seguro de la salvación? Cristo, es nuestro Capitán, ¿dónde están los oficiales y los marineros? Y ¿qué se había hecho hasta hace poco para tener oficiales y marineros? y ¿qué por una juventud sana y por el problema de tanta trascendencia de las vocaciones eclesiásticas?

En la Catedral de Madrid, el 6 de marzo de 1934, para sacar consecuencias análogas a las que vamos a deducir, refería el Padre Laburu una «Paradoja Consoladora» de Demóstenes, encaminada a dar ánimo y aliento al pueblo ateniense para combatir las huestes de Filipo; que si habían penetrado en las posesiones griegas y amenazaban la ciudad era porque los atenienses nada hacían para atajarlos, de ahí que el mayor de los males fuera su mayor esperanza, porque si hubiesen agotado los medios ¿qué consuelo les quedaba?

También puede consolarnos esa paradoja, porque si nada se lograba en Guatemala en el Reclutamiento Sacerdotal es porque nada se había hecho, pero estando todo por hacer, sólo nos faltaba salir de la desidia y del egoísmo; y esa hermosa Asociación para el fomento de Vocaciones, del hermano Pedro de Bethancourt y este Primer Congreso Nacional, inaugurado bajo sus auspicios, prueban que los católicos de Guatemala han salido de su letargo para dedicarse a trabajar por el bien. Uno de los medios más eficaces es la formación y actuación de juventudes; el ejemplo de otros países nos lo enseña, patentísimo el de Francia, donde, en la amplitud de la libertad y de la democracia se agrupaban las Juventudes Católicas, para dar hombres en el sentido completo de la palabra y sacerdotes en gran número, que amorosamente esparcen la doctrina de amor y paz de Jesucristo, de vida sobrenatural, ese manantial de Luz y de Verdad, del que nos ha hecho merecedores por el sacrificio de su propia Sangre.

Las vocaciones sacerdotales han de nacer, sobre todo, en la juventud: Preparad cristianamente a los jóvenes en la costumbre del cumplimiento del deber; y entonces, más que por elevar su condición social con la categoría que da el sacerdocio, más que por ingresar en monasterios y en órdenes religiosas donde los espíritus estudiosos pueden hallar el terrenal consuelo del saber, por desear tal vez también eso, pero especialmente para sacrificarse por Dios, en aras de su amor y del amor al prójimo, nacerán esas orquídeas blancas de las vocaciones sacerdotales, en esta Guatemala, hermosa y ubérrima tierra de la orquídea blanca.

He dicho.

# EL PADRE DE FAMILIA EN GUATEMALA ANTE LA ESCASEZ DE SACERDOTES

Por el *Lic. don Luis Beltranena*, Diputado a la Asamblea Nacional Legislativa y Decano de la Facultad de Ciencias Económicas.

Señores:

En los pocos minutos que vuestra atención me sea concedida, hablaré del sacerdocio como si se tratara de una de las carreras que tienen nuestros jóvenes por delante; no del elevadísimo ministerio que es; pues me parece que carezco de la autoridad y de la competencia necesaria para ocuparme de este aspecto del asunto. Toca a nuestros dignísimos Prelados y a los Sacerdotes mismos encomiar hasta donde sea posible el alto valor que en los elevados planos de la religión reviste tan egregia tarea como es la de llevar el pan de vida y la salud a las almas. Ellos con autorizada palabra y por propia experiencia nos han contado y nos seguirán diciendo cómo se responde al llamado de los altares, qué cualidades se requieren para servir dignamente al presbiterado y cuántos sacrificios son necesarios para que fructifiquen las virtudes del orden sacerdotal.

Habla, pues, el hombre de la calle que ve en el sacerdote al representante de una clase social que en todas partes existe porque en todas hay religión y cumple un encargo en la vida como cualquier otro profesional, con la sola diferencia de que se interesa por la vida eterna, sobrenatural y no por la vida mundana y limitada; habla en nombre de Dios y de los fueros del espíritu y antepone a toda consideración la salud de las almas y el imperio de las leyes divinas.

Siendo así se explica que para acceder al sacerdocio se exijan condiciones excepcionales; y que, generalmente, la profesión sacerdotal haya sido objeto de especial consideración y aprecio sociales. La figura del eclesiástico gana estatura en la medida misma en en que la religión se impone; al punto de que la clase sacerdotal es la dominante en los pueblos más religiosos. El respeto de que gozan los clérigos no lo alcanzan los políticos ni los estadistas más destacados, ni los médicos más famosos ni los abogados más distinguidos ni aún los guerreros de más nota. La función sacerdotal en la sociedad se reviste de aspectos extraordinarios; y de ahí que la figura del Ministro del Señor aparezca a los ojos de las gentes como nimbada por aureola sobrenatural.

Pero esto ocurre en los pueblos religiosos, ahí donde la racha del materialismo no ha arrasado con los sentimientos de piedad, donde aún tienen significado los dictados evangélicos y no son letra muerta los mandamientos del Señor; que, por el contrario, donde los templos se hallan abandonados y el rebaño disperso

ignora a su pastor, las cosas ocurren de muy distinta manera: el sacerdocio parece no tener importancia y el cura que nada puede hacer por las almas se convierte en escarnio y befa de la sociedad. Se habla de él despectivamente, se le ridiculiza hasta convertirse en el hazme reír de las gentes. Por su negra sotana se le compara con los cuervos; satirizado y perseguido debe replegarse a los reducidos límites de la casa parroquial y contentarse para el ejercicio de su ministerio con un grupo pequeño e insignificante de personas sencillas e ignorantes; y ésto cuando no se le ahuyenta al punto de obligársele a abandonar su propia tierra. El sabihondo, y con él cuantos en la aldea presumen de científicos, ven con vilipendio al infeliz tonsurado porque recita latines y defiende las costumbres en este siglo de la radiotelepatía, el avión, el tanque, el divorcio y el amor libre.

De este modo la carrera sacerdotal se ha visto aminorada socialmente y el Ministro del Señor, de figura casi sobrehumana, ha bajado, en el aprecio de no pocas gentes, hasta no ser sino el cura de misa y olla con más de monigote que de persona.

Parece, en tales circunstancias, que se olvidaran las grandes figuras que la Iglesia Católica ostenta en los anales del mundo. No hay institución que tenga tradición más gloriosa; y en nuestra patria los nombres de eminentes sacerdotes se encuentran vinculados a los hechos históricos de más relieve. Esto puedo decirlo sin que sea menester recurrir a una enumeración de estos personajes que, por lo demás, sería interminable.

Pero advierto que todavía no he entrado en materia. El Reverendo Padre Iriarte, animador incansable de este Congreso de Vocaciones Sacerdotales, cree indispensable, sin que le falte razón para ello, que la familia guatemalteca ponga lo que esté de su parte para el buen servicio de los altares de Nuestro Redentor; y sabiéndome padre de prole numerosa y un tanto acostumbrado a dirigirme al público, quiere que diga algo de lo mucho que tiene tan rico y variado tema.

Lo primero, y vayan las cosas saliendo en orden de importancia al objeto propuesto, que en el hogar católico guatemalteco es donde debe comenzar la rehabilitación social del sacerdocio, pues si en él, el Ministro del Culto no halla el justo aprecio que acredita su digna y elevada jerarquía, poco se interesarán los niños que en su seno crezcan por dar libre carrera a la vocación sacerdotal si ésta alguna vez les llama al servicio de los altares. Hallará más glorioso, surcar los cielos en avión o arrancarle gajos de laurel al dios de las batallas o, más práctico aún, formarse brillante posición económica en lucrativas actividades. En tales familias, claro está, más se piensa en esta vida que en la otra y el clérigo sólo sirve en contadas excepciones que, si muy importantes, bien puede cualquiera arreglárselas para intervenir sin mayores dotes; pues el bautizar a un infante, casar una pareja o ayudar a bien morir no son cosas que requieran mayor preparación o den ex-

traordinario lucimiento. Y es que según estas gentes la función social del sacerdocio allí se queda y cuando mucho se extiende a la preparación de los niños para la primera y... última comunión.

No fué así otrora en la familia guatemalteca. Dominada ésta por el santo temor de Dios se trataba en ella de cumplir con sus santos mandatos y miembros todos, obedientes y sumisos a la autoridad de la Iglesia veían con respeto y admiración a sus Ministros. Se rezaba en familia; las fiestas religiosas revestían extraordinaria pompa y brillantez; por Cuaresma y Semana Santa seguíanse puntualmente las fases de la Pasión con oraciones y actos de piedad; e interesados en un culto solemne y espléndido asistían en cuerpo y alma a las funciones para que alcanzaran la dignidad y prestancia que les correspondía. Viáticos solemnes, bodas suntuosas, bautizos alegres, ocasiones eran para que el sacerdote, Ministro del Señor, fuera honrado y galardoneado como lo exigía su sagrado ministerio. Cada fiesta y cada acto del Culto exaltaba con la piedad de los fieles la simpatía y el aprecio para los clérigos. El Corpus, —nuestras tradiciones lo cuentan—, fué año con año, acontecimiento social de extraordinaria importancia: todas las clases del pueblo contribuían con su entusiasmo a la exaltación de su valor y de su significado. La Navidad no se adornaba con postizos árboles cubiertos de nieve, símbolos de los países norteños helados y tristes, sino que culminaba en el Nacimiento genuino y castizo, policroma sinfonía de colores y de músicas, mezcolanza de épocas y de gentes donde los pastores de los campos de Judea se codeaban con el indio carbonero, el charro y el torero, como para proclamar la universalidad de una fiesta que no reconoce límites ni en el espacio ni en el tiempo. Para los días grandes no se huía a las playas a rendir pagano culto a mundanas concupiscencias sino que se iba con respeto y alta conciencia de los sagrados deberes a la visita del Tabernáculo y a las procesiones que eran viva reminiscencia de las horas más amargas y dolorosas de la Pasión. El Viernes Santo vestíase de luto y luto se llevaba en el alma hasta que las campanas ágiles y alegres de la Pascua Florida hacían renacer a la vida a toda una sociedad que contrita y arrepentida había encontrado en las aguas lustrales de la penitencia el mejor remedio a sus preocupaciones y sufrimientos. ¡Días de fe aquéllos en que el sentimiento no se empequeñecía con exagerados intelectualismos y se vivía puesta la esperanza en las ciertas recompensas de la vida eterna!

Mucho nos pide esta existencia moderna ruidosa hasta el estrépito que consume nuestras horas con exigencias de toda suerte. Poco tiempo nos deja para dedicarlo a la meditación sobre las verdades eternas. Arrebatados por un torbellino que lejos de amenguar parece acrecer, clamamos por los días plácidos y tranquilos del claustro donde la beatitud era el mayor regalo del espíritu. Y a tanta algarabía se une ahora el estruendo ensordecedor de los ca-

rros de combate, el tronar de los cañones y los ayes de dolor de una guerra espantosa y sin precedentes, que señala el apogeo de la civilización material con sus medios de destrucción altamente perfeccionados y la crisis de la Cultura por haberse olvidado el hombre de aquellos sencillos preceptos que son fuerza en la adversidad, proclamados en el Sermón de la montaña y cuya validez nadie ha podido poner en duda.

Sea el hogar guatemalteco oasis de paz y de tranquilidad donde tengan su asiento las virtudes cristianas; apáguense los ecos y las estridencias para que pueda oírse el llamado a las almas para el reclutamiento sacerdotal. Vuelvan los días en que cada familia daba sus mejores hombres a la Iglesia para honra suya y gloria de Dios. Aún perviven los nombres de aquellos que fueron maestros en las ciencias eclesiásticas, que lucieron como teólogos eminentes, que alcanzaron fama como filósofos y pensadores, que conmovieron al pueblo desde la cátedra sagrada con su palabra arrebatadora, que se destacaron en la poesía y la literatura, o que brillaron en las ciencias o en las artes. ¿Para qué mentar sus nombres? Las listas serían interminables. Y, al lado de ellos, los de otros, prez del presbiterado, y que son legión, que sacrificaron sus vidas en las más nobles tareas sirviendo en sus semejantes la noble causa de Dios.

Grave es la crisis sacerdotal en algunos países; pero en Guatemala reviste caracteres más alarmantes. La penuria de Ministros del Señor llega a extremos de que pueda asegurarse que nos hallamos en el mayor desamparo. Si pasan veinte años más sin que se ponga remedio al mal, Guatemala podrá ser borrada del rol de los países católicos. Es, pues, la presente generación la que debe contribuir a la formación de un presbiterado activo y virtuoso, preparado y culto, capaz de recoger la gloriosa tradición de la Iglesia guatemalteca. Póngaseles delante a nuestros jóvenes la magnitud de la tarea: mucha es la mies y pocos los obreros. Aliénteseles, rehabilitando en la sociedad la figura sacerdotal y dándoles a conocer las vidas ejemplares de quienes ilustraron con su ejemplo nuestra historia. Enaltézcase, como no puede menos de ser, el ministerio de Dios y dígaseles cuán honroso es el servicio de sus altares y acábese cuanto antes con esa incomprensible actitud que ve en el sacerdocio una profesión de desecho.

En la tarea del reclutamiento sacerdotal podemos tomar parte todos, debemos tomar parte todos, seglares y clérigos, colaborando estrechamente para que Guatemala tenga un clero digno por su ciencia y sus virtudes de tan bello país y de su gloriosa tradición cristiana y católica.

Sea en buena hora este Congreso, cuando menos, oportuna y saludable advertencia de un peligro cierto que ha de prevenirse con la ayuda de Dios; pues no en balde escribió Santo Tomás de Aquino aquellas palabras que hoy son nuestra mejor esperanza: «Dios no abandona nunca a su Iglesia al extremo de que falten hombres para las necesidades del pueblo».

He dicho.

# LA PARROQUIA EUCARISTICA, SEMILLERO DE VOCACIONES

Por el Sr. *Pbro. D. Miguel A. García*,
Párroco de Chiquimula.

Sin creer que merezco el honroso cargo que se me ha señalado de hablar en esta gran asamblea y sin apoyarme en mis pocos conocimientos y escasa experiencia, me presento a cumplir con entera voluntad mi delicada comisión, que no pretendo llegue a ser solución atinada del problema de la escasez de clero en nuestra amada patria, sino simple idea o consideración, que unida a otras pueda facilitar dicha solución.

Cuántas veces considerando la extensión de nuestro territorio y la población del mismo, habremos traído a la mente las palabras de Jesucristo: «Messis quidem multa, la mies es mucha» y, volviendo la vista a nuestras filas de «ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei», de tiempo en tiempo disminuídas por la muerte, hemos también tenido que repetir la amarga queja del Divino Maestro: «operarii autem pauci». Estas palabras dolorosamente realizadas más que en parte alguna, en nuestra patria, han sido la constante preocupación de nuestro Excmo. Prelado; y en este Congreso, brillantemente celebrado, que hoy se clausura, me parece escuchar el grito de su paternal corazón, que llama a su alrededor a todos sus hijos, para consolarse y buscar en unión de ellos, la solución del problema que los tiempos le han planteado.

Han pasado los días en que el elemento seglar ha puesto su contingente de piedad y de intelectualidad, podíamos decir, y toca hoy su turno al Clero, que juntamente con el Pastor, lleva el «pondus aestus et diei». Nos toca a nosotros, que puestos en las avanzadas, vemos mejor nuestra alarmante deficiencia numérica, en un extenso campo, lleno de peligros y de enemigos que nos acechan constantemente. Porque si bien siempre ha existido la lucha entre la materia y el espíritu, hoy parece que esta lucha se acentúa y, pocos como somos, tenemos que sostenerla, sin olvidar ni por un momento el futuro; de ahí que una de nuestras principales preocupaciones debe ser la del aumento de vocaciones sacerdotales. Pero al considerar el concepto de sacerdote y el concepto del mundo actual, parece que nos encontramos frente a dos términos diametralmente opuestos, imposibles de unir jamás y viene naturalmente la pregunta, ¿cómo podremos encontrar, en medio de tanta materialidad, como hoy reina, almas que se resuelvan a sacrificarse por el gran ideal de ser «pescadores de hombres», según la gráfica expresión de Cristo?

«Así como en la ciencia de la medicina, las enfermedades cálidas se curan con medicamentos fríos y las frías con medicamentos cálidos, así Nuestro Señor ha puesto remedios contrarios a los pecados»; creo encontrar en estas palabras de San Gregorio, la respuesta segura a la pregunta antes formulada y decir que para encontrar en el mundo actual, vocaciones sacerdotales, hay que recetar a aquél una buena dosis de espiritualidad; y como la fuente principal de espiritualidad se encuentra en el sacramento de la Eucaristía, concretando más esta idea general, afirmar que una Parroquia Eucarística será un semillero de vocaciones sacerdotales.

El oficio que en otras partes del mundo realizan las escuelas y colegios católicos y en especial los Seminarios menores, tienen que desempeñarlo necesariamente entre nosotros las parroquias. Son aquéllos los jardines especiales donde se descubren y cultivan las delicadas plantas de la vocación sacerdotal; deben éstas por lo tanto formar el ambiente favorable para el desarrollo y preservación de la misma.

Mas, he aquí que el mismo mal que pretendemos curar, es para nosotros los sacerdotes del día, el impedimento número uno que se opone a nuestro trabajo en pro del aumento de vocaciones sacerdotales. Ante la imposibilidad física de tener un cuidado esmerado y constante con aquellas almas por Dios escogidas para su ministerio, sin descuidar las muchas otras que nos han sido espiritualmente encomendadas; se impone el empleo de un medio sobrenatural, o mejor dicho, un medio natural que opera de modo sobrenatural. Es natural que el cuerpo viviente se alimente, aunque el alma no necesita del alimento material. Dios ha querido darle un alimento adecuado, no sólo para que viva, sino también para que viva eternamente: «el que come este pan vivirá eternamente», son sus palabras, y, «el pan que yo daré es mi propia carne»; esta carne al mismo tiempo que alimenta, transforma: «Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre; así quien me come, también él vivirá por mí»; quien goza de esta unión tan íntima con Cristo, no puede dejar de comprender las cosas de Dios; el alma que comulga no puede ser ajena a los intereses de Cristo; cuando El lamentó la abundancia de la mies y la escasez de operarios, pidiendo se rogara para que su número aumentara, demostró que éste es uno de sus más caros intereses y preocupaciones. Si nuestros feligreses no se preocupan como debieran por él, acaso sea porque no tienen esa comunicación con el Maestro: la Comunión frecuente y bien hecha les pondrá en ella.

Es verdad que N. Señor Jesucristo dijo a sus Apóstoles: «non vos me elegistis sed ego elegi vos»; pero esto no significa que debamos dejar completamente a Dios el trabajo de la elección de sus ministros, nos toca disponer los ánimos y preparar los oídos de las almas para que, en medio «del mundanal ruido», que decía el poeta, puedan escuchar el «Ven y sígueme» del Maestro, que de

diferente modo que en Galilea, pero con el mismo y noble fin sigue llamando a sus elegidos.

Recordemos que la Eucaristía y el Sacerdocio nacieron simultáneamente; Jesucristo, Sumo y eterno Sacerdote del Antiguo y Nuevo Testamento, en un solo acto, instituyó estos dos sacramentos de la Nueva Ley: «Esto es mi cuerpo», «Haced esto en memoria mía». Si entre todos los sacramentos hay relación, la hay de manera especial y muy íntima entre el Sacerdocio y la Eucaristía, de tal modo que, dada la economía divina en la constitución de la Iglesia, podemos afirmar que no podrían existir el uno sin el otro: sin la Eucaristía no habría sacerdocio, porque el oficio principal del sacerdote es ofrecer sacrificios a la Divinidad y el único sacrificio de la Nueva Ley, es la Santa Misa, en la cual se consagra el Cuerpo de Cristo; sin este oficio no tendría razón de existir el sacerdocio; y sin este sacerdocio no existiría la Eucaristía porque, como dice Sto. Tomás, «solamente a los Presbíteros encomendó este oficio: para que coman y den a los demás». Razón sobrada hay para que desde los albores de la vocación haya una conexión íntima entre ésta y la Eucaristía, o mejor dicho, para que sea la Eucaristía la semilla de donde germine la vocación sacerdotal. De donde concluímos que si queremos, como es natural, que en nuestras Parroquias despierten muchas vocaciones sacerdotales, debemos acercar más a la mesa eucarística, aún realizando el «compelle intrare» de la gran cena del Evangelio, a nuestros feligreses todos, pero de manera especial, a los niños y a los jóvenes, cuyas almas, despertando ahora con ansias de un ideal, lo encontrarán magnífico en el seguimiento de Cristo.

Por desgracia es hoy, por lo menos en muchas partes, la juventud la que está alejada de la Sagrada Mesa. El niño, ilusionado con el día de su Primera Comunión o guiado por los consejos de la abuelita; o el anciano, convencido de que ya no encuentra el cariño de antes en los demás, fácilmente buscarán la Eucaristía; pero los niños que crecen rápidamente y los jóvenes, que ya saben sonrojarse ante la mirada del compañero o del maestro incrédulos, o que ya han escuchado las impías afirmaciones de que la piedad es incompatible con el carácter varonil, no tan fácilmente lo harán; y sin embargo entre ellos están los apóstoles de mañana. Nuestro trabajo es duro, pero si logramos hacer que el Pan de los fuertes, llegue a ser el alimento cotidiano de nuestros feligreses, no quedará sino que Aquél que habla a los corazones, haga su obra y que nosotros cooperemos con El, para llegar a tener muchos y buenos operarios para la mies.

Perfectamente sabemos que en ninguna parte palpita más, por decirlo así, la vida divina, que en la Hostia Santa, de manera que para cumplir nuestro ministerio de dar la vida y darla en abundancia, ningún medio más eficaz y seguro, que introducir al Autor de la vida, en las almas. El forjará almas de madres, que, como la

de Samuel, ofrezcan sus hijos a Dios aún antes de nacer; de padres que sepan generosamente dar sus hijos a Dios, cuando se los pida para el servicio de sus altares; de niños, que sepan oír el llamamiento divino y obedecerlo con presteza; de jóvenes que sin cobardías ni vergüenzas sigan al Maestro en cualquier lugar y momento que disponga llamarlos.

Para su realización es necesario, ante todo una verdadera campaña de instrucción, que podemos llamar, eucarística; teniendo en cuenta que «nunca se dice bastante lo que nunca se aprende bastante», por lo tanto constante y adecuada: en nuestra Parroquia habrá muchas almas que comulguen, cuando hayan comprendido lo que significan las palabras: «tomad y comed»; que si San Pablo pudo decir a los Corintios, ser la causa de que hubiera entre ellos muchos enfermos y débiles y muchos que morían, el comer indignamente el Cuerpo del Señor; nosotros podemos decir que entre nosotros hay también muchos débiles, enfermos y aún muertos espiritualmente, porque no se alimentan del Pan que da la vida eterna: «nisi manducaveritis meam carnem... non habebitis vitam in vobis». Esta instrucción despertará en las almas aquel anhelo de las multitudes que seguían a Jesús y le decían: «Señor, danos siempre de ese pan»; y si a esta instrucción se unen los esplendores de las fiestas eucarísticas, Horas santas y la práctica de visitas fervorosas, tendremos por resultado, una vida intensamente eucarística en nuestra Parroquia, de la que brotarán como sazonados frutos las vocaciones sacerdotales.

Y todo esto en un plan general, pero viniendo a nuestro elemento especial: la niñez y la juventud están a nuestro alcance para llevarlos a la vida eucarística. Medios también especiales, aunque tal vez no todos de pronta y fácil realización.

Debemos recordar al niño la gran verdad de Cristo: «de ellos es el reino de los cielos» y desde sus tiernos años acercarlos a Quien los ama más que sus mismos padres. Una catequesis bien organizada, en que la instrucción gire alrededor del Sagrario, nos ayudará admirablemente para hacer de los niños los amigos más fieles de Jesús, que instruídos convenientemente y animados por el buen ejemplo, se acerquen frecuentemente a la Sagrada Mesa, le visiten en sus horas de descanso y para todas sus obras sepan contar con El; así lograremos ver, como en otras parroquias del mundo, niños que parecen hombres perfectos, valientes con el valor que la Religión sabe dar, fieles cumplidores de sus deberes y vencedores del respeto humano, plaga de nuestro siglo, que tantos daños ocasiona en la práctica del bien. Entre esos pequeños caballeros cristianos, instruidos en la ciencia de Dios y fortalecidos con el Pan de los fuertes, Dios encontrará los elementos que necesita para continuar su obra redentora.

Nosotros mismos descubriremos esos dichosos escogidos y una asociación religiosa adecuada: Luises, Cruzados, Tarsicios, etc., o

un selecto grupo de acólitos, convenientemente preparados, los mantendrá a nuestra vista y a la vez que será para ellos un aliciente al estudio del Catecismo y a la piedad, conservará en ellos la llama de la vocación. No olvidemos que las ceremonias tienen como fin rodear los misterios de esplendor y elevar las almas por medio de los ritos externos, a la divinidad. De ahí que debamos interesarnos en el cuidadoso cumplimiento de las rúbricas y demás leyes litúrgicas y, como no en todas partes dispondremos del personal conveniente, nuestro grupo de acólitos, sombra de Seminario, tendrá este honroso oficio, que en este ambiente litúrgico irá despertando en unos y desarrollando en otros los gérmenes de la vocación. Es raro el seminarista que no vistió la sotana y el roquete de acólito o sintió al mirarlos la atracción hacia un ideal. De más está decir que nuestros acólitos y pequeños asociados serán de los más asiduos comensales de la Mesa Eucarística; la parte que tomen en las ceremonias así como el conocimiento que les demos de su significado, será para sus almas una pequeña escuela de formación espiritual, que sobre darnos algunas vocaciones, nos preparará fervorosos cristianos.

Pero el niño necesita instrucción y si no se la facilitamos nosotros tendrá que buscarla en otra parte; adquirirá la ciencia que busca pero... acaso pierda las ideas que acariciaba. ¿Es por ventura la ciencia humana enemiga de la fe?... ¿o es incompatible con el sacerdocio?... De ninguna manera: la fe descubre lo que ignora la ciencia y una de las cualidades del sacerdote debe ser la sabiduría. Sucede que a veces de algunas cátedras salen palabras y frases, que como saetas envenenadas, matan la fe de los tiernos corazones o borran de ellos los gérmenes de una vocación sacerdotal; de aquí la necesidad de que la Iglesia también tenga sus escuelas, las escuelas parroquiales escasas en nuestra patria; pero que con un poco de empeño podríamos sostener, tal vez no en todas la Parroquias, pero sí una en cada región, a donde enviáramos los mejores de nuestros niños, para que, a la vez que se instruyan en las ciencias necesarias, se preserven de la corriente materialista de nuestros días; y la mirada del Párroco Director apartará con especial cuidado los llamados por Dios. ¡Cuánto nos ayudaría este medio en nuestra patria para el aumento de vocaciones sacerdotales, pues los niños que preparemos en nuestras parroquias nos los arrebatará la escuela laica! También aquí estará de más indicar que la importancia que en nuestras escuelas demos a la enseñanza religiosa, encauzándola siempre hacia la Eucaristía, hará que nuestros alumnos no se aparten de la sagrada mesa y así Jesús Hostia trabajará en sus almas y sembrará en algunas de ellas la vocación sacerdotal.

Pasa la niñez y llega la juventud, llena de ilusiones: nuestros niños se han hecho jóvenes y llega para ellos el momento de elegir la carrera u oficio en que han de emplear sus vidas; los que ya han escuchado el llamamiento divino, estarán resueltos, pero el

mundo también estará dispuesto a oponerse a sus deseos y si no encuentran una muralla que detenga sus arremetidas, tendrán que renunciar a sus propósitos: las amistades no siempre buenas; las lecturas al alcance de todas las manos, las mil y una provocaciones que a cada momento se les presentan, son las armas que el enemigo esgrimirá en contra de nuestros jóvenes a quienes Dios ha pedido, que dejadas todas las cosas, vayan en su seguimiento. Deber nuestro será también construirles esta muralla espiritual y para ello formaremos en nuestras parroquias asociaciones de jóvenes, círculos de estudios, bibliotecas católicas y no hay que decir que este ambiente y formación cultural y espiritual, que naturalmente vendrá a la práctica de una vida verdaderamente cristiana, llevará nuestros jóvenes a la Eucaristía y por ella, nacerán o se conservarán preciosas vocaciones. Las Sagrada Eucaristía tiene que hacer su obra, de transformación y conservación: Jesús tiene que trabajar por su sacerdocio.

Todo esto, naturalmente, requiere de nosotros más trabajo, más dedicación, que, dada la enorme extensión de algunas de nuestras parroquias, casi será imposible; pero, una vez que logremos hacer de la Sagrada Eucaristía, el centro de nuestra vida Parroquial, una vez que nuestros feligreses robustezcan con ella su vida espiritual, una vez que sientan hambre de Dios y El haga de todas sus almas, especialmente de las de los jóvenes, un tabernáculo vivo; habremos casi terminado nuestro trabajo, supuesto que El también tiene que hacer su parte.

He trazado un cuadro bastante incompleto de las actividades que debemos desarrollar para lograr que una vida más eucarística produzca en nuestras parroquias el aumento de vocaciones sacerdotales. Vuestros corazones de Ministros de Cristo, sabrán poner los detalles locales y circunstanciales que puedan facilitar el empleo de este medio señalado como eficaz y que en otras naciones ha producido una verdadera y muy buena pesca milagrosa de vocaciones.

Como conclusiones prácticas para el desarrollo de este plan quiero señalar:

I.—Una instrucción amplia, sencilla y práctica del Misterio de la Eucaristía: poner a Jesús Hostia al alcance de todos.

II.—Un empeño más cuidadoso de la niñez y la juventud. Asociaciones, escuelas y centros católicos en la Parroquia nos servirán para ello.

III.—Obediencia pronta y constante a las disposiciones pontificias y diocesanas al respecto. Nuestro lema para este trabajo: DUC IN ALTUM!

# EN QUE CONSISTE LA VOCACION SACERDOTAL

Por el R. P. *Alfredo P. Alvarez,* Lector en S. Teología.

Nec quisquam sumat sibi honorem; sed qui vocatur a Deo tamquam Aarón.
Que nadie se arrogue esta dignidad, si no es llamado de Dios como Aarón.

(Ad Hebr. V, 4)

Excmo. y Rvmo. Señor Arzobispo;
Venerables sacerdotes;
Queridos seminaristas:

*Antigüedad y universalidad del sacerdocio.*

Hay una institución cuyo origen se pierde en la lejanía de los tiempos, que se confunde con la aurora de la humanidad y que acompaña al hombre —como la sombra al cuerpo— en todos sus pasos sobre la faz de la tierra, en el tiempo y en el espacio: esta institución es el sacerdocio. El sacerdocio —como la autoridad y la familia, como la religión y el sacrificio— existió desde los comienzos del mundo. Dondequiera que hay un hombre, allí tiene que haber religión, dondequiera que hay religión, tiene que haber sacrificio, ya que es el acto más importante de ella, y donde hay sacrificio tiene que haber un sacerdote para ofrecerlo. Por lo tanto el sacerdote es tan antiguo como el sacrificio, y el sacrificio es tan antiguo como la religión, y la religión es tan antigua como el hombre.

«Y si el sacerdocio —dice el Cardenal Gomá— no existe desde el principio con la organización con que le vemos en las religiones positivas posteriores, a lo menos existe en sus funciones fundamentales, que no son otras, en lo que el sacerdocio tiene de fundamental, que las de mediador entre Dios y los hombres, especialmente por esta función clásica del sacerdote que llamamos sacrificio.

«El sacerdote según la definición del Apóstol, es un hombre, elegido entre sus congéneres, oficialmente deputado para representar a la sociedad religiosa en sus relaciones con Dios, en especial por la oblación de dones y sacrificios. Es, por lo mismo, el sacerdote como la concreción viva de esta relación natural que hay entre la criatura y el Creador y que llamamos religión; es el nexo personal entre Dios y los hombres; el puente *Pontifex, a Ponte,* por el que Dios se comunica con lo hombres y los hombres se comunican con Dios. El cielo y la tierra se encuentran en el sacerdote, por cuya mediación se obra el intercambio entre el Ser Supremo y los hombres. Ello constituye al sacerdote en una jerarquía superior a la de los mortales, si no por la amplitud del poder

sobre las cosas humanas, por la intervención que tiene en lo más profundo y vivo, que es la conciencia religiosa de hombres y pueblos.

«No nos consta de la institución del sacerdocio por Dios en el principio del mundo, como lo instituyó más tarde cuando pactó la alianza con Israel; pero es probable que fuera Dios mismo el que iniciara a Adán en el paraíso en las funciones sacerdotales, que en los tiempos patriarcales estuvieron vinculadas en los jefes de familia o de tribu.

«Fuera del sacerdocio patriarcal y entre los adoradores del verdadero Dios, vemos a Melquisedec, rey de Salem, *sacerdote de Dios altísimo*, ofrecer el sacrificio de pan y vino, figurativo del sacrificio cristiano; a Jetró, suegro de Moisés, adorador de Dios verdadero y sacerdote de Madián; a Job, que ofrece asimismo holocaustos a Dios para la purificación de sus hijos». (Card. Gomá—C. Redentor).

. . . . . .

No hay dignidad más sublime que la dignidad del Sacerdote de la Nueva Ley. Todas las dignidades de este mundo, por grandes que parezcan y por mucho que deslumbren, ruedan por el suelo tarde o temprano, y la que más dura, no puede extender sus fulgores más allá de los horizontes de esta vida. Pero la dignidad sacerdotal traspasa las fronteras del tiempo y extiende sus rayos hasta los horizontes de la eternidad. No hay fuerza creada, ni en la tierra ni en el cielo, que pueda arrancársela a aquel que fué una vez con ella injertado al Gran Sacerdote Cristo Jesús. «Tú eres Sacerdote para toda la eternidad». Si un sacerdote se levantara cualquier día del sepulcro, sería el mismo sacerdote que antes, porque lleva estampada en el alma, de modo imborrable, la marca ilustre de su dignidad.

¿Y qué poder hay comparable al suyo? Fuera de Dios no hay ninguno ni en la tierra ni en el cielo. «¡Oh poder inefable! —exclama San Efrén— ¡Oh, cuánta sublimidad en el formidable y admirable sacerdocio de la Nueva Ley». Miradle en el momento solemne y decisivo del santo Sacrificio. De pie, en medio del altar, levanta sus ojos al cielo, bendice un poco de pan y una copa de vino, se inclina y dice: «Este es mi cuerpo», «Esta es mi sangre». Y he aquí que en sus manos, en virtud de esas palabras, el pan y el vino se convirtieron en el Cuerpo y Sangre de Cristo, y se obra en sus manos un prodigio que los santos Doctores comparan a la Encarnación en las entrañas de la Virgen María, porque aquel mismo que concibió en sus purísimas entrañas la Santísima Virgen, el mismo Hombre-Dios, renace en las manos del Sacerdote. ¡Allí nace y allí muere! ¡El portal de Belén y la cumbre del Calvario, en las manos del Sacerdote! ¡Todo allí! ¡Oh poder inefable el del Sacerdote!

¿Y quién puede perdonar los pecados sino Dios? Ved a un hombre en pecado mortal, postrado de hinojos en tierra, pidiendo a gritos misericordia. Pasan todos los reyes de la tierra y no pueden socorrerle; pasan todos los santos y no pueden socorrerle; pasan los ángeles todos del cielo y no pueden socorrer al miserable; pasa la misma Madre de Dios, y Ella que es la Omnipotencia suplicante, no puede perdonarle el pecado. ¡Ah! ¡Pero pasa un sacerdote, sea quien fuere, le manda que se arrepienta, alza su mano derecha y le bendice diciendo: «Yo te absuelvo de tus pecados». Y en aquel instante se le borran todos. ¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios? ¡Oh potestad inefable la del Sacerdote! «Más de una vez —dice el P. Monsabré— me ví tentado a creer exageradas las alabanzas del sacerdocio cantadas por los santos Doctores; pero estudiando más de cerca el extraño e incomparable poder originado de la consagración sacerdotal, me he convencido que está por encima de toda alabanza. No busquéis en el mundo nada más grande que el sacerdote: es más que los Profetas, más que los ángeles, más que la Santísima Virgen María, porque la Virgen es una *Omnipotencia suplicante*, pero el sacerdote es una *Omnipotencia agente*».

### *Condiciones para ser Sacerdote*

Ahora bien: si Dios se había reservado el derecho de legislar todo cuanto se refería al sacerdocio aarónico, ¿qué no había de hacer respecto del sacerdocio de la Nueva Ley del cual aquél era sólo sombra y figura? Si aquél era obra exclusiva de Dios ¿cómo ha de ser el nuevo Sacerdocio obra del hombre? —Vais a ver, por la misma naturaleza del sacerdocio, que esto es absolutamente imposible.

«El oficio propio del sacerdote —dice Santo Tomás—es ser mediador entre Dios y los hombres, en cuanto que entrega al pueblo las cosas de Dios (pues sacerdote quiere decir «que da las cosas sagradas») y en cuanto ofrece a Dios las oraciones del pueblo y satisface en cierto modo por sus pecados». (3 P.q.22.a.1.). Por eso el sacerdote —como tal— es *persona pública,* es *hombre eclesiástico*, es hombre de Iglesia, no porque pase el día en el Templo, sino porque en su ser sagrado y en sus funciones, personifica la augusta asamblea constituida por los cristianos. «El sacerdote —dice S. Bernardo— es persona pública y boca de toda la Iglesia». Por él pasan todos los actos religiosos del cristiano, «para eso está constituído» —dice San Pablo—. El habla en nombre de todos, él ora en nombre de todos, él canta en nombre de todos. Habla siempre en plural; «Oremus, oremos», porque es el representante y el embajador de la Iglesia, toma su voz y lleva al cielo su palabra. Orando el sacerdote, ora todo el pueblo cristiano, ora toda la Iglesia. «Es persona pública y boca de toda la Iglesia».

«Todos los oficios del sacerdote —dice el Cardenal Gomá— se reducen al ejercicio de una sola función: la de mediador. Esto es esencialmente el sacerdote: el mediador entre Dios y los hombres: el hombre de Dios ante los hombres, y el hombre de los hombres ante Dios». Todos los oficios del sacerdote, en todas las religiones, convergen en el altar. Fué lo que concretó San Pablo al decir: «Para que ofrezca dones y sacrificios».

Si el sacerdote es intermediario entre Dios y los hombres, debe ser grato a los hombres y a Dios, y sobre todo a Dios. Entonces es Dios quien tiene que hablar; Dios es quien ha de escoger a uno para que sea mediador, pues sólo El puede decir quién de los hombres le es grato.

Vibran en nuestros oídos y estremecen nuestro corazón las palabras de San Pablo en su carta a los hebreos: «Que nadie se arrogue esta dignidad; es preciso para lograrla ser llamado por Dios como Aarón».

Esta es la primera condición, absolutamente indispensable, a la que sigue otra condición paralela, señalada por el mismo apóstol en el mismo lugar: «Ser declarado sacerdote por Dios».

*Ser llamado y ser declarado sacerdote por Dios.* Así Jesucristo no sólo no se hizo Pontífice a sí mismo, sino que ni se declaró. Fué el Padre quien lo hizo y quien lo declaró Pontífice.

Dos puntos —dicen en Geometría— señalan la trayectoria de una recta. Pues aquí tenemos los dos puntos de la recta que ha de seguir el sacerdote: el punto inicial: *ser llamado por Dios;* el punto final: *ser declarado por Dios.* Con estos dos puntos vamos a trazar la recta que determina el camino que ha de recorrer la vocación de un sacerdote.

### *La vocación*

«Que nadie se arrogue esta dignidad; es preciso que sea llamado por Dios como Aarón». Lo primero que se requiere es la vocación: ser llamado por Dios. Las Sagradas Escrituras lo afirman constantemente, y la intromisión en el Santuario sin la evidencia de un llamamiento es denunciada por la voz de la Revelación, no sólo como una usurpación, sino como un sacrilegio.

Dios escogió la tribu de Levi de entre las doce de Israel para el servicio exclusivo del altar: Dios escogió a sus profetas y lanza amenazas terribles contra los intrusos que profetizan sin ser enviados. «¡Ay de los profetas insensatos! —dice Ezequiel—. Porque habéis profetizado cosas vanas, y por ser mentirosas vuestras visiones, por eso vedme aquí contra vosotros». Jesucristo escoge a sus Apóstoles y les dice: «No me elegísteis vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, para que vayais por todo el mundo». Y hay más todavía, porque San Pablo declara que ni el mismo Cristo asumió la dignidad de Sumo Sacerdote hasta que fué llamado por su Eterno Padre: «Nadie se apropie esta dignidad si

no es llamado por Dios como Aarón. Así también Cristo no se arrogó la gloria de hacerse pontífice, sino que se la dió quien le dijo: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy; al modo que también en otro lugar dice: «Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec». Lo primero que se requiere, es *ser llamado por Dios.*

Y ahora estamos en alta mar, porque llegamos al fondo de la cuestión con una sencilla pregunta: ¿Y qué es la vocación? ¿En qué consiste esa vocación?

Vocación es un llamamiento: es algo que viene de afuera, aunque la sintamos en nuestro interior. Es la voz de Dios que nos invita a la tremenda e inefable dignidad del sacerdocio, para ser el mediador entre la tierra y el cielo. ¡Ah! Pero no esperéis una voz milagrosa y sensible como David, como San Pablo, como San Estanislao, como San Pedro González Telmo.

La vocación no es la explosión de un volcán, no es una llamarada, no es un milagro. Ni es tampoco la resultante de la «Ley del fatalismo» como cree el mundo, el mundo de esas gentes que no entienden las cosas del espíritu. No, la vocación, fuera de casos raros, excepcionales, milagrosos, es el desarrollo lento, largo, constante de un germen divino depositado en el corazón del hombre. Me serviré de un ejemplo. Cuando nos detenemos a contemplar la corriente de los ríos caudalosos, la primera idea que nos asalta, que hiere con viveza nuestra imaginación, es la de su origen que imaginamos muy lejos, en remotísimas regiones, y después los numerosísimos afluentes que le pagan el tributo de sus aguas, porque sabemos que las cosas altas tienen bajos principios, y las encumbradas, humildes cimientos.

Así los ríos, por caudalosos que sean y por soberbias que corran sus ondas, tuvieron su nacimiento en el hueco de una roca, en la quebradura de un camino que sacó a la superficie la corriente subterránea y la encaminó al barranco, y en el barranco se asoció a otras sus hermanas, y juntas marcharon tumultuosamente por el valle y en el valle se acrecieron, cavándose un lecho, para correr más descansadas y sin tantos sobresaltos, y engrosadas con nuevos tributos, alzaron su cabeza amenazadora y se arrojaron a una vertiginosa carrera hasta ganar la anchura del océano y sus dilatadas superficies.

Así —Excmo. Señor y venerables hermanos de sacerdocio— cuando nos detenemos a contemplar ese ser misterioso que marcha sobre la tierra como un torrente espiritual, ofreciendo sacrificios, bendiciendo, presidiendo, predicando y bautizando, horizonte espiritual que une la tierra y el cielo en un eterno abrazo de amor, tenemos que decir que las fuentes de ese misterioso río, están muy lejos, en remotísimas regiones, no del espacio, sino del tiempo: tenemos que decir que trae su origen de muy arriba, desde los

albores de su vida; quizá brotaron en el seno de un corazón que no conocía otra vida que el paraíso de la inocencia.

Y si no os place la comparación del río, llevad vuestra imaginación sobre la frondosa copa de un árbol cuya sombra es capaz de defender a todo un pueblo del rigor de los rayos del sol. ¿Y ese árbol apareció ahí por generación espontánea? No; trae su origen de lejos, muy lejos, de una diminuta semilla que el viento arrastró a ese lugar.

Las cosas de Dios tienen siempre humildes principios: es una pequeña semilla que se convierte en un árbol frondoso, es un hilo de cristal que termina en un torrente, es un fugitivo rayo de luz que termina en el disco radiante del sol. Porque...

> Es buen estilo de empresas
> providentes y divinas,
> este de sacar las grandes
> cosas de apariencias chicas:
> de un huevo nace la garza,
> y un árbol de una semilla,
> de un portal y de un pesebre
> la Redención y la vida».
>
> (Pemán)

La *vocación sacerdotal* no es un milagro, no nace por generación espontánea: Es el desarrollo de un germen divino depositado en el corazón del hombre. Este germen, este llamamiento se deja oír en el silencio del corazón en todas las edades y condiciones. Es el día de una comunión fervorosa, en momentos de íntima comunicación con Dios, en una hora seria o desgraciada de la vida, cuando aparece la luz misteriosa en nuestro corazón. Es un atractivo misterioso que mueve el cándido corazón de un niño y le hace gravitar dulcemente alrededor de los altares, donde su juventud santificada celebrará un día los divinos misterios; es una repentina iluminación que revela a un alma grande el vacío de una existencia toda mundana, y le presenta, en gloriosa perspectiva, los santos trabajos de un ministerio que hace del hombre un cooperador de la redención; es el golpe de una centella que despierta a un pecador adormecido. Es una luz misteriosa que ilumina con claridad los caminos de una vida toda nueva; es una fuerza que empuja suavemente a dejar el mundo por otra vida superior. Si esa luz no se apaga; si esa fuerza no decrece; si no es un entusiasmo espumoso, sino un peso y gravitación de la vida; si entre los vaivenes de la vida aparece siempre fija esa luz; si no son motivos humanos sino sobrenaturales, la gloria de Dios y la salvación de las almas, entonces quizá es la voz de Dios que se hace oír en el alma. Es cuestión de no cerrar el corazón, sino de bajar a él en el grave silencio de las horas serias y aplicar atento el oído por si se digna Dios seguir hablando así, o quizá hablar más claro aún.

Lo primero que se requiere es la vocación, ser llamado por Dios como Aarón. ¿Y cómo sabrá uno que aquel ruido misterioso que sube del corazón es el eco de la voz de Dios? Samuel oyó una voz que le despertó en la mitad de la noche, y creyó que era la voz de Helí. Puede uno oír la voz de Helí, la voz del hombre, y creer que es la voz de Dios.

Como el candidato al sacerdocio no es elegido, como los apóstoles, directamente por Cristo, deberá llevar consigo algunas notas o señales que le hagan distinguir el timbre de la voz de Dios de los gritos de la carne. Y tenemos una regla infalible: si a esa voz misteriosa acompañan en el llamado las cualidades que requiere el estado sacerdotal, entonces tened por seguro que es el eco de la voz de Dios. Porque cuando Dios —dice Santo Tomás— escoge a uno para una misión especial, le da los medios necesarios para llevarla a cabo con toda perfección. Por lo tanto: si a esta voz misteriosa no corresponden en el supuesto candidato las cualidades que exige el sacerdocio, entonces tened también por seguro que esa voz no viene del cielo, porque Dios no pide imposibles.

¿Y qué cualidades se requieren para el sacerdocio? Se reducen a dos:

*Aptitudes y atractivos.* Estas dos notas señalan la presencia del germen divino de la vocación sacerdotal en el corazón humano.

1o.—*Aptitudes:* «Para que uno —dice el Abate Grimaud— pueda llegar a ser elegido del Señor, es necesario ante todo que tenga las aptitudes que requiere el estado eclesiástico. Sin ellas no tendrá derecho a pretender haber sido llamado al sacerdocio».

«Esta proposición es evidente por sí misma. A cada uno se le exigirá en la medida que se le ha dado. Y nadie duda de la incompatibilidad que hay entre ciertos individuos y ciertas funciones. El sordo, por ejemplo, no podrá llegar a ser músico, ni el ciego a pintor. Del mismo modo puede haber individuos para los cuales el estado eclesiástico es completamente imposible: por el contrario, hay otros que presentan o reúnen todas las condiciones que se requieren para poder responder —si llega el caso— a las exigencias de la vida sacerdotal y religiosa».

a) «Primeramente se requieren *aptitudes familiares:* que sea hijo legítimo, de padres que no lleven el peso de alguna mancha moral, como sería una reputación notablemente mala; o ya de orden físico, como la locura hereditaria. Tales son las condiciones exigidas por parte de su origen, para que el futuro sacerdote, pueda desempeñar su misión con dignidad».

b) «Se requieren en segundo lugar *aptitudes físicas:* una salud suficiente, una constitución normal, la ausencia de enfermedades notorias, todo esto es necesario para preservar la dignidad del sacerdote. La mayor parte de los jóvenes poseen afortunadamente

el mínimum de cualidades corporales indispensables para el sacerdocio; los que carecen de ellas forman una excepción».

c) *Aptitudes intelectuales:* «Las aptitudes intelectuales, aunque son menos visibles, no son menos importantes. El seminarista tendrá que estudiar un día la Filosofía y la Teología, no sólo para adquirir una dosis de ciencia suficiente para sí, sino para enseñar a los demás las grandes verdades morales y dogmáticas, ya que el sacerdote «es la luz del mundo», y para «refutar los errores de los que contradicen la verdadera doctrina».

«Por lo tanto es necesario poseer el instrumento de trabajo, es decir, una inteligencia capaz de hacer frente a esta necesidad».

«Sería un gravísimo error, cuando se prepara a los jóvenes para el secerdocio, no dar a las aptitudes intelectules la importancia que merecen, so pretexto de que el aspirante parece «piadoso», porque como decía un antiguo director del Seminario, de mucha experiencia: «La piedad pasa y la necedad queda».

d) «Más grave aún que la falta de inteligencia sería la ausencia de sentido común o juicio recto, ya que expone al candidato al sacerdocio a caer en mil errores de conducta y de doctrina, y lo que es más grave, sería ocasión de la ruina de los demás».

La Iglesia no tiene necesidad de estos *ciegos para conducir a otros ciegos,* que son los ignorantes o los pecadores, porque los unos y lo otros se precipitarían en la fosa».

e) «*Las aptitudes morales* son el complemento necesario de las anteriores. Estas cualidades están constituídas por las cualidades de la voluntad y el hábito de la virtud. El niño que se le juzga capaz del sacerdocio debe presentar energía y generosidad de alma que le haga aceptar voluntariamente sacrificios y perseverar en los buenos deseos. A las señales de una voluntad modelo, debe añadir la inocencia de la vida, conservada o reconquistada, y la pureza de las costumbres: ¡Qué error sería empujar hacia el Seminario corazones en vía de descomposición moral!»

«En resumen: todo joven que presenta buen número de cualidades intelectuales y morales: de buena familia, bien instruído, sobre todo una esmerada educación cristiana, ese podrá llegar a ser algún día un sacerdote». (Grimaud- Futurs Prétres).

### *El atractivo*

«La otra señal que acusa la presencia del germen divino en un joven, es el *atractivo.* Sin embargo, esta señal no es tan precisa como la anterior. ¿Y qué es el atractivo? Es la propensión, la inclinación, el gusto por las cosas del estado eclesiástico, por las funciones y ministerios sagrados. ¿Y cómo nace en el alma ese atractivo o propensión interior que pone a un joven en el camino del estado eclesiástico.

«El alma del niño sigue aquí la ley psicológica común. La tendencia afectuosa supone un conocimiento que se revela en el espí-

ritu por el concurso de las circunstancias. El principio: «No se puede desear lo que no se conoce» no sufre aquí excepción alguna». (Grimaud).

### *Condiciones del atractivo*

Pero para que este *atractivo* pueda constituir, según el Derecho Canónico, una señal de la vocación eclesiástica, es absolutamente indispensable que tenga dos cualidades: debe ser *sobrenatural* y *constante*.

1) Debe ser sobrenatural: es decir, deben ser motivos sobrenaturales los que le empujen a abrazar el estado eclesiástico, como la gloria de Dios, la salvación de las almas, renunciar a las pompas y vanidades del mundo para vivir una vida más perfecta, asegurar su salvación, etc., etc. No serían motivos sobrenaturales sino humanos, buscar en la vida sacerdotal un modo de vivir holgadamente, una vida ociosa y libre de preocupaciones, ambicionar puestos elevados y campo espacioso para faustos y vanidades. Quien con miras humanas pretendiese el sacerdocio, sería un intruso y un sacrílego.

2) Debe ser constante: es decir, debe ser una luz fija que se ve en el horizonte, sin ocultarse jamás, como el faro de la costa, ni en invierno ni en verano, ni de día ni de noche, ni cuando pasa la brisa, ni cuando silban los vientos, ni en tiempo de augusta calma ni en tiempo de tempestad: siempre fija esa luz como un faro de la costa. Más aún: no sólo debe ser firme y constante, sino que debe ir aumentando su fuerza impulsiva a medida que van presentándose las dificultades de la vida, ya de orden temporal, ya de orden moral, y sobre todo a la vista de los sacrificios que aparecen en el horizonte. Por el contrario: si ese atractivo sólo aparece en momentos de entusiasmo al que sigue siempre un ocaso, si va y viene como van y vienen las olas, si nace y muere como nace y muere la espuma que deshacen las olas del mar... entonces tened por seguro que ese atractivo no viene del cielo.

Estas son las dos notas que señalan la presencia de una vocación divina: *Aptitudes y atractivos*. Pero ya dijimos que no tienen la misma importancia. Las aptitudes son absolutamente indispensables; el atractivo, aunque es muy conveniente, no es, sin embargo, necesario para que la Iglesia llame a un elegido al ministerio sacerdotal.

### *El fallo de la Comisión de Cardenales*

En 1909 —tiempo en que se debatió con ardor la cuestión de la vocación sacerdotal bajo el aspecto teológico— se nombró en Roma una Comisión de Cardenales para estudiar la cuestión, resolviéndola en los siguientes términos, que pueden servir de base para orientar a los candidatos, padres y educadores en este punto:

1o.—«Nadie tiene derecho alguno a la ordenación, anteriormente a la libre elección del Obispo».

2o.—«La condición que debe examinarse de parte del ordenando y que se llama vocación sacerdotal, no consiste, a lo menos necesariamente y como regla ordinaria, en una determinada atracción del sujeto o en llamamientos del Espíritu Santo a abrazar el estado eclesiástico».

3o.—«Por el contrario, para que el ordenando sea llamado en regla por el Obispo, no se requiere en él más que rectitud de intención unida a la idoneidad; ésta consiste en determinadas cualidades de naturaleza y gracia; se afirma por una probidad de vida y una medida de ciencia tales que pueda concebirse de ellas la fundada esperanza que el candidato será digno de todo elogio».

### *El llamamiento oficial*

Tenemos ya el primer punto: la vocación, haber sido llamado por Dios como Aarón. Pero no basta esto. Es necesario otro punto para poder trazar la recta. Jesucristo N. S. no sólo no se arrogó la dignidad de Sumo Sacerdote, sino que ni se declaró El a Sí mismo. Fué su Padre quien le declaró Sumo Sacerdote cuando le dijo: «Tú eres Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec».

Es necesaria la aceptación, la declaración o llamamiento oficial. «Este llamamiento o vocación oficial al sacerdocio —dice el Abate Grimaud— no ha cesado jamás de ejercerse en la Iglesia. Los Obispos, sucesores de los Apóstoles (que poseen sobre la tierra la autoridad de N. S. Jesucristo y continúan ejerciéndola) son los encargados de llamar al servicio del altar a los que crean capaces de cumplir, de un modo digno, las funciones sagradas. Cuando, después de reflexionar y orar, se deciden a conferir órdenes sagradas a un joven, el aspirante al sacerdocio debe considerar este llamamiento canónico como la expresión oficial de la voluntad de Dios sobre él. *Sin esta designación o aceptación por la autoridad eclesiástica, nadie puede PRETENDER SER SACERDOTE,* porque la firme intención de darse a Dios, las aptitudes y el atractivo para este santo estado y todo el cúmulo de cualidades que pueda reunir, no le confieren el derecho a recibir la ordenación sacerdotal, si la Iglesia rehusa revestirlo de tal dignidad. *Sin este llamamiento oficial del Obispo no puede haber vocación propiamente dicha*». (Ob. Cit. )

Ya tenemos los dos puntos: llamamiento de Dios y aceptación del Obispo. Con estos dos puntos queda determinada la dirección que ha de tomar la recta que señala el camino que ha de recorrer todo aspirante al sacerdocio.

### *Divina profusión del germen de vocación sacerdotal*

La vocación sacerdotal es, pues, el desarrollo de un germen divino. Pero ¿abunda la semilla de la vocación? ¿Escasea este

germen divino? «Es un hecho alarmante —dice el Cardenal Gomá— la disminución de candidatos al sacerdocio. Guarda la Iglesia las barreras que cierran el paso a los no llamados; pero cuando unos lustros atrás, veía agolparse a la puerta de sus seminarios un número casi excesivo de aspirantes al sacerdocio, hoy debe llamar a voz en grito a las familias para que envíen jóvenes a sus aulas. Y sin embargo las vocaciones existen. Jesucristo que fundó la Iglesia y que quiere que se dilate cada día más su reino, debe proveer a esta necesidad primordial de esta institución divina. Y sin duda provee. Sin sacerdote no habría sacrificio, ni predicación, ni inteligencia, ni brazos, para cultivar la copiosísima mies que en el mundo se ha sembrado en veinte siglos de Cristianismo». (La Familia).

«Si se consideran las precauciones que toma la divina Providencia —dice el Abate Grimaud— para salvaguardar la supervivencia de las razas naturales, debe creerse que recurrirá a medidas más minuciosas aún para impedir la desaparición de las familias sobrenaturales. ¿Qué hace Dios, por ejemplo, para asegurar el porvenir del trigo? Multiplica los granos. Lejos de dejarla correr el riesgo de perderse, multiplica las semillas por millones. ¿Por qué, pues, esta profusión, testimonio de una inagotable riqueza, no será la regla general del gobierno divino mucho más en el reino de la gracia que en el reino de la naturaleza?» (Ob. Cit.)

¿De dónde procede esta alarmante ausencia de vocaciones? «Las causas de esta deserción» —dice el Cardenal Gomá— «son múltiples: la indiferencia general en materia religiosa, la poca estima en que es tenido el sacerdote, la falta de severidad en la educación doméstica, el materialismo ambiente, el escaso porvenir económico de la carrera sacerdotal, que contrasta con las pingües remuneraciones de carreras civiles, profesiones y simples oficios; la carencia de espíritu de sacrificio, la misma persecución, abierta o solapada, a veces clamorosa, de que es víctima el sacerdote, son causas sobradas del agotamiento de las vocaciones eclesiásticas».

«Languidece la religión: languidecen todos los valores sociales, porque está en baja el valor religioso. Mejor que lamentar el escepticismo, la frialdad, la impiedad de los tiempos, fuente de todos los males sociales, será formar a los jóvenes en la sobriedad y severidad de vida, inclinarlos al amor de las cosas santas, al respeto y admiración del sacerdocio, y elegir a los de mejor índole para entregarlos a la Iglesia, a fin de que los forme según su espíritu y los haga dignos de ser un día llamados a las funciones sacerdotales; no esperando con ánimo temeroso o quietista a que sople el Espíritu de Dios, sino ofreciéndose a Dios para la grande obra. Porque «son llamados por Dios —dice el Catecismo del Concilio de Trento— aquellos que son llamados por los legítimos ministros de la Iglesia». (Card. Gomá. La Familia).

Pero si es ciertamente alarmante la disminución de vocaciones sacerdofales hasta el punto de causar profunda tristeza de muchos Obispos, comenzando por nuestro queridísimo Arzobispo, no es por ausencia de germen divino. No. Es porque ese germen divino que se siembra con profusión se ahoga entre las espinas de la vida. Tengamos muy presente la Parábola del sembrador. Sólo la cuarta parte se oprovechó. El resto se perdió por diversas causas. Con los ojos fijos en esta Parábola, no podrá jamás albergarse en nuestro corazón el desaliento, ni mucho menos la desesperación, en presencia de esta pobreza general en vocaciones sacerdotales. Esta parábola nos sirve de aliento, mejor diré, de entusiasmo, al ver cómo abunda el germen, la semilla divina. Lo que hace falta es impedir que se pierda por los caminos, por los pedregales, entre las espinas; procurar que germine, convirtiendo en tierra buena el corazón que haya tenido la dicha de recoger algún grano celestial.

¿Qué se hace con la semilla material? Se le hace propicia la tierra en que se siembra; se la remueve, se riega, se corta y se arranca la maleza que pudiera ahogarla o volver raquítico su desarrollo.

¿Qué hace el hilo de agua que brota en el seno de una roca para ser el principio del río caudaloso? Busca pronto un cauce para no perderse entre la maleza del monte.

¿Qué se hace con la vida humana cuando se presenta en este mundo? Allí todos los cuidados de los padres y de toda una familia para que no muera el recién nacido, para que se fortalezca aquella miniatura de hombre, hasta que, desarrollándose poco a poco, llega a su perfección.

Hagamos lo mismo con la semilla de la vocación; trabajemos por que las familias no malogren las buenas disposiciones de los hijos en favor del estado sacerdotal. No haremos más que corresponder a los deseos de la Iglesia, concretados en el Canon 1353 que dice: «Trabajen los Sacerdotes —principalmente los Párrocos— en apartar a los niños que ofrezcan indicios de vocación eclesiástica, con especiales cuidados, del contagio del siglo, formarlos en la piedad, en enseñarles los primeros estudios y *fomentar en ellos el germen de la vocación divina*».

«Cultivar los gérmenes de la vocación divina en los niños y en los jóvenes para hacerlos dignos de oír un día el llamamiento eclesiástico, tal es el programa a desarrollar en el reclutamiento de vocaciones sacerdotales.

¡Programa maravilloso capaz de entusiasmar a las almas cristianas!» (Grimaud)

*Conclusión*

Y vamos a terminar con los primeros versículos del Cap. V de la Ep. a los Hebreos, que son el resumen de todo cuanto aquí dejamos dicho:

«Todo pontífice tomado de entre los hombres, es puesto para beneficio de los hombres en lo que toca al culto de Dios, a fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados, el cual sepa condolerse de aquellos que ignoran y yerran, como quien se halla igualmente rodeado de miserias. Y que nadie se arrogue este honor si no es llamado de Dios como Aarón. Pues ni Cristo se arrogó la gloria de hacerse Pontífice, sino que se la dió quien le dijo: «Tú eres mi Hijo, yo te engendré hoy». Al modo que también en otro lugar dice: «Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec».

He dicho.

---

## LA FORMACION DEL CLERO, PRIMER DEBER NACIONAL

Sermón del *P. Iriarte*, Secretario del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales, en la Misa Pontifical.

Lumen ad revelationem gentium.
Yo he visto una luz que ilumina a los pueblos.

S. Lc. 2,32.

Excmo. y Revmo. Sr. Nuncio Apostólico,
Excmo. y Revmo. Sr. Arzobispo de Guatemala,
Venerables Ministros del Altar,
Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático y Consular,
Amados hermanos en N. S. Jesucristo.

El viajero que llega por primera vez a Guatemala, no puede menos de reparar en dos hechos que saltan a la vista de cualquier observador: en el aire, en el continente de los hijos de Guatemala que fácilmente deja entrever algo de distinción, de cultura elevada, algo que pudiéramos llamar prestancia de Guatemala, y que acusa indudablemente una sangre noble y superior... y en el espíritu de religiosidad que se respira por doquier, que encuentra su cauce más apropiado en las iglesias, llenas a pesar de su número y magnitud en tantas ocasiones, religiosidad que alcanza su con-

creción más acabada, su vértice más alto y culminante, en la devoción a Jesús Sacramentado y al Señor de Esquipulas.

Si el curioso observador de Guatemala fuera un sacerdote, e intentara medir las características de esta religiosidad, a buen seguro que muy pronto tendría que confesar que la extensión no guarda proporción con la profundidad. Y sin que fuese necesario gastar mucho tiempo, podría dar con las causas que han provocado semejante fenómeno: las que son *generales* a todos los países, las que son consecuencia de la transformación que el mundo ha sufrido en los últimos tiempos: las ventajas y comodidades que el progreso moderno ha puesto a nuestro alcance y que absorben nuestra vida toda ejerciendo la más completa seducción sobre nuestros sentidos, arrebatándonos por lo mismo la paz y tranquilidad de espíritu necesarias para la consideración de los problemas religiosos y de ultratumba; y las que son muy *particulares* de nuestro país, y que pudiéramos reducir a una frase, aparentemente vaga, pero demasiado clara y determinada para el que quiera entendernos: las causas históricas de los últimos tiempos...

Las consecuencias de estas causas son bien manifiestas: ignorancia la más supina en materias religiosas, poca vida cristiana, por no decir nula, en una gran mayoría que se profesa y es creyente, desolación y muerte en los campos y aldeas donde tantas iglesias se hallan cerradas, los comulgatorios vacíos, las catequesis desiertas, calladas las campanas que antes convocaban a los fieles para la oración y el culto.

En ninguna parte del mundo católico se ha llegado a esta tristeza: extensiones tan grandes, donde tantos miles de cristianos se ven destituidos de todo auxilio espiritual, que ordinariamente se comunica por medio de los sacramentos; faltos tantos pueblos del elemento que tanto influye en su cultura y civilización, como es el sacerdote.

Ante la grandiosidad que han revestido los actos de este Primer Congreso Nacional en favor de las Vocaciones Sacerdotales, ante la asistencia tan numerosa de fieles que han acudido a los actos todos, al sentir este hálito sobrehumano que ha pasado acariciando nuestras frentes, y que nos ha hecho gozar de algo desconocido e inesperado, a mí me parecía que los restos de vuestros antepasados se agitaban en sus tumbas, y se levantaban, y se dirigían a vosotros para felicitaros, es verdad, por vuestra participación en los actos de estos días, pero al mismo tiempo para reprocharos la gravísima falta que habéis cometido al dejar casi perder el tesoro de la tradición cristiana recibido de vuestros mayores. Menos mal que en medio de estas protestas se alzaba también la figura siempre amable del que pasó por Guatemala ejerciendo la caridad cristiana más admirable y heróica y que quiere excusaros de vuestra falta y de vuestro descuido, y dirigiros en la cruzada que se ha empren-

dido, hace unos meses, en favor de las Vocaciones Sacerdotales. (1)

Con razón decía nuestro Prelado en su Instrucción Pastoral sobre este Congreso de Vocaciones, que era indudablemente el homenaje más grato que podíamos ofrecer a nuestro común Padre, el Papa Pío XII, en este su año jubilar; ya que esta porción de su grey de Guatemala, tan poco asistida espiritualmente, no puede menos de producirle muy graves cuidados y este nuestro Congreso se dirige precisamente a preparar los elementos que han de trabajar en la reconstrucción espiritual de este país. Como también creemos que cuantos nos interesamos por remediar esta escasez de sacerdotes que sufre Guatemala estamos realizando la obra patriótica más urgente y necesaria; pudiendo, incluso, añadir que la obra, por excelencia, nacional. Demasiado sabido es de todos lo que un sacerdote puede influir en la cultura y civilización de las pueblos. Y entramos ya en materia.

## I

### *Voces del mundo*

*La falta de sacerdotes!* Bien sé que muchos de los presentes, y más aún, de los oyentes, han permanecido y permanecen muy tranquilos ante esta gravísima crisis, o si queréis, en presencia de esa fuente de todas las crisis espirituales que sufre Guatemala.

¿Para qué más sacerdotes?... y ¿para qué esta clase de congresos de vocaciones?... cuando son otros los grandes problemas que acongojan a las naciones en nuestros días. De hecho: ¿qué pueden traernos los sacerdotes, a nosotros que vivimos ya la realidad de la vida, y por lo mismo no necesitamos ni de fantasmas ni de ritos ni de ceremonias?

Lo que quiere nuestro pueblo al igual que todos los que caminan decididamente por las rutas del verdadero progreso, es que se le alegre, que experimente de veras la verdadera felicidad; lo que quiere, es beber a chorro libre en este caudal inexhausto de bienestar que el mundo de nuestros días ofrece en bandeja de plata a nuestra humanidad dolorida. Lo primero de todo ha de ser vivir y beber y gozar y alegrarse...

Claro está que no basta con alegrarse; hay que hacer algo más. El segundo elemento de la felicidad de los pueblos es la cultura: que lea mucho, que oiga mucho, que se ilustre. Para ello, que haya plena libertad de prensa, muchos libros y muchos periódicos.

En seguida, es menester dotar a los pueblos de funcionarios que administren bien; que velen por el fisco y que cuiden de que la autoridad y la justicia ocupen su lugar. ¿A dónde iríamos a

(1) El Vble. Hno. Pedro de Bethancourt, nacido en la Orotava, Sta. Cruz de Tenerife, y que vino a Guatemala, en 1651, para consagrarse al servicio de la Ciudad y en particular de los pobres y menesterosos.

parar si en un pueblo no se procurase tener a raya los instintos bestiales de los hombres, si no se juzgase, y no se encarcelase y no se condenase?

Por último, cuando se ha conseguido alegrar, instruir y ordenar a los pueblos, hay que dotarlos de todo lo que contribuya a suministrarles los mejores alimentos y los mejores vestidos, cuanto sirva a la elegancia y al ornato, y cuanto influya en lo que seduce y fascina a los sentidos de los hombres.

Pero los sacerdotes!... ¿qué pueden hacer por proporcionar a los pueblos estos cuatro elementos que constituyen su felicidad? Lo más, lo más... que existan algunos, bastan muy pocos, para consolar a algunas almas débiles y desengañadas. Y para ese cometido les sobra un pobre rincón de una obscura iglesia. Haciendo todavía un alarde de generosidad, se dirá, quizás, que podrán estar bien los sacerdotes para enseñar algunas cosas a los niños pequeños, pero siempre que procuren ejercer su ministerio lejos de las escuelas...

*Para el pueblo pobre e ignorante puede estar bien la religión...* pero nada más.

## II

### *La voz de los hechos*

Esas blasfemas palabras fueron pronunciadas hace ya casi dos siglos y las han ido después repitiendo, con mayor o menor crudeza, los pueblos. Solamente que los hechos, y muy en particular los acontecimientos de nuestros días, han dado a estas palabras una respuesta de lo más brutal que se hubiera imaginado.

Porque, no me vais a negar, hermanos míos, que se había conseguido realizar a las mil maravillas este programa. Es de justicia reconocer que los esfuerzos de los hombres habían traído al mundo a una existencia fácil; pudiéramos afirmar que el principal fin de los hombres, por no decir el único, había sido organizar de la mejor manera posible todos los recursos del mundo para obtener de ellos el máximum de bienestar y de descanso. Se había alegrado al pueblo, se le había ilustrado, se había dotado a los gobiernos de una fuerza de control y de fiscalización como no se había conocido en la historia; se había llegado a una producción de tales proporciones que nuestros abuelos no hubieran vacilado en calificarla de fantástica... y sin embargo, hoy nos encontramos abocados a uno de los momentos más difíciles de la historia, en presencia de la más espantosa de las barbaries que han presenciado los siglos.

Alegres, presurosos habían subido los pueblos a la nave de la civilización moderna, la habían equipado, pertrechado de todo

lo que pudiera traer la felicidad y el bienestar. Y enfilaron decididamente la proa hacia el porvenir, hacia aquellas playas que aparentemente se presentaban con los colores más vivos y fascinadores. ¡Eureka, eureka! gritaron gozosos, en presencia de aquellas playas. ¡A la vista la paz y seguridad y bienestar de los pueblos!

¡Ah! Me olvidaba. Se apagaron previamente las luces del Evangelio... ¿Para qué nos han de servir, si el progreso y la civilización moderna han reemplazado esas luces arcaicas y medioevales, buenas tan sólo para los pueblos primitivos y simples, con los faros y antorchas que conducen al hombre de hoy por las rutas que reclaman la razón y el adelanto moderno?

El Papa Pío XII, en la Encíclica que escribió a los pocos meses de haber subido al Pontificado, en octubre de 1939, al analizar el estado del mundo a la luz que se desprendía de los primeros chispazos del incendio de Europa, dice que, cuando Jesucristo murió, las tinieblas invadieron la tierra. De igual manera ha sucedido en nuestros días. Jesucristo había desaparecido de muchos pueblos, de los corazones de los gobernantes y también de sus subordinados; pero también la flamante nave de la civilización moderna ha virado en redondo, enfilando, ahora, su proa, no hacia las playas encantadas de la felicidad, sino hacia los cantiles más abruptos, yéndose a estrellar allí con el más aparatoso de los fracasos. Jamás el mundo había dado muestras de barbarie semejante: los inventos más sorprendentes, estos adelantados y mensajeros del progreso que cruzan raudos nuestro hermoso cielo, se encuentran hoy destinados para la destrucción y muerte de los hombres.

Verdaderamente que cuando Jesucristo desaparece de los pueblos, de los corazones de los gobernantes y de los súbditos, una noche cerrada invade la tierra. Hoy todos somos víctimas de la angustia de la hora presente, envueltos como nos vemos en estas oscuras tinieblas que cubren la tierra. Pero pudiera muy bien suceder que no fuera el dolor del momento actual lo peor, sino la terrible incertidumbre del porvenir.

¿A dónde va Europa? y ¿a dónde va el mundo? A esta interrogante tan torturadora se ha querido dar una respuesta que, si no podemos calificar de satisfactoria del todo, parece iniciar sin embargo una especie de vuelta hacia la luz de la verdad.

Cuando una formidable máquina de guerra irrumpía hace dos años por el norte de Europa, sembrando por doquier la destrucción, el terror y la muerte, un primer ministro de una de las naciones más poderosas del mundo lanzaba sus gritos de angustia a través de las ondas hertzianas, pidiendo, primero con cierto eufemismo, que todos los pueblos se uniesen para salvar la *civilización occidental,* cambiando después esta expresión, cuando el peligro se hizo más inminente e inevitable, en otra que respondía, sin duda, más a la realidad: *salvemos la civilización cristiana.* Y cuando más tarde, políticos, oradores y poetas prófugos, desplazados a nuestro

continente, han afirmado a pesar de aquel su laicismo de tan rancio sabor, proclamado públicamente durante decenas de años, que se imponía para la reconstrucción del mundo una revisión de valores, pero según unas normas y unos criterios que estuvieran más en consonancia con el Evangelio, es indudable que se ha aludido, se ha señalado a la Iglesia Católica, y dentro de ella a los que tienen la misión de llevar la luz a los pueblos y los que son por designios de Cristo la sal de la tierra.

## III

### *La voz de la verdad*

Por eso, veréis, hermanos míos, que este Congreso que aboga por esta luz y por esta sal, no puede tener mayor oportunidad en nuestro país, que, si bien es verdad no ha experimentado los horrores de la guerra, siente, sin embargo, más que ninguno la falta de esa luz que debe guiar a los pueblos entre tantas ignorancias y obscuridades como nos rodean.

He ahí la razón de por qué afirmábamos antes, que el porvenir del Sacerdocio se halla aquí tan ligado al porvenir de la nación. Este problema del Sacerdocio toca, es verdad, las mayores alturas de lo sobrenatural pero tiene proyecciones, por completo, nacionales. Si el pueblo de Guatemala quiere ser fiel a los derroteros que le marcan su historia y su tradición tiene necesariamente que resolver el problema del Sacerdocio.

Pedimos urgentemente el remedio de esta necesidad porque Guatemala tiene la mayor escasez de sacerdotes que se conoce en el mundo. Pero hay otra razón que nos mueve a trabajar en la cruzada que tenemos emprendida: la sociedad moderna exige hoy más que nunca la intervención del sacerdote por hallarse enferma como no lo ha estado en los últimos siglos.

Esta afirmación, ya lo sabéis, no es mía. La estamos oyendo repetir desde toda clase de tribunas: de las de la Iglesia, desde luego, y también de las más laicas. Nunca se había producido tanta literatura en este sentido. Carrell, Ubaldi, y tantos otros moralistas laicos, como también no pocos dirigentes de partidos e instituciones civiles y políticas, están del todo conformes en certificar que la sociedad moderna está enferma. ¡Y cuánto mejor sería que en vez de esos nombres y subtítulos tan pomposos que, como propaganda, ponen las editoriales y empresas periodísticas a los libros de estos autores, subrayasen lo que de hecho son: *necrologías de la moderna sociedad!* Todos estos personajes, políticos, escritores y moralistas, están muy conformes en atestiguar la existencia del mal que puede acabar con la vida misma de los pueblos; pero no son capaces de llegar a las raíces del mal, y mucho menos de

proponer el verdadero remedio. Hay en cambio, una serie de hombres que pueden presentar el verdadero antídoto para tanto mal, y que saben también aplicarlo. Son los hombres divinizados, y podríamos añadir, si se nos permitiese la expresión, los divinizadores de los hombres; ya que ellos hacen a Dios descender a sus manos, y tienen la misión de distribuir a los hombres el alimento que puede levantarlos hasta Dios, y hacerlos sentir las mismas dulzuras de la divinidad, comunicándoles al mismo tiempo un vigor y una fuerza sobrehumanos.

Si a nuestra sociedad falta este médico social, irá ella debilitándose y corrompiéndose. Por eso entenderéis que el sostenimiento del sacerdocio y el desarrollo de su acción múltiple y variada es el primero de los problemas que tiene planteado nuestra nación de Guatemala.

Una vez que nos sintamos convencidos de esta verdad, es menester que del fondo de nuestra alma, que languidece, llamemos, sacando fuerzas de nuestra debilidad, al que la puede salvar, al que lleva en sus manos los tesoros todos del cielo, y que comunica el vigor que remueve y levanta las almas. Se impone, al mismo tiempo, una purificación de la atmósfera, como nos decía nuestro Prelado en su discurso de inauguración de este Congreso. Porque será imposible que germinen muchas vocaciones para el sacerdocio en un ambiente que cada día se vuelve más pagano y corrompido. Pero una vez que se logre sanear la familia y la sociedad, empezará Guatemala a estar en posesión de la luz que necesita y del vigor necesario para realizar los más grandes esfuerzos.

Todo ello pide esta labor que estamos haciendo ante la opinión, que debe en primer lugar ser advertida, instruída y convencida. Es tan sólo el paso previo, pero del todo indispensable, el que se ha procurado dar con este primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales, que se han iniciado con el mejor de los resultados.

Hemos intentado, con los medios más eficaces que han estado a nuestro alcance, remover, esclarecer, arrastrar la opinión de todos los buenos guatemaltecos. (Y puesto que se me presenta esta oportunidad tan manifiesta, creo deber mío agradacer deste este lugar tan público, a cuantos han hecho posible la publicación y la radiodifusión de estos actos del Congreso, pidiendo al mismo tiempo a Dios por su bienestar personal). Hemos procurado publicar la gravedad del mal en toda su crudeza, para así sorprender mejor tantas intenciones distraídas y tantas conciencias adormecidas como se encuentran aun en el campo que se dice más católico. Y como en nuestro pueblo teníamos tan poco hecho en este sentido, hemos ido a conocer el celo y los métodos empleados en otros lugares que hoy recogen los frutos de esfuerzos similares a los nuestros, con resultados consoladores. Sin que pensemos, ni un mo-

mento, que nuestra labor se ha de limitar a admirar tan sólo los buenos ejemplos de otros pueblos. Urge que nos convirtamos en sus imitadores. Así procuraremos que, registrando en este primer Congreso las iniciativas de otros similares, se conviertan los que hayamos de ir celebrando en nuestro país en años sucesivos, en generadores y multiplicadores de nuevos esfuerzos y valores.

## IV

### *La voz del deber*

Para terminar, una breve consideración. Sin incurrir en falsos ni estériles derrotismos podemos afirmar que también nuestro pueblo de Guatemala se encuentra enfermo. Su alma nos llama urgentemente y nos pide con gemidos angustiosos lo que hace veinte siglos repetía el enfermo de la probática piscina: «Estoy enfermo, pero me falta el hombre, los hombres que me puedan curar». Estamos enfermos, nos dicen los miles y miles, casi podríamos decir, los millones de fieles bautizados que en Guatemala se encuentran, en buena parte, destituidos de todo auxilio espiritual; no tenemos quien nos saque de tanto mal, de tanta ignorancia, de tanta corrupción de costumbres; queremos ver la luz de la verdad, nosotros que hemos vivido ilusionados con los destellos engañosos que brotaban de la falsa ciencia y del falso progreso, pero no tenemos quien en medio de tanta obscuridad y de tanta desorientación levante el faro del Evangelio que nos conduzca con seguridad hacia el término de nuestras nobles y elevadas aspiraciones...

Hermanos en el sacerdocio, y hermanos todos en Cristo: deber de todos es ayudar a estos hombres que con tanta sinceridad se dirigen a nosotros; deber de todos trabajar en la formación de estos médicos, de esta luz, de esta sal que preserve de la corrupción al mundo. Así prestaremos el mejor de los servicios a la causa de la Nación y a la causa de la Iglesia.

Podemos afortunadamente abrir nuestros pechos a la esperanza, ya que al frente de esta cruzada está aquel ángel de caridad y de bondad, el que pasó su vida providencial haciendo el bien a los hijos de Guatemala y el que desde el cielo asiste con tanta solicitud a sus favorecidos, como nos empieza a asistir a quienes hemos emprendido la más grande de las tareas bajo su patrocinio.

Que como recuerdo de este Congreso quede prendida de nuestros labios la siguiente súplica que hemos de repetir frecuentemente:

Señor, dadnos sacerdotes!

Señor, dadnos sacerdotes santos!

Señor, por los méritos del Vble. Hno. Pedro, dadnos pronto muchos sacerdotes santos!

Así sea.

# Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Nuncio de S. S. Dr. Don José Beltrami, en la clausura del Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales

Excelentísimo Señor Arzobispo,
Amados fieles:

Un Congreso pro-Vocaciones Sacerdotales en la República de Guatemala es un acontecimiento de grandísima importancia para la vida religiosa de esta nación. La razón es obvia: así como la Iglesia no puede vivir sin Cristo Nuestro Señor que la fundó, así tampoco puede vivir sin el sacerdote, trámite natural dispuesto por el Divino Fundador entre El y los fieles.

Cumple hoy Guatemala con el mandato de Cristo: *Rogate Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam...* Rogad al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies... (Mat. IX. 38). Con este fin nació felizmente la Asociación del Venerabe Hermano Pedro, con este fin acaba de realizarse este importante Congreso.

Congreso que habéis querido fuese un homenaje de respeto y adhesión al Padre Santo y una de las más primorosas piedras preciosas que adornasen su corona jubilar. En su nombre os rindo las más expresivas gracias por el cristiano gesto tan comprensivo de las necesidades de la hora y que tanto consolará al augusto corazón de Pío XII.

Bueno es precisar qué cosa sea la Obra de las Vocaciones eclesiásticas. Es una obra de conquista: conquista de las gracias divinas, conquista de la opinión humana en favor del sacerdocio, conquista de los medios materiales necesarios.

## *Conquista de las Gracias*

Todo un cúmulo de celestiales reflejos anuncian, acompañan el surgir, el desarrollarse y el madurar de una vocación sacerdotal. Es ella el beso de Dios al alma por él amada, pero se desarrolla gradualmente y no sin dificultad. Por lo cual la obra de la gracia desempeña un papel absoluto, gracia que no se obtiene sino con insistentes oraciones. Recordad a Santa Teresita del Niño Jesús quien, desde el fondo de su claustro, hace obra eminente-

mente misionera y sacerdotal, rogando y sufriendo por los sacerdotes. A esta conquista de las gracias divinas, os exhorto.

1.—*La gracia de la llamada.* Dios es siempre el que llama de mil diferentes maneras. *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos:* no me habéis elegido vosotros, sino yo os he elegido a vosotros (Juan, XV, 16). Ahí está la experiencia para enseñarnos que la llamada no procede de los hombres: conozco padres de familia que verían llenos de gozo a uno de sus hijos subir al altar y no tienen esa fortuna. Hay por el contrario otros padres de familia indiferentes, más aún hostiles y esos precisamente han alcanzado la gracia de una vocación. Dios es siempre el Amo. De ahí la necesidad de elevar a Dios oraciones, las más humildes, las más profundas: *Rogate Dominum messis...* Rogad al Señor de la mies...

2.—*La gracia del valor,* para que responda el que ha sido llamado. Todos cuantos se ocupan de los jóvenes están de acuerdo en que los llamados son muchos. Don Bosco —experto maestro en la materia— asegura que de cada tres jóvenes uno siente de ordinario el divino llamamiento. Falta empero muy a menudo el valor de seguir esta llamada. De aquí la necesidad de que la plegaria dé al joven el valor que a menudo le falta.

3.—*Gracia de la perseverancia.* Los obstáculos que al candidato se presentan son múltiples y muy serios. Muchas veces es el temor que surge frente al sublime ideal del sacerdocio; a veces dificultades de familia, dificultades de inteligencia, dificultades morales, de salud. Por cierto tendráse siempre cuenta en los Seminarios con las defecciones —y es bien que así sea— mas cuán necesaria es la gracia del buen Dios que dé perseverancia a los llamados.

4.—*Gracia para los padres de los llamados.* Muchas veces el mayor impedimento a la llamada de Dios viene de los mismos padres de familia. Aman ellos naturalmente a sus hijos, pero con un corazón de carne. No son capaces de elevarse por encima de las contingencias terrenas, no son capaces, con frecuencia, de amar espiritualmente.

Les es menester inteligencia para comprender a fondo los derechos de Dios sobre sus hijos, el don privilegiado que les hace al escoger uno de sus niños para el sacerdocio.

La conquista de estas gracias se alcanza sólo a fuerza de oraciones. Amados hermanos, la vocación es una obra esencialmente sobrenatural. Frente a ella nada valen las fuerzas humanas, sólo tienen poder las manos juntas delante del trono del Señor. Habéis sido llamados para unir las vuestras en pro de una obra tan santa.

### *Conquista de la opinión humana*

Es indispensable hacer penetrar en la Sociedad la idea de la dignidad sacerdotal. Engolfado el mundo en los placeres de la vida y en los negocios humanos, olvidado de Dios y de su Ley, no conoce a Jesucristo y por consiguiente tampoco conoce al sacer-

dote. Se ha escrito que el sacerdote es otro Cristo —*alter Christus*— porque perpetúa en la Sociedad la gracia de Cristo. En realidad los Apóstoles fueron investidos con los poderes de Jesucristo, y el sacerdote, como sucesor de los Apóstoles, recibe los mismos poderes.

El sacerdote es el embajador de Dios, nombrado para vindicar su honra y para proclamar su gloria. «Somos como embajadores de Cristo —dice el Apóstol San Pablo— y es Dios el que os exhorta por boca nuestra». De sus sacerdotes llegó a decir Jesucristo: «El que a vosotros oye, a Mí me oye; y el que os desprecia a vosotros, a Mí me desprecia». (Luc. X,16)

No es maravilla por consiguiente que los Santos Padres hayan escrito sobre el sacerdocio católico páginas de gran unción y de fuerza prodigiosa. San Jerónimo ha escrito que el sacerdote es el «Salvador del mundo» (In Abd. 27,22). Según San Pedro Damiano es «el general del ejército del Señor» (De Dign. Sac.); para San Clemente: «Después de Dios, es un Dios en esta tierra» (Const. Apost. 2,26). De él escribe San Bernardo: «El poder del sacerdote sobrepuja a cualquiera otro poder... y es casi igual al poder de las Tres Divinas Personas».

«Oh sacerdote —exclama Casiano— si miras a las alturas del cielo, las sobrepujas en elevación; si consideras el esplendor del sol, de la luna, de las estrellas, mayor es tu belleza; si vuelves tu mirada y contemplas la condición de los príncipes de la tierra, más sublime es la tuya; sobre ti sólo tienes a Dios, creador del universo».

Con cuánta razón exclamaba San Francisco de Asís: «Si encontrase yo juntamente un ángel del cielo y un sacerdote, daría la izquierda al ángel y la derecha al sacerdote».

Tal es el sacerdote en razón de su dignidad y de los poderes que Dios le ha concedido. Jamás olvidaré, a este propósito, la emoción que me causaron los queridos indios de Totonicapán la primera vez que fuí a Quezaltenango: en largas filas pasaban uno a uno, y postrándose de rodillas, depositaban sus ósculos, en homenaje al Representante del Papa: besaban los pies, después el anillo pastoral, la cruz y el corazón. Sí, señores, era yo un simple hombre como los demás, quizás peor que los demás... Pero los indígenas, con la fe profunda de sus almas simples —y a los simples se revela de preferencia Dios— veían en mi persona la dignidad del sacerdote y del obispo. Daban elocuente lección de fe a las clases más elevadas y más cultas.

Ni me habléis de los sacerdotes indignos; son ellos la parte humana, demasiado humana de la Iglesia. Pero el sacerdocio es divino; al igual del sol que no se contamina cuando ilumina y calienta las miserias humanas.

### *Conquista de los medios materiales*

Mucho y felizmente ha escrito Su Santidad Pío XII sobre este aspecto de la Obra de las Vocaciones: «Obra espiritual en su

fin, material en la substancia... Procurar a la Iglesia un sacerdote llega a ser acto de religión y las ofrendas que para esto se hacen adquieren el carácter de dones para un cáliz o para un copón». Así dice el Papa Pío XII.

En efecto, construir un nuevo Seminario no es obra que pueda alcanzarse sin medios materiales; tampoco se puede sin ellos agrupar una selección de jóvenes y sostenerlos durante diez años, proveyendo a todas sus necesidades físicas, espirituales e intelectuales. Ninguno, empero, puede poner en duda que se trata aquí de una obra eminentemente meritoria y agradable al Señor. Traigamos, a propósito, algunas declaraciones de los últimos Sumos Pontífices.

Pío X, siendo todavía Obispo de Mantua, declaraba: «Nada es el pan que se ofrece a los que tienen hambre, en comparación del que se da para sustentación de los futuros sacerdotes... Si la Iglesia no puede subsistir sin el sacerdocio, si el sacerdocio no puede perpetuarse sin la formación de los seminaristas, es lógico que debamos intentar todos nuestros esfuerzos para sostener el Seminario donde se preparan los sacerdotes del mañana».

Benedicto XV: «Nos deseamos ardientemente que todos los corazones cristianos unan sus esfuerzos y sus oraciones en una cruzada santa para fomentar y cultivar las vocaciones sacerdotales».

Pío XI: «La obra de las vocaciones eclesiásticas es tan bella y tan santa, de importancia tan soberana para las almas, que ningún sacrificio será demasiado, dado su superior interés».

Pío XII: «Resúltame particularmente dulce abogar por la causa de las vocaciones eclesiásticas. Es la causa misma de Dios y de la Iglesia».

Tal piensan los últimos Papas. ¿Quién podrá en adelante dudar sobre la excelencia de esta Obra? Pensad cómo vuestro óbolo ayudará a la formación de un sacerdote, de aquel que tendrá en sus propias manos al Dios encarnado, del que librará vuestras almas del légamo del pecado, del que os enseñará a amar a Dios y servirlo, del que recogerá vuestro último suspiro, rogará por vosotros después de vuestra muerte.

Permitidme un recuerdo histórico:

Hablaba un día a un grupo de señoras el célebre y docto Cardenal Pie, Arzobispo de Poitiers: «Señoras, decía, conocí yo muy bien a un pobre niño de un pueblecito cercano a Chartres; ardía en su corazón el deseo de ser sacerdote, pero sus padres eran muy pobres y no tenían cómo sostenerle sus estudios, antes dejáronlo huérfano en temprana edad.

Un día, el día de Reyes, entró el niño a la Catedral de Poitiers, y una vez más se llenó su fantasía y su corazón con la magnificencia del culto eclesiástico. El ensueño de su vida invadió su corazón, subióle a la garganta un sollozo, y salió de la iglesia con los ojos preñados de lágrimas.

Lo vió en el atrio una pobre mujer, vendedora de flores, y le preguntó compasiva: «¿Por qué lloras, niño?» —¡Ah! le respondió, desería tánto ser sacerdote... pero soy muy pobre... y no puedo».

«Yo te ayudaré —añadió aquella cristiana—. Yo te ayudaré». Y de ahí en adelante apartaba el sueño de sus ojos, para dedicarse a la costura, después de su trabajo diurno, y tener con qué sostener en el Seminario a su «padrecito».

Señoras, concluía el Cardenal Pie con las lágrimas en los ojos, aquella mujer murió... el niño fué sacerdote, fué obispo, es cardenal, soy yo... vuestro Cardenal.

La limosna de una vendedorcilla de flores había dado a la Iglesia un sacerdote, un obispo, un preclaro Cardenal.

Por consiguiente, señores, unamos nuestras fuerzas, unamos nuestra fe y nuestra esperanza y ¡adelante en nombre del Señor!

No nos ilusionemos: la formación de los sacerdotes no atañe tan sólo a la Iglesia; atañe también al pueblo, porque los sacerdotes son para el pueblo: *pro hominibus constituitur.* (Hebr., V, 1).

Demos con buena voluntad nuestra ayuda moral y material, demos nuestra oración: Señor, danos sacerdotes, danos sacerdotes santos; da a tus sacerdotes un corazón sacerdotal lleno de tu paz; interna en tu propio Corazón los corazones sacerdotales, para modelarlos a la imagen y semejanza de tu Corazón adorable; comunícales los sentimientos del compasivo samaritano, una lágrima de compasión para cada hermanito que resbala; un consuelo para todo el que tiende la mano para salir de un naufragio; un perfume del cielo para todo el que anhela acercarse a Ti.

¡Oh Señor! Transforma los corazones de tus sacerdotes, como transformaste el de San Pablo de quien se decía: *Cor Pauli, Cor Christi,* el corazón de Pablo tornóse el Corazón de Cristo.

Así Guatemala podrá revivir las fúlgidas glorias de su historia, digna historia de un pueblo querido a la Iglesia y a Dios.

## POESIAS DEL CONGRESO DE VOCACIONES

*El semanario católico «Verbum», de vida muy reciente aún, pero de manifiesto influjo en el seno de la sociedad de Guatemala, organizó con motivo del Congreso un concurso de poesías entre los seglares católicos señalando como temas el Sacerdocio, la Vocación y la Eucaristía.*

Ponemos a continuación las poesías premiadas:

## SONETOS DEL AMOR EUCARISTICO

Primer Premio, por Magdalena Spínola,
(Pseudónimo: Sara)

*I*

*Acto de contrición o amor que se purifica*

¡Oh Dios de mi justicia!: tu palabra
sea en mi lengua; así como a David
dame el indulto que tus Huertos me abra
y me allegue a sus trojes y a su vid.

No me apartes airado; oye mi ruego;
limpia mis lágrimas; que tu hermosura
nazca en mis ojos; cálmame, y luego,
rebasa mi descanso en tu blandura.

Pero, dime Señor, que me perdonas
y que eres mi pastor en la mudanza.
No me hagas desvariar; séme prolijo;

que si mi culpa con amor abonas,
prorrumpiré en un canto de alabanza
vestida de escarlata en regocijo.

## *II*

*Acto de fe o amor que se ilumina*

¡Oh Dios de mi alegría!: creo en ti
como el nauta en la Rosa de los Vientos;
un arrobo que intuye vencimientos.
la inquietud no me apremia; se hace en mí

Trino de luz. Oriente que descuella
sobre el erial en pródigo fulgor;
Gaudeamus de Bethlehem bajo la estrella,
inusitado asombro en el Tabor.

El sacrificio cruento del Calvario
me revela tu amor y tus verdades
y el deseo de hallarte con nosotros;

por eso me regusto en el Sagrario:
inquieres, amonestas; me persuades;
y tu signo me incita hacia los otros.

## *III*

*Acto de abandono o amor que se ofrece*

¡Oh Amor de los Amores!: con qué celo
reconvergen a ti mis ansiedades;
como la Sulamita me desvelo
buscándote por plazas y ciudades.

Y soy contigo ya. Moro en tu Huerto;
es la poda; cesó la lluvia; aroma
la campiña vernal. Yaces despierto
y me atisban tus ojos de paloma.

Es tiempo de ofrecerme: aquí me tienes
acoplada a la muesca de tu espira
y en sublime intermezzo de abandono;

y si en tu amor mi afán de ser mantienes
deja que a los preludios de mi lira,
emerja el salmo aquel que yo ambiciono.

## *IV*

*Acto de esperanza o amor que se inmola*

¡Oh Fruto de la vida!: mi esperanza
radica en ti; yo soy el marinero
que en el ancla resuelve su confianza.
Su marchamo es la sangre del Cordero.

Me apresto al dulce yugo: eres mi Dueño.
Venturoso de aquél que en ti confía
y guarda el testimonio con empeño,
porque en tu flor apura la ambrosía.

No temo; soy tu cierva; me proteges
del lazo que me tienda el cazador.
Oriéntame en la sombra, oh Deífico;

espárcete en mi nada; no me dejes;
reblandece mi cera en tu calor
y úngeme con tu aceite, mi Pacífico.

## *V*

### *Acto de amor o amor que se une*

¡Dios mío y Señor mío! por tu sello
visible y corporal estoy contigo,
mi Rosa de Emmaús, Amado bello,
instrúyeme en tu amor y está conmigo.

Momento de divina intensidad
es éste en que me anego: se enardece
mi fe; reverbera mi caridad
y a tu influjo mi arcilla resplandece.

Gozo y me alegro en ti, enajenada;
no te apartes de mí, Sabiduría,
ni permitas que el mundo nos distancie.

Que por siempre me siga tu mirada;
sé mi banquete; el pan de cada día;
y el vino generoso que yo escancie.

## *VI*

### *Acto de reconocimiento o amor que agradece*

¡Oh Dios de mi alabanza!: es el instante
en que mi ser sin lastre a ti se inclina;
materia desasida; fe quemante;
y corazón que en ascender se obstina.

En el excelso cosmos de tu gracia
tiembla mi estrella muda de ternura;
el páramo transido se congracia
y arrobada la noche se depura

El alma en su recinto estremecida
no puede revelarte lo que anhela
en el triunfal repique del contento;

y se ovilla y reposa agradecida
bajo el donaire de tu amor que vela,
en carne viva y regalado acento.

---

## VIDA RELIGIOSA
(Primer Premio)

Por *Federico Rodolfo Pardo,* (Pseudónimo: José)

Tema:
«La sublimidad de la Vocación Sacerdotal».

### I

Siervo de Dios en pródiga esperanza;
limpios en caridad, en fe y consciencia
porque moráis con El en existencia
de amor, de paz, de bien y de alabanza.

En vosotros no crece la privanza,
sino aflicciones de violencia
por hallaros con Dios en rica esencia
y desprovistos de mortal mudanza.

Abandonáis lo fausto en esta vida
porque sabéis que en Dios está el consuelo,
que ha menester el alma empobrecida.

Cómo se inunda el corazón en duelo
cuando de vos se aleja y veis perdida,
la gracia que esperábais en el Cielo.

### II

La voluntad de Dios en ti perdura
insensato que estás en la pobreza;
El os da el corazón de su riqueza
en la verdad, el bien y la ventura.

Para ti la existencia no es segura
porque andas en cultivos de maleza,
teniendo en Dios abrigo y fortaleza:
es tiempo de habitar en su dulzura.

¿Por qué, insensato, anuente le reniegas?;
¿por qué aún no eres de su amor divino?:
perdurarás si sólo en El te anegas.

Destruye el terco afán de tu destino
y ve en su voluntad el dón que allegas,
insensato que pierdes el camino.

III

¡Qué deleitosa vida la que en vida
es en amor de Dios lejos del mundo!:
allí se esconde el sabio más profundo
como el humilde que el saber descuida.

Callada senda en que la paz convida
al dulce bien que el corazón fecundo
guarda en contentamiento sitibundo,
porque esa vida es la más alta vida.

En el dudar de la razón humana
germina la simiente del quebranto
y se engrandece la soberbia insana.

En este siglo en que gobierna el llanto
alzad la voz que otorgue fe cristiana,
porque es venido el día más disanto.

## ¡QUIERO SER SACERDOTE!
(Segundo Premio)

Por *Teresa Fernández Hall,* (Pseudónimo: Alma Cruz)

«—Quiero ser sacerdote, con voz emocionada
explicó el primogénito, de Jesucristo anhelo
ser hábil operario. Su amorosa llamada
he oído y me marcho tras su cruz y su cielo».

«—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¡Jamás serás tú cura!,
repuso hablando a gritos el padre ya iracundo,
no puedo permitirte cometas la locura
de despreciar por Cristo las glorias de este mundo.

Yo he soñado que tengas un porvenir hermoso,
algo que sea digno de tu nombre y el mío;
quiero que aquí en la tierra seas, hijo, dichoso
y que nunca padezcas de sed, hambre ni frío.

Quiero que tengas oro, títulos y laureles,
riquezas infinitas y palacios perfectos;
si mis consejos sigues paladearás las mieles
que avaro el mundo guarda para sus predilectos.

Cuajado de promesas el futuro te espera,
deja que sean curas otros bobalicones;
olvídate de Cristo, goza tu primavera
tomando de la vida los más hermosos dones».

«—Padre, yo sus palabras acato cual buen hijo
y sus desvelos todos en su valor aprecio;
mas permita le exponga porqué es que el crucifijo
prefiero a las grandezas de un mundo que desprecio.

En mi memoria claras, vívidas, se han fijado
las palabras que un día leyera en mi niñez
y son al mismo tiempo de reproche y llamado:
«Me faltan operarios para segar mi mies».

Al principio no supe descifrar su sentido;
mas luego al ir creciendo comprendí que en verdad
para salvar al mundo por Cristo redimido
falta hacen operarios de buena voluntad.

Hacen falta pastores que guarden los rebaños,
que cuiden la inocencia de los blancos corderos
y vigilando alertas para evitar los daños,
ahuyenten a los lobos falsos y carniceros.

Hacen falta soldados fieles y valerosos
que a costa de su vida defiendan su ideal
y sin tregua peleen arrancando afanosos
las almas de las garras de Luzbel y Belial.

Médicos hacen falta que curen las ignotas
llagas de las conciencias y pongan sus ungüentos,
celestes y divinos, sobre las vidas rotas
por las malas pasiones o por los sufrimientos.

Del tesoro eucarístico hacen falta guardianes,
apóstoles falta hacen que propaguen la luz.
El mundo carcomido de vicios y de afanes
olvidado de Cristo pisotea la cruz.

A la Iglesia de Dios le hacen eterna guerra
los hijos del demonio que pretenden audaces
apagar la llamita de la fe en nuestra tierra
y levantar sus fuegos malignos y voraces.

¿Y sabiendo esto, padre, cree que yo podría
poner oídos sordos al llamado bendito
y entregarme a los goces de la trivial orgía
en que viven los «grandes» de este mundo maldito?

Las glorias, las riquezas, los lujos, los placeres,
nada son comparados con la misión sublime
del sacerdote humilde que a miserables seres
en el nombre de Cristo regenera y redime.

La brillantez mundana causa fastidio y pena
al corazón que supo postrado ante el Sagrario
oír la voz que dice de gran dulzura llena:
«—¿Quieres de mi Heredad Santa, ser operario?

Padre, yo le agradezco cuanto por mí ha hecho
pero déjeme ahora elegir mi destino:
sin duda el sacerdocio es un sendero estrecho
mas al cielo se llega por angosto camino».

La madre que hasta entonces solamente escuchara
la palabras del padre y el bello adolescente,
—como mujer— al lado del que la perdonara
y fuera para ella siempre tan indulgente,

se colocó diciendo: «—Varios hijos tenemos,
¿por qué el que Dios nos pide le vamos a negar?
Que vaya tras las huellas del Buen Pastor dejemos
rogando por que sea sacerdote ejemplar».

«—¿Pero qué opinarán mis antiguos amigos
cuando sepan la nueva? ¡Yo, liberal y ateo,
para quien siempre fueron los curas enemigos,
visto a mi primogénito con sotana y manteo!»

«—Los juicios de los hombres, padre, no le preocupen.
Lo único que vale es el juicio de Dios
y Este ha dicho: «Benditos aquéllos que se ocupen
de mi Viña, diciéndole a lo demás adiós».

## LOAS A SANTA MARIA DEL ROSARIO

Por el Lic. D. *Miguel Angel Asturias.*

*Por haberse declarado desierto el segundo premio de la sección de hombres, fué invitado el laureado poeta, señor Lic. don Miguel Angel Asturias a declamar en la velada de los hombres alguna de sus poesías. Lo hizo así con la más viva satisfacción de todos los presentes al acto, declamando la poesía que aquí insertamos.*

En las hojas del maíz, espadas que hablan maya,
mi canto, y en manos de tus Angeles, la espada
de la noche que es un solo lucero en el alba.

En las hojas del izote, puñales que hablan mame,
mi canto, y en tu corazón de Madre, los puñales
del hijo, niño que es un solo Dios en tus brazos.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

El oso colmenero de tu gracia y tus mieles
te alza a ver y se vuelve tu sandalia de cera,
y las manchas de oro del jaguar dan querubes,

Y la brújula en gozos de agujas de pacaya
apunta hacia lo alto de Verapaz la huella
de nidos que dejaron tus frailes que eran nubes.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

En las hojas del maguey, espadas tlascaltecas,
mi canto, y en el resplandor del sol, las espadas
canoras con pico de cenzontle en tus maitines.

En las hojas de la caña de azúcar, altas lanzas,
mi canto, y en las varas de tu palio, las lenguas
de los cirios que te hablan del Espíritu Santo.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Los pájaros me traen inocencia de cáscara
para decir tu nombre como los navegantes
o los ciegos, tu nombre que «recrea y enamora».

El grito de la sangre al saltar de la boca
abierta en el pecho de tu hijo que ya muerto
con la herida te nombra, al lanzazo te llama...

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

En las hojas de cocales y palmeras jade
mi canto, y en los arcos de oro de tu templo
tu presencia de flecha con la punta de fuego.

En los pinos, ríos en ataque de serpiente,
mi canto, y en los pinos de humo de los cohetes
plumitas de paloma, mensajera ceniza...

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

En el cielo das Angeles, en la tierra das flores,
en el fuego das santos y en la piedra y el agua,
los sillares para la ciudad del fiel encuentro.

Bullicio constelado sangraban los corderos,
divino pan de trigo sin el que vive muerta
la carne en soledad de colección de sellos.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

¿Cuántas leguas de cielo te formaron el manto
con los gozos del agua que es metal de sereno,
la inocencia del aire y azulejos en vuelo?

Ser espuma una hora, ser alondra un minuto,
y llevarte en los hombros de marea en marea,
y llevarte en las alas de segundo en segundo.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Humaniza tu rostro tu color de morena
entre nardo y aceite, Mayordoma de plata
con aretes dormidos de luciérnagas castas.

Párpados quitasoles que por dentro son ámbar
dan tierra a tus pupilas y rosicler de argento
aurora a tus mejillas, Mayordoma de plata...

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Tu cabello de sombra en oscuros racimos
parra es de tus hombros bajo velo de luna
y corona que imanta cada vez más estrellas.

¡Alabastro con ojos! ¡Azucena con manos!
¡Cristal por el que pasa la luz y queda intacto!
Fuiste madre, Señora, sin dejar de ser Virgen.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Esposa del Espíritu, la leche de tus senos
es campana del Angelus. Cuidado se deshoja
tu Niño de Azaleas, cuidado se despierta...

Cuidado se deshoja tu Niño de Azaleas,
el que bordó de rosas áureas la primavera
nevada de tu liviana túnica de seda.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

En las hojas del bananal, banderas al mar,
mi canto, y en las loas los mandobles tajantes
de espadones plateados entre el Diablo y el Angel.

En las hojas de la yerba, orejitas al viento,
mi canto, y en las coronitas de las guayabas
agrias, tu corona real en cuentas de rosario.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Víspera de que salgas con la aurora, plenilunio
de Arcángeles te vela, Giradios porque sigues
a Dios, como el girasol al sol, por todas partes.

Víspera de que salgas con la aurora, serafines
de nácares dormidos te velan. Los rosales
son relojes de rosas que señalan tus horas.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Castillo de la boca en que la puente lengua
es levantada. Fuera el mundo. Mi último canto
para ti que oyes hablar cuando la lengua calla.

El alma ofrece su mudez desnuda. Oferta
que modulan los párpados sin ruido. Y espejo
de esa voz tu rostro que la copia como el agua.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Cepo de oro en el trigal sufre la espiga
que después sufrirá hasta la muerte en pan
ya convertida. También la vid en negra uva

saltará de la carne hecha pedazos ya en sangre
convertida, porque en el dolor del pan y el vino
se simboliza el triunfo cristiano de la vida.

¡Oh celeste trabajo de cantarte en Octubre!

Los mares del Levante, estampas de corceles
crinados en las costas, azules en los golfos
relinchan cuando pasan galeras de cristianos.

Allá vas, Capitana de invictos estandartes.
Despierto sueña el Papa y te llama Victoria
dádnosla hoy Santa María de las Victorias...

¡Oh Celeste trabajo de cantarte en Octubre!

# PLEGARIA del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales

¡Oh Buen Pastor, oíd
la urgente invocación...
a nuestro lar venid
a dar la redención!

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Que surja en cada hogar
la dulce vocación.
Señor: que tu mirar
nos llame a tu Lección.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Dadnos la paz, Señor
de la palabra-luz...
¿No fué por el amor
vuestra muerte en la cruz?

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

El Templo está sin quien
recuerde tu pasión;
Señor, al Templo ven
a dar tu Corazón.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Señor, Señor, Señor,
las niños han de ir
en busca de tu amor
en pronto porvenir...

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Esclavos al nacer
con mancha original
restaura al nuevo ser
con agua bautismal.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Porque trayendo del mal
sediente de perdón
al mísero mortal
otorga absolución.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

Que anuncie, cual Moisés
tu santa voluntad;
que siembre y dé su mies
frutos de amor y paz.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

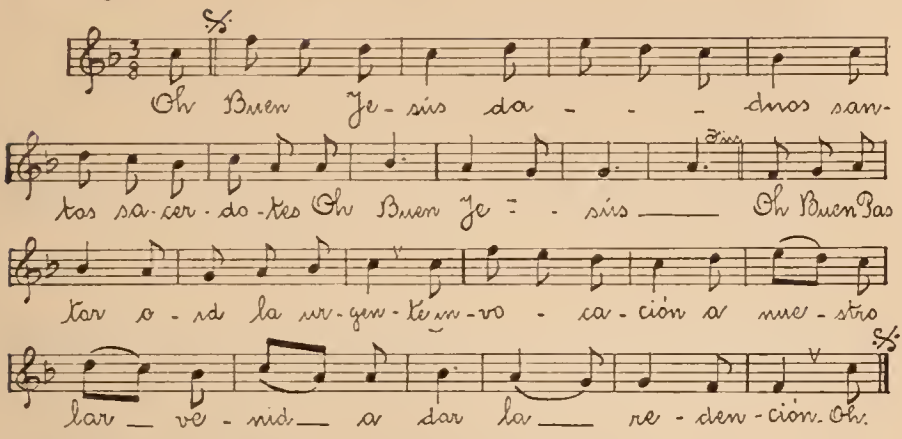
Porque tu bendición
florezca en el hogar
y alumbre el corazón
el sol de su bondad.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

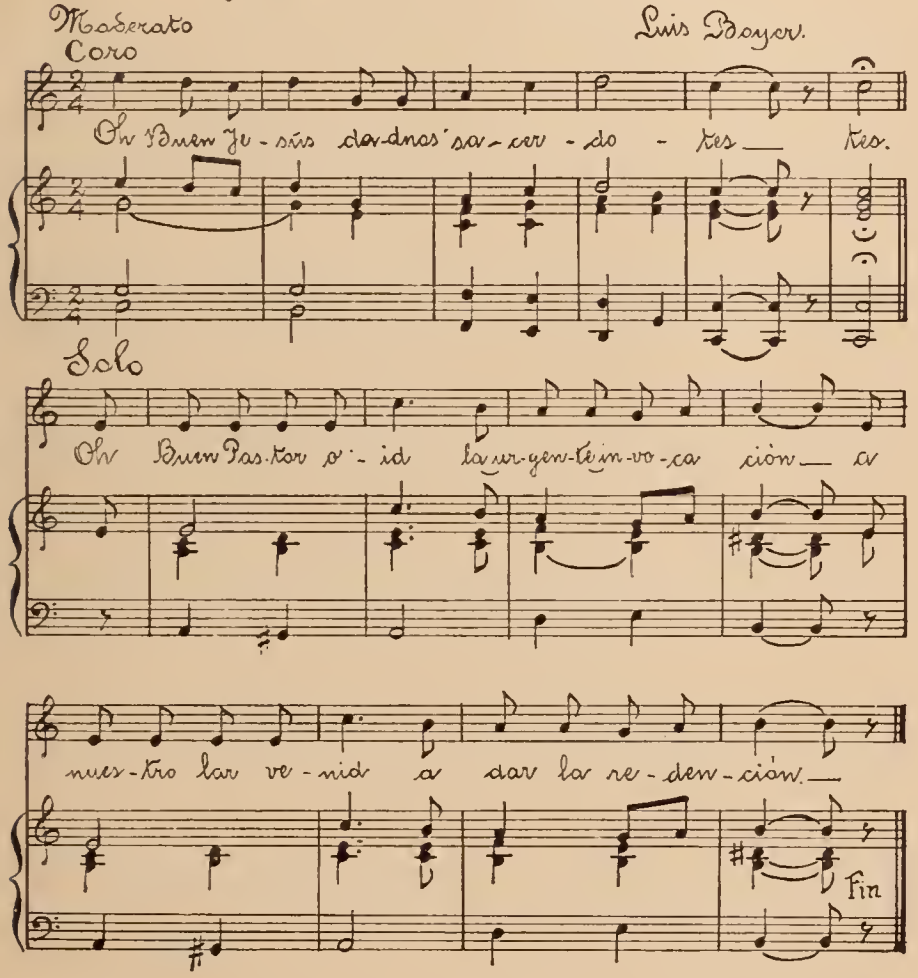
Que sean, al vivir,
la sal de todo bien,
que sean, al morir
los nuncios del Edén.

*Coro:* ¡Oh buen Jesús, dadnos sacerdotes!

# Plegaria del Primer Congreso de Vocaciones




# Plegaria del Primer Congreso Nacionál de Vociones Sacerdotales



## LISTA DE LAS PERSONAS QUE CONTRIBUYERON A LOS GASTOS DEL CONGRESO Y QUE HICIERON POSIBLE EL ESPLENDOR Y SOLEMNIDAD QUE REVISTIERON SUS DIFERENTES ACTOS.

H. H. Maristas.—Colegio de Infantes.
Señor don Salvador Falla y señora.
Señor doctor don Eduardo Cáceres y señora.
Señor licenciado don José M. Flores y señora.
Señora doña Teresa de Ruiz Angulo.
Señor don Ricardo Godoy y señora.
Señor licenciado don Federico Salazar y señora.
Señora doña María T. v. de Valladares.
Señora doña Adela v. de Martínez R.
Señor don Vicente Arévalo.
Señor don José Urruela y señora.
RR. PP. Paulinos.
Señor don Miguel Leal.
Señorita Juanita Pacheco.
Señora doña Margarita Herrera de Minondo.
Señorita Elisa Ramos Pacheco.
Señorita Isabel Monteros L.
Señora doña Salomé M. de Kelly.
Sor Visitadora. Casa Central.
Colegio «Santa Teresita».
Colegio Belga-Guatemalteco.
Señorita Tonny Alarcón.
Señor doctor don Carlos Martínez Durán y señora.
Señora doña María de Ayau.
Señora doña María de Santisteban.
Señor licenciado don Manuel Villacorta y señora.
Señor ingeniero don Pedro de Yurrita.
Señor don Enrique Andreu y señora.
Señorita Lola Ibargüen.
Señor licenciado don Salvador Escobar Vega.
Señora doña Concha de Nanne.
Señorita Marina Tinoco.
Señoritas Rosa y Alcira Goicolea.
Señor don Rodolfo Castillo.
RR. PP. Profesores del Seminario.

Señor don Ricardo Saravia.
Señor don William Olivero y señora.
Señor don Francisco Cordón H.
Señor don Carlos Novella y señora.
Señor don Estuardo Novella y señora.
Señor don Carlos Mirón y señora.
Mr. y Mrs. John Eynck.
Señora doña Lola C. de Schlesinger.
Señor don Pedro Aycinena y señora.
Señor don Estuardo Préntice y señora.
Señor licenciado don Manuel Coronado Aguilar y señora.
Señora doña Sara de Batres.
Señora doña Victoria de Fernández.
R. P. Eugenio Novi.
Señor doctor don Eduardo Lizarralde y señora.
Señorita María Aycinena.
Señorita María Batres S.
Señor doctor don Arturo Sánchez y señora.
Señora doña Julia H. v. de Robles.
Señora doña Olivia de Barillas.
Señor licenciado don Luis Valladares y señora.
Señor doctor don Francisco López Escobar.
Señora doña María de Malau.
Señorita Marta Madriz.
RR. PP. Dominicos.
Señora doña Eloísa de López.
Señorita Ana María Juárez.
Señora doña Victoria de Sánchez.
Señor don Antonio Peyré y señora.
Señoritas Cristina y Teresa Farfán.
Señor licenciado don José Falla y niños.
Señor don Ricardo Wer y señora.
Señor don Manuel Cobos Batres.
Señora doña Mercedes v. de Echeverría.
Señor don Juan Echeverría.
Señora doña Marta del Valle.
Señora doña Hercilia de Duchez.
Señor licenciado don Juan Rosales y señora.
Señor licenciado don Juan Antonio Martínez P. y señora.
RR. PP. Franciscanos.
Mr. y Mrs. Smith.
Señor don Luis Gatica.
Señor don Carlos Castillo.
Señor don Guillermo Castillo.
Señor ingeniero don Rafael Pérez de León.
Señora doña Angela v. de Iriondo.
Señor don Roberto Andreu y señora.
Señor doctor don Manuel Beltranena y señora.

Señorita Julia Cobos Batres.
Señora doña Marta Lainfiesta de Ubico.
Señora doña Concha N. de Asturias.
Señor don José Fajardo y señora.
Señor don René Quezada y señora.
Señor don Enrique Byrne y señora.
Niño Alvaro Herrera Aceña.
Señor don Enrique Goicolea y señora.
Señor licenciado don Luis Beltranena y señora.
Señor don Carlos Ibargüen, señora e hijo.
Señor don Julio Dubois y señora.
Señor don Roberto Herrera y señora.
Sor Superiora. Hospital General.
Señor don Carlos Herrera.
Señorita Catalina Falla.
Señor don Gerardo Jacob y señora.
Señora doña Berta de Aldaz.
Señor licenciado don Eduardo Saravia.
Señora doña Clemencia de Toruño.

Con un total de Q632.00.

# INDICE

## I.—PREPARACION DEL CONGRESO


Pág.

Instrucción Pastoral del Excelentísimo Señor Arzobispo de Guatemala, al clero y fieles, sobre el Congreso de Vocaciones Sacerdotales ..... 5
Motu Proprio de S.S. el Papa Pío XII sobre Vocaciones Sacerdotales .... 10
La tristeza de los campos de Guatemala.—P. Iriarte ..... 11
El católico de Guatemala ante el Congreso de Vocaciones..... 12
El sacerdote, como factor de moralidad y de cultura. — El Imparcial, 20-VIII-42 ..... 14
La vocación sacerdotal en los altos medios sociales.—Verbum 23-VIII-42.. 16
Alocución a los católicos de Guatemala ..... 18
Programa del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Eclesiásticas ..... 20


## II.—EL CONGRESO


Crónica del Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales ..... 25
Discurso pronunciado por el Arzobispo de Guatemala, Monseñor Mariano Rossell Arellano, en la sesión inaugural del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales ..... 35
Los jóvenes de hoy y el problema del reclutamiento sacerdotal. — Por la señorita Fabiola Castillo ..... 40
Deberes de la mujer católica ante el problema de las Vocaciones Sacerdotales.—Por doña Margarita Asturias de Andreu ..... 47
El joven católico ante las vocaciones sacerdotales.—Por el Ing. don José María Sagone ..... 52
El padre de familia en Guatemala ante la escasez de sacerdotes.—Por el Lic. don Luis Beltranena, Diputado a la Asamblea Nacional Legislativa y Decano de la Facultad de Ciencias Económicas ..... 57
La Parroquia Eucarística, semillero de vocaciones.—Por el Sr. Pbro. don Miguel A. García, párroco de Chiquimula ..... 61
En qué consiste la vocación sacerdotal.—Por el R. P. Alfredo P. Alvarez, lector en S. Teología ..... 67
La formación del Clero, primer deber nacional. — Sermón del P. Iriarte, Secretario del Primer Congreso Nacional de Vocaciones Sacerdotales, en la Misa Pontifical ..... 79
Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Nuncio de S.S., Dr. don José Beltrami, en la clausura del Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales 87


## POESIAS DEL CONGRESO DE VOCACIONES


Sonetos del Amor Eucarístico (Primer premio), por Magdalena Spínola.... 93
Vida Religiosa. (Primer premio), por Federico Rodolfo Pardo..... 96
Quiero ser Sacerdote. (Segundo premio), por Teresa Fernández Hall..... 97
Loas a Santa María del Rosario.—Por el Lic. Miguel Angel Asturias ..... 100
Plegaria del Primer Congreso de Vocaciones Sacerdotales ..... 104
Lista de las personas que contribuyeron a los gastos del Congreso y que hicieron posible el esplendor y solemnidad que revistieron los diferentes actos ..... 107

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01349 6486

UNION TIPOGRAFICA
MUÑOZ PLAZA Y CIA